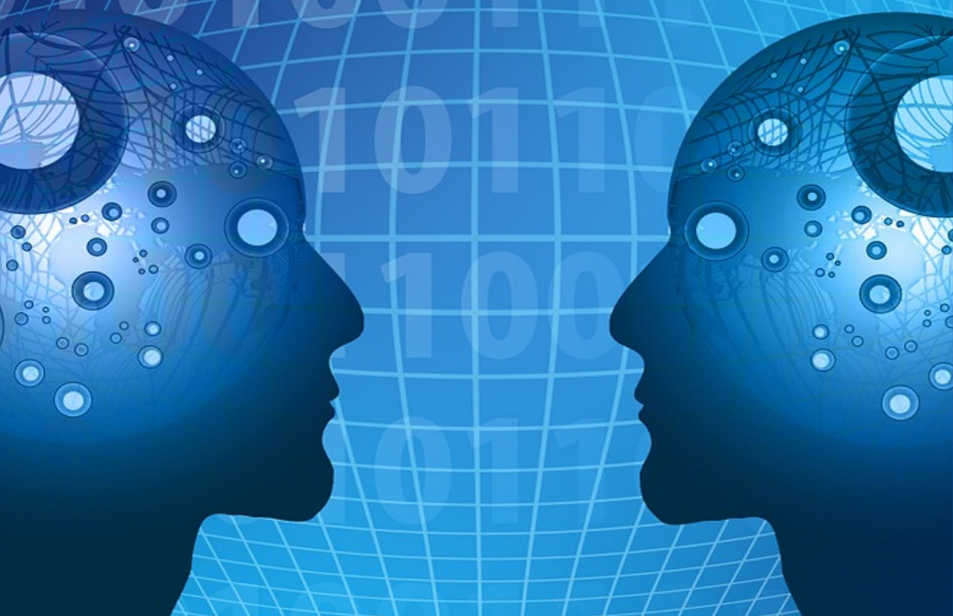


EL DON

GORKA IRIGOYEN



EL DON

**GORKA
IRIGOYEN**

Cuidado con lo que deseas ya que podría hacerse realidad.

El mayor don es conseguir que los demás te obedezcan ciegamente.

No, el mayor don es utilizar ese poder para el bien común.

Vale, pero,... ¿quién decide el bien común?

Para mis princesas y mi reina.

Son la razón por la que me levanto cada mañana.*

(*) para escapar de ellas

RESUMEN

¿Qué serías capaz de hacer si controlases la voluntad de las personas y tuvieses acceso a todos sus recuerdos?

¿Cuánto estarías dispuesto a pagar si ese control tuviese un coste?

¿Y si el coste no es monetario?

EN LA GASOLINERA

- Hola, buenos días, ¿qué desea? - preguntó el dependiente de la gasolinera con cierto aire desganado.

- Esto de aquí - contestó el cliente, poniendo sobre el mostrador un par de sándwiches (uno de jamón y queso y otro de cangrejo) que harían las delicias de un estudiante de biología y no precisamente por el sabor, y una botella de medio litro de Coca-Cola Zero. Seguramente, no es la comida indicada en una dieta

de las consideradas sanas, porque si se lee atentamente la etiqueta con los ingredientes se puede comprobar que contiene unos cuantos gramos de hidratos de carbono, alguna que otra proteína, más grasas y azúcares de lo aconsejado hasta por el médico más benevolente y es posible que alguna vitamina, que seguramente se encontrará muy sola y preguntándose qué ha ocurrido para terminar con semejantes compañías- Y el surtidor 5, por favor.

- Son... 65,30 euros, por favor – dijo el chaval que tuvo la mala suerte de tener el turno de tarde tras pasar la comida y la bebida por el lector del código de barras. Acción que tuvo que realizar varias veces ya que con las gotas de agua causadas por la condensación, el escáner no era capaz de leer el

producto correctamente. Y a cada nuevo intento, al gesto de enseñar el producto al lector le acompañaba un imprecación que servía para traer a la memoria del dependiente todos y cada uno de los familiares del encargado de la estación de servicio, ya que para ahorrar costes había reutilizado un escáner que allá por la época en la que estaba en pleno auge la guerra entre VHS y Beta (no, V2000, tú realmente no participaste en esa guerra más que de espectador) ya tendría que haber sido retirado del servicio.

El dependiente había cambiado el turno con uno de sus compañeros, ya que el afortunado se iba de vacaciones el fin de semana a un pueblo de la sierra. Un pueblo de esos que son tranquilos y tienen cierto encanto en los días laborables, pero que dicho

encanto sale corriendo como alma que lleva el diablo para esconderse lo más lejos posible en alguna cueva remota del monte los fines de semana, cuando dicha aldea es invadida por todos los urbanitas que deciden acudir en manadas a disfrutar de un descanso que ellos mismos se impiden unos a otros.

Así, para no encontrar tráfico en las salidas de la capital, quería salir el viernes antes de comer, y para ello, había tratado de convencer a sus compañeros, pero sólo lo consiguió con el incauto que se encontraba en este momento en el mostrador. Además, el dependiente no debía estar allí ya que, aparte de no ser su turno y haberse dejado convencer con promesas que sabía que no iban a cumplirse, no se encontraba muy bien de salud. Los cambios de

temperatura entre la ventisca gélida que salía del aparato del aire acondicionado y el calor infernal que había en el exterior propio del verano en la capital que hacían que la temperatura dentro del horno del pan fuese casi apetecible, habían conseguido que cogiese una buena gripe en pleno mes de Julio. Gripe que el médico al que había acudido no se había terminado de creer por estar fuera de la época del año en la que realmente ataca, a pesar de las explicaciones del dependiente acerca del aire acondicionado que estaba siempre puesto a máxima potencia para que los clientes quisieran guarecerse del calor insoportable del exterior y picasen comprando productos de los stands. Tras contar su historia al médico de cabecera, había sido despachado de la consulta del centro de salud sin tan siquiera una receta de algún medicamento que

pudiese aliviarle su malestar. Un malestar que en un trabajo normal con unos jefes medianamente razonables seguramente podría haber pedido un día al menos de baja. Pero, en general, no solía tener suerte. Bueno, suerte sí, pero sólo de la mala, como podían atestiguar las personas que le conocían desde hace unos años.

- Perdón señor, pero esta tarjeta no es válida. - el tono del chico era cansado. Llevaba varias horas seguidas trabajando al tener que doblar turno por su compañero, durante las cuales había tenido varias anécdotas curiosas (por ponerles algún adjetivo no muy malicioso): un cliente que después de remolonear un buen rato por la tienda quería escaquearse sin pagar el combustible que había servido en su coche

alegando que no se había dado cuenta, otro que puso gasoil en un coche de gasolina y que se dio cuenta con medio depósito lleno y hubo que llamar a un taller para que viniesen con una grúa, y luego los típicos que querían robar las chucherías que había en la tienda. Y ahora le tocaba un cliente que le pagaba con la tarjeta de juguete de su hijo. Después del rato que había estado dando vueltas por la tienda, recorriendo todos los estantes, y ahora se equivocaba de tarjeta. ¿Por qué todos los personajes extraños de varios kilómetros a la redonda se ponían de acuerdo para ir a esa estación de servicio en su turno?

- Esta tarjeta sí es válida. - Fue todo lo que dijo el cliente. Mirando directamente a los ojos del dependiente.

El joven cogió la tarjeta sin decir nada y la pasó por el datáfono. Los hipnóticos ojos del hombre que tenía al otro lado del mostrador se clavaron en los suyos. Eran del color de un mar profundo, sin fondo, en el que sin duda sería peligroso aventurarse ya que con toda seguridad habría seres monstruosos ansiosos por compartir la soledad del fondo del mar con el intrépido que osara tan siquiera asomarse, al menos hasta que hubieran dado cuenta de su apetitoso cuerpo. El resto de la cara era blanco como una hoja de papel que todavía no hubiese sido manchada por utensilio de escritura alguno, ya que era imposible fijarse en otra cosa que no fuesen esos ojos. Ni tan siquiera podría especificar el color del pelo, el color de la piel o la ropa que llevaba. Sólo los ojos. Mucho menos habría sido capaz de describir a la persona que

en esos momentos tenía a menos de dos metros al otro lado del mostrador si se hubiese tratado de un ladrón y la policía le preguntase por la apariencia del asaltante. Ayudado por el dolor de cabeza causado por su incipiente resfriado sentía se estaba perdiendo en ellos. Pero era una inconsciencia agradable, como meterse en una bañera llena de agua caliente y dejarse llevar hasta el punto de quedarse dormido.

El aparato emitió un pitido, y en la pantalla salió un mensaje de error. La tarjeta no había podido leerse. Efectivamente era de juguete, la típica que viene con los juegos de niños que tiene colores chillones. Al dependiente esto pareció no importarle. Tecleó el importe, igual que hacía siempre, a pesar de que el terminal seguía mostrando mensajes de error. Luego

tendió al cliente el datáfono para que éste tecleara el pin de seguridad para confirmar la transacción. Éste lo cogió y tecleó algo más en la máquina, que seguía quejándose insistentemente porque ahí había algo que ni iba bien. Cuando se la devolvió, el dependiente hizo el ademán de arrancar el comprobante de papel y le entregó una copia invisible al cliente. Éste se despidió, salió por la puerta, se montó en su coche, y abandonó la estación de servicio.

La siguiente persona que estaba en la cola puso cara de extrañeza ante lo que acababa de suceder, pero como no había visto la secuencia completa de lo que había ocurrido y sólo había podido vislumbrar una tarjeta de crédito o débito de colores que llamaban la atención, simplemente puso el dinero sobre el

mostrador y esperó a que el chico le cobrase. Si hubiera llegado unos segundos antes podría haber apreciado una escena que recordaba bastante a un joven maestro jedi diciendo a una patrulla de la guardia imperial que “estos no son los droides que andáis buscando”, pero para eso, para haber llegado a esa conclusión, tendría que haberle importado algo lo que sucedía en la gasolinera, y lo único que realmente le interesaba era largarse de ahí lo más rápidamente posible para comprobar el destrozo que habían causado en el coche nuevo, de menos de una semana, las bestias que llevaba en el asiento trasero y que su mujer se empeñaba en llamar hijos, por mucho que él dudase que unos seres humanos tan pequeños poseyeran un poder de destrucción tan elevado.

Seguramente cuando volviese a su nuevo tesoro, con

un simple vistazo a los cristales traseros se podría saber exactamente el menú de la merienda de sus querubines. Y en unas pocas semanas los asientos traseros podrían albergar perfectamente un pequeño invernadero, una granja de hormigas o cualquier otro hábitat que necesite restos orgánicos en cantidades industriales.

Desde ese momento el pobre dependiente, por haber estado esa tarde trabajando, había visto incrementada en varios puntos la probabilidad de que su vida se acabase antes de tiempo por la acción de un derrame cerebral o algo similar, situándose muy cerca del 10 que significaba el premio seguro. Definitivamente la suerte no era lo suyo.

EXAMEN

La primera vez que me di cuenta de que podía obligar a las personas que estaban conmigo a hacer lo que yo quisiera tenía quince años. Estaba en el colegio, en un examen sorpresa de una de mis asignaturas favoritas: Matemáticas. No es un comentario irónico, y sé que no es lo más habitual, pero a mí me gustaban bastante. Seguro que tenía mucho que ver el que el profesor que nos había tocado en los tres últimos años disfrutaba enseñando, sabía lo que hacía y conseguía transmitir su

entusiasmo a los alumnos que teníamos la suerte de asistir a sus clases. Cuando lo comentaba con compañeros de otras letras de mi mismo curso que habían tenido la desgracia de tener asignado un profesor de esos que parece que no conciben unir en la misma frase las palabras disfrutar, enseñanza y adolescentes se mostraban extrañados: ¿matemáticas? Pero claro, ellos no habían tenido la suerte que tuvimos los alumnos de nuestro curso con don Alfredo.

Bueno, aunque a decir verdad, mi gusto seguramente también se veía influenciado porque para esta asignatura no hacía falta estudiar casi, y simplemente con atender en las horas de clase solía ser suficiente, por lo menos para mí, ya que mi cabeza

funcionaba bastante bien y en general solía sacar buenas notas sin esforzarme mucho, cosa que me solían recriminar en casa:

- Si pusieses más empeño, tendrías mejores notas, pero como eres un vago, nada.

- Es que prefiero dedicar mis esfuerzos a tareas más fructíferas - solía contestar yo, en plena edad del pavo con el convencimiento firme de que el 99% de las personas que me rodeaban no tenían ni la más remota idea de lo que era ser un adolescente, lo dura que era la vida en esta etapa y lo listo que yo era.

Y seguramente tenían razón y con un poquito más de ganas podría haber destacado por mis notas, pero qué queréis, con 15 años la cantidad de

responsabilidad que había dentro de mi cuerpo cabía en un dedal. Y sobraba sitio para algo más. Como por ejemplo mi escasa fuerza de voluntad. Y estos dos rasgos iban a hacer que el futuro para algunas personas se tiñera de negro. De negro luto.

El caso es la primera vez que conseguí forzar a alguien a hacer algo en contra de su voluntad estaba en el examen, y por primera vez no tenía ni idea de qué me estaban preguntando. Los últimos días no había estado muy atento a lo que decía el profesor por culpa de una nueva compañera. Hasta entonces había tenido varias novias, aunque ese apelativo era un poco exagerado. Simplemente eran amigas un poco más íntimas que las demás. Había habido algún beso que había pasado desde los labios de ellas a los míos.

Algunos robados, otros regalados, pero poco más. Solíamos salir todos los amigos juntos, así que realmente los momentos de intimidad eran escasos, y aunque últimamente las hormonas estaban actuando a base de bien, hasta hace poco me habían dejado bastante tranquilo.

El día que apareció Sonia por la puerta de la clase no le hice mucho caso, y cuando por orden del profesor tuvo que sentarse a mi lado e hicieron moverse a mi compañero de toda la vida me enfadé con ella.

- ¿Qué haces ahí sentada? - espeté sin mirarla, con odio en la voz, como había visto tantas veces en las películas.

- El profesor me ha dicho que me siente aquí. - me contestó tímidamente.

- Pues ya le estás pidiendo que te cambie, porque éste es el sitio de Dany – sí, éramos jóvenes y bastante estúpidos dejándonos llevar por las modas y nos llamábamos entre nosotros con nuestros nombres en inglés -. Y prefiero estar con él a estar con una novata-seguía sin dignarme a mirarla al lanzar estas palabras. Lanzadas como cuchillos, con la esperanza de que se clavasen en ella y la hicieran recapacitar de la tremenda afrenta que había causado.

- Sí, creo que es lo que voy a hacer, porque estar aquí sentada con esta compañía, no es la idea que yo tengo de estar a gusto en clase. Hasta un chimpancé sería mejor pareja de pupitre. Mi insolencia había

eliminado su timidez y había hecho aflorar la rabia y los nervios que me imagino que debía sentir al haber cambiado de colegio y ser arrancada (qué dramático suena: “arrancar”, sí, pero para un niño os puedo asegurar que lo es) de sus círculos de bienestar: había dejado a sus amigas de toda la vida, su barrio, su ciudad, para venir a una nueva en la que, con un poco de suerte, su padre encontraría un trabajo decente, que les aliviaría de las penas que habían sufrido últimamente. Penas que incluso les habían llevado a tener que pedir ayuda en los cada vez más numerosos centros de acogida y ayuda a las familias golpeadas por la crisis. Y encima, después de sufrir este castigo en la vida, su nuevo compañero de clase en lugar de facilitar las cosas, se las ponía más difíciles.

- Ahí no te puedo decir nada, porque se ve que tienes experiencia con esa clase de compañías, así que tú sabrás.- Las palabras salían casi solas, y una parte de mí sabía que no eran las adecuadas. Pero otra, la que iba ganando, cogió confianza al ver cómo su cara tomó un color que se asemejaba tremendamente a los tomates y sus labios se abrían y cerraban sin poder emitir ninguna palabra. Le había dejado sin réplica. O eso pensaba. En escasos segundos me contestó.

- Pues sí, he estado este verano en un campamento en el zoo, y sinceramente, hasta los macacos eran más amables... y olían mejor.- Ahora el que no sabía qué responder era yo. Por suerte el profesor acudió en mi ayuda, involuntariamente, pidiéndonos que nos callásemos y que ya tendríamos tiempo para

concernos en el descanso.

En mi defensa (por intentar disculparme un poco) diré que era una chica que había venido a nuestro colegio a mitad de curso, cuando ya estaban las amistades cimentadas, algunas con varios años de historia detrás, como la mía con Daniel, perdón, Dany, así que decidimos que íbamos a ponérselo lo más difícil posible, a ver si se pensaba que iba a poder meterse en medio y fastidiarnos. Mi amigo y yo habíamos pasado por muchas cosas juntos como para que viniese una extraña y se metiera de por medio. Nos habíamos peleado en muchas ocasiones: algunas entre nosotros por alguna tontería, en otras los dos contra otros por bobadas mayores, pero al final siempre habíamos acabado juntos. Así que no iba a

venir una niñata a separarnos. No señor. Así que me puse chulo y saqué mi lado más engreído. Cosa que por otro lado no me costó mucho.

Aunque si tengo que decir la verdad, el enfado me duró poco. La primera vez que hablé con ella para algo que no fuese decirle que nos dejase en paz y pude mirarla a los ojos se me pasaron todos los rencores. Desde ese día, no podía apartar mi vista de ella. Tenía el pelo rizado u ondulado, según a quién preguntase, le llegaba por los hombros y era de un rubio precioso: ni el típico oro chillón que pareciese un tinte malo ni el pálido que se asemejara a unas canas. Además, los bucles rodeaban una carita preciosa, con una nariz respingona, como la de Samantha Stephens, la protagonista de la serie Embrujada. Hasta la sabía

mover como ella, aunque esto tardé un tiempo en verlo. Tenía dos lagos de montaña por ojos: enormes y verdes. La de horas que me pasé perdido en ellos más adelante. Y era de las pocas de clase que no se vestían intentando imitar a las cantantes de la época.

Los profesores me habían llamado la atención varias veces por estar distraído, y ahora que lo veo con la experiencia de los años estoy convencido de que sabían lo que me pasaba. Pero como he dicho antes, solía sacar buenas notas, así que imagino que supusieron que no sería mayor problema dejarme tontear un poco en la edad del pavo siempre y cuando no incordiara a los demás. Y que a un chaval en esta época tan difícil lo mejor era dejarle tranquilo y no darle motivos para reventar la clase, que los chicos,

cuando nos ponemos tontos en la tontolencia, nos ponemos muy muy tontos. ¿He dicho alguna vez que nos ponemos tontos? Pues eso mismo.

Ella, creo que por coquetería, por hacerse un sitio en el grupo, por timidez... jugaba conmigo al gato y al ratón. Cuando había más gente cerca de nosotros se mostraba indiferente. Me trataba como a cualquier otro compañero, y eso era algo que me mataba, me sacaba de mis casillas. Por el contrario, si no había nadie más, como por ejemplo a la salida de clase en el camino de vuelta a casa, se mostraba muy simpática, amable, hasta cariñosa. Recuerdo la primera vez que la acompañé como si hubiese ocurrido ayer mismo. A la salida de clase me hice el contradizo, quedándome un rato jugando con algún compañero hasta que ella

saliese. Solía quedarse un poco más para hablar con los profesores, ya que al venir de otro colegio que tenía menos nivel de enseñanza, le estaba costando un poco ponerse al día. Solían mandarle algunos deberes adicionales para casa, para coger el ritmo del resto de alumnos. El caso es que después de varios intentos que al final había descartado por timidez, me decidí a que de ese día no podía pasar.

La esperé, y cuando la vi aparecer por el porche del colegio me acerqué y la dije si quería que la acompañase a casa.

- Hola, Sonia, ¿Quieres que te acompañe a casa?
- Como quieras, pero... ¿tú no vives por otro lado?
- No, tranquila. Se nota que llevas poco tiempo por

aquí. Hay un atajo que hace que no tarde nada desde donde tú vives hasta mi casa.

- ¿Seguro? A mí me parece que está lejos... y si se hace tarde igual te chillan en casa.

Era mi oportunidad de mostrarme como un chico mayor, que había oído que eso enloquecía a las niñas, así que traté de jugar esa baza.

- ¿Chillarme en casa? ¿Por llegar tarde? Si no tengo hora ni nada. Puedo llegar cuando quiera.

Su cara dejaba claro que no me creía, pero ante la idea de ir sola a su casa o acompañada, decidió que bien podía aceptar una leve mentira.

No recuerdo exactamente de qué hablamos, o si llegamos a hablar de algo. Lo que sí recuerdo es que a

medio camino hice un torpe gesto de coger su mano... y ella no la apartó. Por lo menos al principio. Cuando estábamos a pocas calles de su casa me soltó, alegando como excusa que le sudaban mucho las manos. Pero ya habíamos dado el primer paso, y yo me había convertido en el hombre (bueno, chico) más feliz del mundo. Hasta que llegué a casa y me calló un castigo de campeonato por llegar tan tarde, porque obviamente no había atajo entre nuestras casas. Pero mereció la pena. Aunque los primeros encuentros eran un poco caóticos.

Creo que era, sencillamente, la inmadurez, la juventud, la inocencia de un par de jóvenes que no sabían exactamente qué les estaba pasando en el cuerpo, pero que notaban que les estaba sucediendo

algo. O al menos eso quiero pensar. Así me gusta recordarla.

Estaba yo en el examen sin poder resolver ningún problema de los cinco propuestos, pasando de uno a otro como una mariposa salta de una flor a otra cuando ha extraído todo el alimento y ve que no va a sacar nada de provecho del lugar en el que se encuentra, cuando, como en un juego infantil, me propuse convencer al profesor con el control de mi mente de que anulase el examen. No hacía mucho que había leído un libro de Stephen King, “Ojos de Fuego” creo que se llamaba, en el que el protagonista podía obligar a la gente a hacer cosas sólo con la mente. Obviamente sabía que todo eso era fruto de la imaginación del escritor, pero como no tenía nada

mejor que hacer y ante la perspectiva de aburrirme durante la hora y media que todavía faltaba para que acabase el tiempo del examen, probé suerte. Y voilá. Tenía los ojos cerrados, y de repente aparecí en una habitación delante de una pantalla de ordenador y un teclado. En la pantalla, que estaba en negro, sólo había una frase que resaltaba con su color blanco brillante: “Introduzca el comando deseado”, y debajo un cursor parpadeando. Al principio titilaba rápidamente, pero poco a poco la frecuencia iba disminuyendo, como el corazón después de una carrera, que pasa de un ritmo insano a una cadencia menos peligrosa para la salud. No tenía ni idea de qué estaba haciendo ahí, de si me encontraba en medio de un sueño o qué narices me estaba pasando. Durante varios minutos, o al menos lo que creo que fueron

minutos, me quedé completamente quieto, casi sin respirar. Al cabo de un tiempo, me acerqué al ordenador, y lo inspeccioné como una ardilla que se encuentra algo que puede ser comida, pero que según su experiencia, conviene examinar antes de llevarse un susto. Cuando comprobé que no había nada raro, nada aparte de haber pasado de estar en una clase rodeado de compañeros a encontrarme en una sala oscura con un ordenador, quiero decir, toqué una tecla. Y, para sorpresa mía (aunque no entiendo el motivo de la sorpresa, ya que lo normal era que si no había nada más en la sala, el teclado y la pantalla estuviesen conectados) apareció en la posición del cursor la tecla que había pulsado. Pulsé más teclas, para probar. Todas se reflejaron en la pantalla. Pulsé la tecla intro, y el mensaje que apareció fue “Comando

desconocido. Introduzca el comando deseado”. Tecleé algunas cosas con algo más de sentido que letras pulsadas al azar, pero con el mismo resultado.

Estaba ya por dejarlo e irme, aunque no sabía a dónde, ni cómo salir de aquí ya que desconocía cómo había llegado, cuando me acordé de alguna de mis clases de informática y de las primeras líneas de los típicos programas que se utilizan para entender cómo funciona un determinado lenguaje. Sin saber qué era lo que estaba haciendo, tecleé en la pantalla: “print 'Hola mundo'”. En ese momento, el profesor se plantó en medio de la tarima, al frente de toda la clase y con la mirada perdida varios kilómetros más atrás que la pared del fondo, dijo:

- Hola mundo.

Algunos de mis compañeros levantaron la cabeza y se empezaron a reír. Yo no les vi, ya que estaba en esa habitación extraña, delante del ordenador, pero luego me lo contaron. De repente, como un fogonazo, se me aclaró la cabeza: ¡Con ese ordenador podía controlar a mi profesor! No tengo ni idea de cómo llegué a esa conclusión, pero estaba claro que era así. Así que sin perder un instante, con los dedos volando sobre las letras de teclado, escribí en la pantalla: “Quitar examen”. Pero claro, no podía ser tan fácil. Estaba intentando programar a un profesor de Matemáticas, y por supuesto, el lenguaje que entendía seguiría unas normas estrictas, como cualquier lenguaje de programación, o ya puestos, como cualquier robot, cosa que sospechábamos desde hacía unos años que era el ser que nos daba esta asignatura.

Probé suerte con diferentes formas de lanzar la orden, pero siempre con el mismo resultado. Intenté ver qué había en el ordenador, e igualmente, después de varios intentos, di con el comando para mostrar los contenidos: “list”. Entre muchas cosas, vi un directorio que me llamó la atención, ya que su nombre era “running”. Entré en él (que también me costó encontrar la forma de decirle al ordenador que quería ver lo que había ahí dentro) y pude ver que se dividía en otros subdirectorios, con nombres como “lista compra”, “vigilar alumnos”, “llamar Paquillo”,... hasta que encontré uno que hizo que mi corazón diese un salto: “examen”.

En esta ocasión, a la primera intentona conseguí mi propósito: “remove examen”.

El profesor de nuevo se situó en el centro de la primera fila y dijo en voz alta:

- Podéis romper las hojas del examen. Queda anulado. Vamos a continuar con el temario.

De nuevo, los compañeros se miraron entre ellos, preguntándose qué estaba pasando. Yo había vuelto a encontrarme entre ellos, de nuevo en mi pupitre, y me quedé de piedra. No me lo podía creer. Así que me decidí a hacer una prueba final. Si esto funcionaba, estaba claro que podía manejar la mente de ese profesor. No sabía si del resto de gente también, pero la intuición me decía que sí.

Don Alfredo (así se llamaba el profesor de matemáticas) estaba de espaldas a la clase,

escribiendo letras y números en la pizarra a la vez que enunciaba las fórmulas para calcular las derivadas inmediatas. Entonces volví a cerrar los ojos e intenté concentrarme en la habitación en la que había estado antes, en la mesa con la pantalla y el ordenador. Obviamente no apareció nada. Y siguió sin aparecer nada durante bastante tiempo.

Seis meses después de esta primera experiencia, el profesor murió de un derrame cerebral que extrañó a todos, ya que era relativamente joven y se cuidaba bastante. Años después descubrí quién tuvo la culpa de ese derrame. Yo. Y mi ordenador de control mental.

Me costó una buena temporada aprender a invocar la habitación y a situarme en ella, delante del teclado donde poder escribir mis órdenes al resto de personas.

Y aún me resultó más difícil identificar qué tipo de lenguaje entendería cada robot. Ya que, en el fondo, eso eran para mí: autómatas que realizaban las tareas que yo les encargaba. Pero por suerte o por desgracia, aquella época pasó, el tiempo se ha llevado muchos de los recuerdos, así como a muchos de mis amigos y compañeros. Todavía soy joven, o al menos eso me gusta pensar, ya que a mis 34 años me niego a considerarme mayor, pero casi toda la gente a la que conocía de mi juventud se ha ido. Y creo que un porcentaje muy elevado por mi culpa.

Después de investigar un poco, buscando en los periódicos y preguntando a los conocidos, amigos y familiares comunes con los difuntos, ya que me parecían muy extrañas tantas muertes a mi alrededor,

llegué a la conclusión de que muchos de mis autómatas estaban muertos, y todos por derrames cerebrales. La opinión generalizada era que se debían a los productos tóxicos expulsados continuamente por la fábrica que había generado la vida en esa región de la comunidad. Porque claro, nadie podía saber la verdadera causa. Por suerte, porque quién sabe lo que podrían haber hecho si se hubieran llegado a enterar. No sé si habrían llegado a montar una hoguera en el centro del pueblo e intentado purificarme, pero no tengo mucha fe en los actos de una turba enfadada, ya que sé lo que pueden llegar a hacer cuando, escudándose en el anonimato de la muchedumbre, dan rienda suelta a sus más bajos instintos. Es el comportamiento humano básico, la forma de reaccionar intrínseca a cualquier animal que se

enfrenta a algo desconocido y está rodeado de sus semejantes.

La realidad era que un porcentaje muy elevado de mis órdenes se convertían, después de que fueran llevadas a cabo, en pequeños coágulos que navegaban por el torrente sanguíneo. Si sólo forzaba a la persona una vez, las probabilidades de que ocurriera algo eran muy remotas, ya que, por lo que había podido investigar, el coágulo se solía disolver por sí mismo. El problema se presentaba cuando intentaba enviar muchas órdenes, o éstas eran extremadamente contrarias al comportamiento habitual de la gente. En esos casos, los coágulos eran bien más numerosos, bien de un tamaño mayor. Y generalmente tenían consecuencias fatales. Eso es lo que le había pasado al

profesor de Matemáticas. Y a Sonia. Y a tantos y tantos otros que tuvieron la desgracia de cruzarse en mi camino.

EN RUTA

Hay veces que parece que todas las emisoras de radio se ponen de acuerdo para pinchar la misma canción. O tal vez soy yo que no sé distinguir entre las diferentes variantes de electro latino y me suenan exactamente idénticas las canciones de Daddy Yankee o Juan Magán, pero el caso es que por más que doy vueltas por todo el espectro radiofónico de la FM y de los 108MHz paso de nuevo a los 88Mhz, sin encontrar ninguna canción que me ayude a concentrarme.

Acabo de salir de la gasolinera y a pesar de

que soy consciente de que no debo utilizar mi don para manipular la mente de otras personas ahora no tengo más remedio que apoyarme en él para tratar de escapar. De la misma forma que si utilizase mi tarjeta de crédito iría dejando un rastro que podría seguir hasta el más inexperto de los policías o detectives, o cualquiera que estuviese interesado en ir tras de mí, sé que cuando empleo mi facultad de obligar a otros a realizar actos en contra de sus intereses pero a favor de los míos debo aparecer como una señal clara en lo que sea que utilizan como radar mis perseguidores. Como un jodido árbol de navidad en medio de un descampado en mitad de la noche. Aunque claro, si está en el campo, no creo que tenga mucha electricidad para encender las luces. Pero creo que se me ha entendido. Y no puedo hacer ninguna otra

acción para tratar de alejarme de ellos. Se me ha acabado el dinero en metálico, y si utilizase el de plástico, estaría igual. Aunque bien pensado, tal vez esa opción sería más adecuada para las personas que tengan la mala suerte de cruzarse en mi camino. Y es posible, aunque no sé yo si muy probable, que así como si uso mi don resulto igual que un faro en mitad de la tormenta para indicar la ruta a seguir a un barco perdido entre el oleaje, (sí, este ejemplo es mejor que el del árbol de Navidad) no tengan acceso a los datos bancarios y les resulte más complicado localizarme con esos métodos.

Definitivamente tengo que tranquilizarme un poco y relajarme, a pesar de la situación en la que me encuentro y tratar de pensar con más claridad, ya que

mis actos pueden llevar a personas inocentes a encontrar una muerte prematura, sin tan siquiera ayudarme realmente a esconderme de mis acosadores. Por ejemplo, en la gasolinera, en lugar de utilizar la tarjeta de juguete podría haber usado la real, y es posible que eso me hubiese facilitado más tiempo que mi don. Aunque por suerte, esta vez sólo se ha visto afectado el dependiente, y no el resto de clientes que parecía que estaban más a lo suyo que a lo que sucedía a su alrededor. No como en el restaurante en el que me he detenido hace un par de horas.

Llevaba bastantes minutos aguantando el hambre y la sed, tratando de poner el mayor número de kilómetros entre mi persona y quien quiera que me estuviese siguiendo. Pero parece ser que estas

necesidades básicas, al ver que no eran satisfechas han decidido pedir ayuda a la maravillosa fisiología del cuerpo humano, y tras sopesar la idea de parar en un desvío y aliviar mi repleta vejiga, he decidido, con resultados lamentables, acceder de una vez a todas las exigencias de mi organismo y parar en una de esas bucólicas zonas ligeramente alejadas de las nuevas autopistas que antaño, cuando todo el tráfico pasaba por delante de su puerta gozaban de una clientela numerosa pero que ahora, con las prisas con las que realizamos los desplazamientos, sólo son visitadas por los parroquianos del pueblo, y básicamente porque en verano suelen tener aire acondicionado y en invierno una buena calefacción. Si hubiese sido como ese súper héroe trepa muros al que sus sentidos hiper desarrollados le avisan de las emergencias,

seguramente al entrar en el local mi sentido arácnido se habría puesto a prevenirme mediante el sutil sonido de una alarma de ambulancia, pero como mi don no llega a tanto, directamente me senté en una de las múltiples mesas vacías, preparadas para unos posibles clientes que no llegarían nunca. O casi nunca, que aquí estaba yo para romper esa racha de días vacíos.

El camarero me atendió con cierto reparo, creo que por no saber si era un loco que se había perdido o algo peor, pero después de una pequeña conversación, se relajó y me aconsejó los mejores platos de la carta. Bueno, realmente los únicos que podían prepararme con el contenido de la cámara. Y todo fue perfecto, y la comida discurrió sin ningún

problema, consiguiendo lo que hacía tiempo que no me sucedía, que era reducir el nivel de tensión que albergaba mi cuerpo.

Hacía mucho tiempo que no probaba unos tomates que supieran a tomate, acostumbrado a las piezas de plástico de los hipermercados y grandes superficies, que primando la apariencia sobre el contenido, ofrecen a los clientes perfectos elementos decorativos pero nulos si el destino que quiere dárselos está relacionado con el arte culinario. Igualmente, la carne tenía un sabor a... carne. Un simple entrecot a la parrilla con patatas fritas (naturales, no congeladas con ese corte heterogéneo que hace que incluso sepan mejor) y unos pimientos verdes fritos hizo que me reconciliara con el mundo, o

al menos con esta parte del mundo rural, que tan olvidado solemos tener, pero que cuando necesitamos volver a nuestras raíces son los únicos reductos que nos quedan, los únicos refugios en los que guarecernos de las estúpidas modas que cada día nos intentan conquistar.

Hasta el café era para quitarse el sombrero.

Toda la comida transcurrió de forma perfecta.

Sin ningún problema.

Sin ningún contratiempo... hasta que llegó la hora de pagar, ya que cuando me han entregado la cuenta y he ido a sacar el dinero para pagar de mi cartera he visto que no tenía suficiente. Creo que el camarero ha visto mi cara, y la experiencia le ha

susurrado al oído que le iba a causar problemas y que su intuición inicial con respecto al forastero que había aparecido por la puerta no estaba tan desencaminada. Claro que esa vocecilla no podía sospechar el grado de los problemas que iban a llover en unos instantes. Sin pensarlo dos veces, y a decir verdad tampoco una vez (tergiversando las palabras y siendo generoso, podría decir que recapacité un poco y tomé la primera opción que vino a mi cabeza, pero realmente me dejé llevar por la inercia de muchos años de realizar este tipo de acciones a mi antojo) convencí al camarero de que las monedas que había dejado en el platillo en el que me había entregado la minuta eran realmente las vueltas y que las dejaba como propina.

Me disponía a levantarme y dejar el

establecimiento de comidas de forma disimulada, cuando oigo una voz a mis espaldas. En lugar de volverme, actúo como si no la hubiese escuchado, ya que la televisión estaba sintonizada con una cadena de vídeos musicales, y sorprendentemente para el tipo de local que era, con un volumen considerable. Cuando mi mano está a punto de cerrarse en torno al pomo de la puerta, noto un ligero toque en el hombro. Es el encargado.

- Perdone, señor, pero no ha abonado la cuenta.- Las educadas palabras no están en consonancia con el tono de voz, cuya dureza demuestra claramente que está acostumbrado a que los clientes traten de jugársela, pero también que pocos lo consiguen. Así que entro también en su mente y me dispongo a

convencerle, como al camarero, de que sí que he pagado lo que he comido. No sé la duración de mi acto, ya que cuando me concentro, es como si entrase en una dimensión paralela y pierdo la noción del tiempo. Pero no puede haber transcurrido mucho, ya que ahora tengo una facilidad asombrosa para doblgar a mi favor hasta la más férrea voluntad. De todas formas, cuando vuelvo a la realidad, veo que al lado del encargado hay ahora uno de los clientes que estaba sentado en una mesa no muy alejado de la mía.

- Oye, Juanra, ¿te está dando algún problema este tipo? - Ha debido de ir al mismo colegio que el tal Juanra, porque ha conseguido proporcionar a sus palabras el mismo matiz amenazador. O igual es cosa del clima de la región, que se les pone a todos los

varones adultos el mismo tono de voz.

- No, tranquilo, otro despistado que parece que se ha olvidado de pagar.- Es curioso cómo en las palabras habladas se puede apreciar claramente cómo el emisor de las mismas ha remarcado ciertos términos como si las hubiese escrito en negrita y con un subrayado doble. No sé qué ha sucedido pero parece que este sujeto se está resistiendo más de lo normal a mis métodos. Definitivamente el clima por aquí debe de tener algo peculiar digno de estudio. Me concentro de nuevo, ahora tratando con dos mentes a la vez (algo que tampoco debería darme mayor problema, ya que durante mis años de experiencia he realizado acciones más complicadas) y en la milésima de segundo antes de entrar en esa realidad paralela desde la que soy

poco menos que un dios, percibo que la otra persona, la que ha acudido a apoyar al encargado ha lanzado una seña con los ojos a alguien que está a mi espalda. Cuando mi cerebro recoge esa información, la procesa y me doy cuenta de lo que está a punto de pasar, retorno al mundo real y me vuelvo, justo a tiempo para ver cómo una persona a la que no había visto hasta ese momento dentro del local intenta sujetarme desde atrás.

Instintivamente doy un paso lateral y efectuando un arco con mis manos desde su posición inicial a los lados de mi cuerpo hasta llegar al pecho de mi atacante, con un simple movimiento esquivo su ataque y le golpeo en el pecho suavemente, simplemente para marcar el territorio y avisarle de que

es mejor que tenga cuidado con lo que está tratando de hacer. Pero este nuevo invitado a la conversación entre Juanra y yo, al tratar de cogerme estaba ligeramente desestabilizado, y mi golpe, a pesar de ser leve, provoca que dé un traspiés, se tropiece con una silla y se caiga encima de una mesa, estirando del mantel y volcando todo el contenido de la mesa al suelo, con el estrépito consiguiente de metales repiqueteando sobre el suelo de azulejo y los platos y copas explotando en millones de pedazos de cristal y porcelana entremezclados, como si de la creación de una galaxia se tratase. Y podría ser un ejercicio realmente interesante buscar semejanzas con los cuerpos celestes en ese caos de vajilla destrozada si la situación no se hubiese precipitado hacia el desastre de forma tan repentina: el encargado y el otro tipo se

abalanzan sobre mí.

Centrándome primero en el otro sujeto, que parece más joven y por lo tanto puede causarme más problemas, cojo la silla con la que se ha tropezado el primer atacante y la lanzo contra sus piernas con la fuerza suficiente para hacerle caer. Ahora tengo unos segundos hasta que se levante del suelo, así que me preparo para la embestida de Juanra, y efectivamente, ataca como un toro, con lo que con una simple finta le evito, a la vez que dejo mi pierna en su trayectoria para que se la encuentre. El resultado final tras este combate tan fugaz soy yo en pie y tres lugareños en el suelo. Antes de que puedan reaccionar me dirijo a la salida, ahora sin obstáculos ni llamadas de atención. Hasta que veo que fuera del local ha aparcado un

coche de la Guardia Civil y que parece que se dirigen al establecimiento.

- Mierda.- digo en voz alta – No puedo creer la mala suerte que estoy teniendo, joder.

Doy media vuelta y me dirijo a los lavabos. Voy a tratar de ganar tiempo, para ver si puedo manipular todas las mentes y salir airoso de aquí. O bueno, me conformo con salir simplemente. Y que no sea detenido.

PRIMEROS PASOS

A partir del momento en que empecé a poder situarme en la habitación cada vez que me apetecía, la vida me resultó bastante agradable y fácil ya que el descubrimiento de las consecuencias de enredar en los cerebros ajenos lo he hecho hace poco tiempo. Siendo joven no prestaba atención a lo que ocurría a mi alrededor, encerrado en el egoísmo propio de la adolescencia. No percibía los espacios en blanco que dejaba la gente que se encontraba en mi camino y tenía la poca fortuna de ser útil para complacerme, o

que me favorecía para lograr mis caprichos sin saberlo y sin poder evitarlo.

De este modo, y ayudándome de mi nuevo don (en aquella época pensaba que era un don, ahora no estoy tan seguro) conseguí aprobar todas las asignaturas sin mucho esfuerzo. No es que antes del Gran Descubrimiento (el nombre que le di en su momento, así, con mayúsculas y un fuerte énfasis en el “gran”) fuese un mal estudiante, más bien al contrario, ya que sacaba buenas notas. El problema me lo solían causar las asignaturas en las que había que estudiar. Las propias de ciencias se me daban bastante bien, pero las de letras como historia, literatura y demás a veces se me atragantaban. Hasta ese momento.

Desde entonces, los exámenes no suponían ningún

reto para mí. Ya que al poder situarme en el ordenador a mi antojo, después de llegar casi a aburrirme de manejar a la gente, probé otras cosas: Si eso era un ordenador, y estaba conectado al cerebro de alguien de alguna manera que desconocía (y que tampoco me preocupaba mientras funcionase, ¡Bendita ignorancia!) de la misma forma, también podría acceder a los recuerdos y a la memoria del sujeto en cuestión.

Este paso me costó más trabajo ya que la forma de poder visualizar esa parte del cerebro no eran unas órdenes genéricas. Los comandos que me permitían adentrarme en los recovecos de la mente, como aprendí tras muchas pruebas, eran comunes a todos. Lo difícil era dar con la fórmula mágica, ya que no

había ningún manual de ayuda, ni un teléfono con asistencia técnica al otro lado. Aunque no sé si eso me habría servido, ya que creo que no hay ningún caso documentado de gente a la que, teniendo un problema con algún aparato electrónico, el servicio técnico telefónico le haya solucionado nada. De hecho, pensando en palabras mágicas, llegué a probar hasta con “Ábrete Sésamo”. Obviamente no funcionó. Tras multitud de intentos y, casi desesperadamente, probé suerte con las instrucciones que me habían enseñado en la clase de informática y que habían surtido efecto en mi primer intento con el profesor de matemáticas. Al final, el procedimiento resultó tener algo de lógica. Para acceder a la información almacenada en el cerebro humano había varios métodos. El primero, y el más sencillo de utilizar, aunque el que requería más

trabajo para separar los recuerdos que servían de los que no, era realizar simplemente una búsqueda general. Por lo visto, todos los recuerdos tenían una especie de etiquetas, con lo que al buscar algo sobre un tema concreto, el ordenador con el que me comunicaba con las mentes de mis compañeros me mostraba todo lo almacenado que estuviese registrado bajo esos indicadores. Por eso, la mayoría de las veces el número de resultados obtenidos solía ser enorme. Para poder utilizarlo de manera eficiente había que realizar varias búsquedas sucesivas, como si se estuviese buscando oro en un río y para ello se filtrara la arena y piedras con varios tamices, cada vez con uno que permita pasar menos “piedras”. De este modo, se recuperaban los recuerdos, pero el trabajo a realizar era bastante grande, ya que además, si no introducías

las etiquetas correctas, podías no llegar a lo que pretendías.

El otro de los métodos para acceder a los datos que albergaban los miles de millones de neuronas era de forma similar a como se estructura la información en un ordenador. Los recuerdos están guardados en una especie de contenedores, donde se agrupan los que comparten algo. Dentro de estos almacenes hay otros más pequeños, y así sucesivamente. Así, para acceder a cada recuerdo en particular, habría que ir de un contenedor a otro. De la misma forma que, si en un árbol pretendemos acceder a una hoja, tenemos que, empezando en el tronco, en cada intersección ir seleccionando la rama que creemos que nos puede llevar a nuestro destino.

Los problemas para manejar toda esta información eran que las relaciones, etiquetas y demás métodos de clasificación se hacían en función de criterios del propio cerebro, y relacionado con las diferentes vivencias del sujeto en cuestión. Así, para poder moverme con un poco de agilidad y poder obtener la información buscada en un tiempo razonable, primero debía conocer algo de la persona a investigar. Pero con la práctica aprendí que el acceso al cerebro de las personas desde mi ordenador personal (creo que nunca se había aplicado mejor este nombre) fuese casi a la misma velocidad que cuando lo intentaban ellas mismas. De esta manera, en la universidad, después de varios años practicando en el colegio, podía acceder a las respuestas de los exámenes, recuperarlas, escribirlas y entregar el examen más rápido que el

resto de los alumnos. Y en el caso de exámenes orales, o si no conseguía dar con las respuestas en algún compañero, siempre podía hurgar en los profesores.

He de reconocer que el cerebro está bien organizado, y de hecho tiene algo de lógica que lo estuviese de esa manera. Por eso el acceso a la memoria es muy sencillo, y es más fácil almacenar algo en nuestras maltratadas neuronas si lo asociamos con otros conocimientos, o con recuerdos ya grabados y establecemos una relación, aunque sea una unión que sólo comprendemos nosotros mismos y que para el resto del mundo no tiene mucho sentido.

Cuando anteriormente he dicho que Sonia abandonó este mundo antes de lo que sería normal, como es fácil imaginar, se debió a mi falta de ética y

auto control. Puede ser difícil para un chaval que está comenzando a despertarse en la sexualidad tener un poder como el mío y no sucumbir a él, pero no tengo perdón. De hecho yo aún no me he perdonado. Sigo viendo su cara por las noches, al cerrar los ojos. La suya y la de muchos otros, pero éstas aparecen algo más borrosas, en una especie de segundo plano, mientras que Sonia siempre está la primera (bueno, durante mucho tiempo fue la primera, mientras que desde hace unos años, tiene una dura pugna con otra, pero ya llegaremos a ella), con la ropa y el peinado de la primera vez que le obligué a hacer algo que ella no quería o no estaba preparada. Y de su boca sale la misma pregunta todas las noches: ¿por qué? Como si mi mente pudiera responder algo que justificase tamaña atrocidad. Como si tuviera otra respuesta

distinta a “era un gilipollas”, o como si, acertando con las palabras indicadas, pudiera traerla otra vez de vuelta. Multitud de veces he intentado controlarme mediante el ordenador a mí mismo, para hacerme perder ese don. Pero ha sido en balde. Incluso he tratado de acabar con todo esto en varias ocasiones, pero siempre ha sucedido algo que me lo ha impedido. Llegué a pensar que era porque tenía una misión en la vida. Que si tenía ese don era porque estaba predestinado a hacer algo grande. Pero hasta ahora, lo más grande que he conseguido hacer ha sido matar a mis seres queridos.

Ahora, más o menos, creo que se entiende qué es lo que ha pasado en la gasolinera. Porque sí, el dependiente tenía razón: La tarjeta era de juguete. He

aprendido que puede ser muy peligroso utilizar mi don para nimiedades como esta, pero ahora no tengo tiempo para andarme con tonterías. Me están persiguiendo. Aunque en todos estos años no me he granjeado muchas amistades y algunos de mis más fervientes admiradores tienen los medios y los motivos suficientes para enviar a matones a por mí, los que están tras mi pista no son personas que hayan sufrido las consecuencias de estar cerca mío en el momento más inoportuno. No. Me buscan por otros motivos. Y es conveniente para mi salud, sobre todo si quiero seguir teniéndola, que no me encuentren.

Sé que podría desembarazarme de alguno de ellos, “pidiéndole” amablemente que me dejase en paz. El problema es que si son varios mis perseguidores, y me

da la impresión de que lo son, no sé si me daría tiempo a hacer que todos cambiasen de opinión. Además, alguno de ellos podría ir armado, y una bala, en la mayoría de las ocasiones, es más rápida que mis pensamientos. Por mucho que haya practicado, de momento no soy capaz de escribir órdenes más veloz que el sonido, que es la velocidad aproximada a la que sale el proyectil de una pistola. Así que por eso estoy huyendo, y no me importa mucho lo que pueda pasar a los que tengan la mala suerte de cruzarse en mi camino. Sé que es bastante egoísta, pero tengo la mala costumbre de preocuparme por mi vida, y sean quienes sean los que vienen detrás mío, es fácil que tengan la intención de acortar los años que me quedan por delante o por el contrario hacer que se me hagan eternos, gracias a una hospitalidad que nada

tendría que envidiar a un campo de concentración. Y, sinceramente, ninguna de las dos opciones me llama especialmente. Si es posible, me gustaría seguir viviendo mi vida, y acabar con ella de la forma que yo elija.

ESCAPANDO

Voy conduciendo un coche de alquiler. Al final salir del bar no ha sido tan complicado. Creo que por fin he encontrado el equivalente en la vida real a los bares y locales de las películas que tienen una puerta trasera por la que poder salir sin que los malos se den cuenta. Hasta ahora, siempre que he entrado en un bar y por curiosidad he intentado encontrar esa puerta de servicio que da a un callejón oscuro y tenebroso o no había puerta ni nada parecido o, como es lógico, estaba cerrada con llave. Pero no: en este bar, en el

pequeño distribuidor que había en la zona donde se ubicaban los servicios del restaurante, había una bonita puerta (vale, realmente era una puerta normal, nada bonita, pero la situación hizo que me pareciese más llamativa que esa a la que Umberto Eco dedica varias páginas en su novela de monjes) que me permitió escabullirme sin tener que obligar a nadie.

Y sí, ahora llevo un coche de alquiler. Como es de imaginar, no me ha costado mucho trabajo convencer a la dependienta de que me alquilara un buen coche, mostrando únicamente un carnet de biblioteca que había descubierto en un bar la noche anterior. Sé que suena raro. A mí también me extrañó ver un carnet de biblioteca en un bar de noche. Bueno, realmente lo que me extrañó fue el hecho de ver un carnet de

biblioteca fuera de su hábitat natural, pero para ser sinceros, el local donde lo encontré era uno de esos modernos en los que lo mismo te preparan un gin-tonic con su eneldo, su pepino y sus 42 variedades de tónica que te cocinan un sándwich mixto durante su extenso horario de comidas que incluye el rato del brunch. Así que igual han cambiado los tiempos y hoy en día se puede llegar a ligar luciendo ese pedazo de plástico que hace poco tiempo indicaba que eras un inadaptado social. Pero ante regalos del destino de este tipo, no pregunto. Lo cogí y cuando llegó el momento lo usé. Porque algo que he aprendido últimamente es que siempre se presenta la ocasión de usar estos obsequios. Sé que podría haber obligado a la dependienta de la agencia de alquiler de vehículos a regalarme las llaves de cualquier coche que tuviese

disponible, incluso del suyo propio, pero mi experiencia me ha enseñado que es más fácil aplicar mi don si me apoyo en elementos tangibles. Así, me cuesta menos trabajo hacer pasar un carnet de biblioteca por uno de conducir que inventar uno de la nada. Y si implica menos trabajo para mí, también conlleva que la probabilidad de que mi acción tenga un desenlace fatal no sea tan elevada. Por eso también he empleado una tarjeta de crédito de juguete en la gasolinera. No quiero anotar más muertes en la columna del debe de mi enorme lista. Ya hay demasiadas, y estas personas no han hecho nada para merecerlo. Sé que muchas de las que ya han caído tampoco, pero con esas no puedo hacer nada. El pasado es algo inmutable, mientras que el futuro es posible que no esté escrito todavía y me permita

añadir mis propios renglones. Sin tener que sobre-escribir los de otros.

Así que en estos momentos estoy al volante de un Volkswagen Golf R preparado además por la marca alemana de tuning HGP, con más caballos debajo del capó de los que cualquier persona que no sea piloto profesional está capacitado para manejar, pero no me queda otra salida, así que estoy poniéndoles a trabajar a casi todos. Y sí, esto ha sido otro regalo del destino: por lo visto la empresa de alquiler quería grabar un spot para la promoción de un nuevo servicio de vehículos de alta gama deportivos para su uso en circuitos y otros lugares habilitados para que se pueda sacar provecho a toda la ingeniería que reside en esos motores y que generalmente debe quedarse sin

utilizar, y en cuanto he visto la oportunidad, cuando me he recuperado de la sorpresa por ver un automóvil con esas características, la he aprovechado.

Voy conduciendo por una de las circunvalaciones de la capital, concretamente en la M40, en sentido norte, hacia la carretera de La Coruña. Creía que con este coche iba a poder darles esquinazo, pero parece ser que sus motores no tienen nada que envidiar al mío. No consigo separarme de ellos más de quinientos metros, y eso únicamente en las ocasiones en las que hay más tráfico. En cuanto dejamos atrás alguna de las incorporaciones o desvíos conflictivos y se libra la carretera, se pegan a mi parte trasera, sin llegar a tocarme, eso sí, aunque calculo que sería difícil que cupiese un balón de baloncesto entre su coche y el

mío. Está claro que no quieren detenerme por las bravas y provocar un accidente, al menos de momento, pero también me dan a entender que en el instante en que ellos se lo propongan me pueden echar de la carretera. O adelantarme y obligarme a frenar. O lo que sea, pero que me quede bien claro que aunque yo voy delante, no soy yo quien controla la situación.

Sigo conduciendo, y ahora he entrado en la A6, que está más concurrida que la anterior. Como en la persecución de la película Ronin, protagonizada por Robert De Niro, una de las mejores secuencias de este estilo del cine, intento que los coches se aparten dándoles las largas y avisando de mis intenciones con los intermitentes, pero me he olvidado de en qué

ciudad me encuentro, y cada vez que enciendo la luz para cambiar de carril, los coches que en teoría deberían facilitarme mi maniobra optan por entorpecerla, obligándome a frenar constantemente, e impidiendo que me aleje de mis perseguidores. Utilizo toda la calzada, los cuatro carriles que hay y parte de los arcenes, para intentar avanzar todo lo posible e interponer el mayor número de vehículos posibles entre mi coche y los otros. Pero nada, no lo consigo y parecemos una coreografía, moviéndonos casi al unísono. Paso de uno a otro rozando casi los parachoques de los coches que van a mi lado, pero ellos, mis cazadores también hallan los huecos necesarios donde meterse. La imposibilidad de dejarles atrás me está sacando de quicio, y la ira se junta con el nerviosismo en un cóctel que hace que mi

forma de conducir pase de muy peligrosa a decididamente suicida.

Por lo que he visto hasta ahora, en autopista no voy a poder perderles, así que tendré que tomar alguna salida, e intentar darles esquinazo entre las carreteras con curvas de los pueblos de la sierra. Parece que no va a ser nada fácil, pero no veo qué otra cosa puedo hacer, salvo parar y preguntarles qué es lo que quieren y tratar de razonar con ellos, pero esta opción, de momento, creo que no la voy a tener en cuenta. Aunque tampoco estoy muy seguro de poder darles esquinazo corriendo por las estrechas carreteras comarcales: no parecen malos conductores y en carreteras reviradas puede que no sea capaz de dejarles atrás, o peor incluso, puedo tener un

accidente. Y tampoco sé si lo que les frena para no detenerme aquí mismo y hacer conmigo lo que sea que tienen pensado para cuando me atrapen, es la cantidad de gente que hay, y si esto es una ayuda, no voy a poder contar con ella si me interno por carreteras menos transitadas.

No sé qué hacer. Bueno sí, hay otra cosa, pero no sé si estoy tan desesperado: el BUS-VAO. Es una vía de dos carriles, situados en el centro de la autopista, y separados por medianas de hormigón del resto. Dependiendo del tráfico que haya, se habilitan en un sentido o en otro, para agilizar e intentar aliviar el enorme número de vehículos que circulan por esta zona en las horas punta tanto de los días laborables como de los festivos. Y en teoría sólo lo pueden

utilizar autobuses y “vehículos de alta ocupación”, es decir, que si vas en coche tú solo a trabajar, no puedes usarlo, pero si compartes coche con compañeros, adelante. Es una idea buena, pero como la mayoría que concierne al tráfico, desde que se piensan, se estudian y se aprueban hasta que se llevan a cabo, el parque móvil ha aumentado tanto que no se aprecia gran mejoría y parece que no ha sido una gran solución. Como el famoso caso de una de las autopistas del estado de Texas, que con sus 26 carriles en algunos tramos se inauguró como la solución final a los atascos para acceder a la capital, Houston. Y así fue durante los primeros días, pero enseguida empeoró, ya que cuando los ciudadanos vieron que los atascos eran menores, aumentó el número de ellos que acudían en vehículo propio al trabajo, con lo que las

retenciones se tornaron monumentales, así que decididamente, no fue una solución. Al menos para solventar los atascos; ahora para mí, puede suponer la salvación. Está habilitado en sentido contrario, facilitando la entrada en la capital, y la incorporación desde los carriles en los que me encuentro está cerrada, pero si tomo la siguiente salida, y doy media vuelta, puedo sumarme al río de coches que lo conforman, y una vez dentro, al ser más estrecho, jugármela.

Tengo que decidirme rápido, ya que enseguida voy a llegar a la salida de Las Rozas, la que me permitirá dar la vuelta.

Veo cómo se abre el desvío para abandonar la autopista, pero me encuentro en el carril de la

izquierda y tengo tres coches entre mi posición y mi destino. Reduzco una marcha y piso el pedal derecho a fondo. Acelero, y en el último milisegundo doy un rápido giro al volante, atravesando el resto de carriles y metiéndome en la salida un centímetro antes del primer bolardo. Oigo cómo desde algunos de los coches delante de los que he cruzado salen sonidos de claxon bastante estridentes. Ha habido también varios frenazos, pero parece que no he provocado ningún accidente. Miro por el retrovisor de mi izquierda, y veo como uno de los coches que me perseguían, el que venía más pegado a mí, no ha podido imitarme. Por desgracia, el otro conductor, al venir unos metros más atrás sí que ha podido reaccionar a tiempo para desviar su trayectoria. Tengo que darme prisa, porque deshacerme de uno sólo puede ser más sencillo. Pero

si no soy lo suficientemente rápido, el coche que no ha podido seguirme tomará la siguiente salida, que no está lejos y dará media vuelta. Y me imagino que estarán comunicados entre sí, con lo que reducir el tiempo en la toma de decisiones es primordial.

Así que casi sin dejar de acelerar entro en la rotonda, haciendo que los coches que estaban en ella tengan que clavar los frenos. De nuevo más pitadas. Creo que hay unos cuantos conductores que hoy se están acordando de mi madre y del resto de mis familiares. Y los que quedan todavía, si sale todo como quiero. Espero que los insistentes pitidos en los oídos que estarán sintiendo los familiares que todavía puedan notarlos no acaben por dejarles sordos.

A duras penas consigo mantener el coche estable

con tres de las cuatro ruedas apoyadas en el asfalto, aunque esas tres chirrían al obligarlas a tomar las curvas a tanta velocidad. Miro por el retrovisor y mi corazón da un vuelco de alegría al no ver al coche de mi perseguidor, pero, como dice el refrán: “qué poca dura la alegría en la casa del pobre.” Un segundo vistazo me revela que el otro vehículo sigue ahí, acechando. Pero por suerte, y como supongo que no desea que le ocurra lo mismo que a su compañero en el desvío en el que acaba de perderme, ha dejado unos metros para darse la oportunidad de reaccionar ante mis imprevistas y desesperadas maniobras. Tomo la salida de la glorieta que me permite ir al BUS-VAO, y... Mierda. Un dominguero delante. Hasta ahora, cuando me había topado con algún conductor lento, había podido esquivarle cambiando de carril,

adelantando por la derecha o rebasándole incluso por el arcén. Pero donde me encuentro en estos momentos la calzada es de un único carril y los arcenes son de menos de medio metro de ancho, con lo que me toca esperar y confiar en que mi perseguidor espere a que su compañero se una de nuevo a nuestra procesión para intentar algo. Miro por el retrovisor con el corazón en un puño, y veo que entre mi coche y el de mi perseguidor se han intercalado dos vehículos. Bueno, parece que tengo unos momentos de respiro. Miro hacia adelante y parece que en unos pocos cientos de metros el carril se desdobra, y aunque el arcén siga teniendo unas medidas demasiado estrechas, originadas por la escasez de espacio a la hora de realizar las obras de remodelación de esta calzada para incluir este carril central, creo que con los

dos carriles tendré suficiente para llevar a cabo mi propósito, y conseguir que mis fans se queden con un palmo de narices, perdiéndome en una ciudad que me espera con los brazos abiertos para cobijarme y esconderme hasta que pueda decidir qué hacer a continuación.

UNIVERSIDAD

Mi vida había pegado un giro importante. Con 18 años recién cumplidos, era el flamante poseedor de un carnet de conducir A-B que me permitía llevar tanto motos como coches. Como se puede pensar, realmente no me habría hecho falta, ya que si me paraba la policía podía hacerles ver que tenía el carnet, manipulando su cerebro. Pero no quería el carnet para no abusar de mi poder con otras personas, no. Lo que me interesaba era fardar delante de mis amigos. Que por cierto, no me faltaban. Creo que es fácil imaginar

la cantidad de “amistades” que surgieron a mi alrededor cuando se fue corriendo la voz de que podía pedir cualquier bebida en un bar y aunque no fuese mayor de edad, me la daban. Y no escatimaba en gastos, ya que realmente o no gastaba mi dinero o no utilizaba dinero en absoluto. Lo mismo con el tabaco, o todo lo que se pueda pensar. Sí, cuando digo todo, me refiero a todo. Eso también lo conseguía. Me convertí en el chaval más popular, y a la vez en el más envidiado y el más odiado. Pero la verdad es que me daba bastante igual. Me sentía por encima de los demás, como una especie de Superman, capaz de hacer cualquier cosa, y de conseguir que los demás hicieran lo que fuera por mí. Entonces entendí lo que debían sentir los típicos futbolistas que aun siendo unos niños, les encumbran y les cubren de oro y les

tratan como héroes. Tienen todo lo que desde pequeños sólo han visto por la televisión o en internet: coches caros, de esos que con el sueldo de todo un año de sus padres les llegaría justo para la entrada; casas en urbanizaciones de lujo donde han vivido sus ídolos; y un largo (tal vez demasiado largo) etcétera de suntuosidad. Y raro es el deportista que ante tal caterva de aduladores y zalameros consigue mantener la cabeza en su sitio. Obviamente yo no fui un caso privilegiado de buenas formas y saber estar, no. Me dejé llevar.

Así llegué a la universidad, con aires de grandeza, muchas ínfulas y tontería para dar y tomar. Era de los pocos de clase con carnet de conducir nada más empezar el primer año, uno de los tres que tenían

coche y el único que poseía en total seis ruedas esperándome en el garaje de casa: un coche y una moto. En clase seguía igual de chulo y prepotente que en los últimos años del colegio. Primero porque estaba en una de las carreras propias para “elegidos”: teleco, o lo que es lo mismo, Ingeniero de Telecomunicaciones. Y segundo, porque sabía que, al igual que en el colegio, pronto sería el centro de atención de la universidad entera. La verdad es que me imagino que más de una persona (y más de dos, y de tres...) se habrá quedado con las ganas de pegarme un buen guantazo, para quitarme el pavo de golpe, como se suele decir. Pero por suerte para él y por desgracia para mí, mirando las cosas con la perspectiva que te da el paso de los años, nadie se atrevió a plantarse en medio de mi camino y hacerme ver lo que

estaba haciendo.

Se puede pensar que por qué me metí en una carrera de universidad, teniendo ya la vida resuelta, y la verdad es que si me pongo a recordar aquellos tiempos, no tengo una idea clara. Uno de los motivos me imagino que sería la fiebre de titulitis que asolaba las mentes de la mayoría de las personas de mis círculos, y que en cierto modo obligaba a los adolescentes a seguir la máxima que imperaba en las familias que venía a decir que si no tenías una carrera universitaria no serías nadie en este mundo. Otro de los posibles motivos creo que sería por el mismo por lo que hacía todas esas tonterías: por fardar, chulear, o como se quiera llamar. Y me habría ido mucho mejor (y a muchas otras personas) si me hubiese dedicado a

otros menesteres que no fuesen hacer una carrera universitaria de cara a la galería, sólo por tener algo que hacer entre semana y no estar aburrido en casa.

Como el mundo, aunque nos parezca muy grande, realmente es un pañuelo y más en una provincia pequeña, algunas de mis hazañas habían llegado ya a oídos de muchos jóvenes, y así, ya casi antes de empezar en primero, era de los más conocidos del campus. Estatus que mejoró en escasos dos meses, cuando me convertí en el chico más popular de la universidad y de parte del extranjero. Y es que es complicado ocultar un don como el mío, sobre todo cuando no haces ningún intento por mantenerlo en secreto o al menos no trataba de disimular los efectos que causaba a mi alrededor.

Después de haber salido con todas las chicas que me apeteció, que puedo dar fe de que fueron unas cuantas, y que estaban encantadas de probar el asiento trasero de mi coche, o ya puestos, y si la situación y la muchacha lo merecían, una habitación de un hotel, llegó un momento en el que me empecé a cansar. En los comienzos, cuando no tenía mucho control sobre mi poder, el acercarme a una chica para intentar ligar con ella me suponía un cierto estrés, un nerviosismo que además implicaba que no podía utilizar correctamente mi don, y así al principio sí que se trataba de una especie de conquista clásica. Pero al poco tiempo, cuando al entrar en un bar o discoteca era reconocido, se sentían atraídas como las polillas por la luz. Y muchas de ellas acabaron igual que estos insectos alados cuando se acercan mucho a las

mosquiteras eléctricas. Pero para mí y mis amigos de aquella época se convirtió todo en una especie de juego: “¿A que no hay cojones a liarte con esa aquí mismo, en la discoteca?” “¿a que no hay cojones para intentar liarte con esa de ahí y con su amiga?” “¿a que no hay cojones para ... ?”

Y todos los retos acababan igual: Me llevaba el gato (o mejor dicho en la mayoría de los casos, la gata) al agua. Lo curioso es que recuerdo que en muchos de aquellos casos no tenía que utilizar mi don. Al menos no con ellas, ya que mientras conseguiese tener las copas llenas, lograrse reservas en los restaurantes de lujo, o las suites de lujo de los hoteles nos esperasen, todos mis deseos eran satisfechos antes casi de tener que pronunciarlos.

No tenía ni idea de que una persona se podía llegar a cansar de la buena vida, pero así es. Ya no tenía ilusión por hacer las cosas. No sentía esa sensación de reto o desafío que se experimentaba en mis primeras conquistas, o cuando te enfrentas a una situación que no sabes si vas a poder resolver, ya que gracias a mi don, la imposibilidad de no conseguir mis propósitos ni tan siquiera se me pasaba por la mente.

No sabía qué más probar, y no era por falta de imaginación y recursos, pero es que después de haber hecho el amor en un globo aerostático a varios cientos de metros de altura; haber corrido a más de 350km/h en un circuito de carreras montado en coches superdeportivos como el Agera R o el McLaren F1, o en motos como la Hayabusha; haber estado alojado en

las mejores suites de los mejores hoteles del país y de otras capitales europeas; haber practicado el flyboard por la noche en pareja, desnudos e inundados por un mar de luces LED colocadas en miniflotadores simulando una pradera de Pandora; haberme acostado con todas las modelos y famosas que tenían la mala suerte de caer en mi pozo gravitacional y que inexorablemente se veían atraídas hacia el agujero negro que era mi persona; haber comenzado el camino para obtener la calificación *cum laude* (y por encontrarme estudiando en España, ya que en otros países habría conseguido el mayor reconocimiento con el *summa cum laude*);... Después de todo esto, seguía sintiéndome vacío. O tal vez no era precisamente por todo eso. Todas las experiencias que he vivido no han conseguido llenarme porque realmente no eran

experiencias más. Pertenecían a un tipo asquerosamente podrido de suerte que siempre se salía con la suya, pero no a mí, realmente no eran mis sueños o mis inquietudes, por mucho que en aquella época así lo pensara.

Ahora, mirando hacia atrás en el tiempo, creo que entiendo a los que dicen que el dinero no lo es todo, pero claro, sólo te das cuenta de eso cuando tienes el suficiente dinero como para no tener que preocuparte por él, así que me imagino que realmente, el dinero no lo es todo, pero casi.

El caso es que no sabía qué hacer con mi vida ya que la apatía se había adueñado de ella por completo. Mi vida en la universidad era hasta cierto punto aburrida: sacaba matrículas de honor en todos los

exámenes fuesen de la asignatura que fuesen. Si durante las horas que duraba el ejercicio no me daba tiempo a buscar las respuestas en mis compañeros o profesores, sólo tenía que esperar a la revisión del examen, y ahí no tenía ningún problema en recalificarme. De hecho, para algunos amigos me ofrecí a realizar por ellos los exámenes, aunque fuesen de otras asignaturas que yo no había dado o carreras que no estaba cursando, ya que al tener ellos que acudir a clase o por lo menos estudiar para los exámenes, había momentos en los que me encontraba solo, o al menos no podía gozar de la compañía que deseaba en ese momento.

Todo era pan comido, como resolver los puzles y los juegos de ingenio de cuando eras pequeño y lo

intentas unos años después y sonríes para tu interior recordando la de horas que podías estar con ese dilema o problema y ahora lo podrías resolver con los ojos cerrados. Ese era mi estado mental, ya que todo me resultaba insultantemente sencillo.

Así que me propuse una especie de reto: Encontrar alguna chica que me gustase de verdad con la que todavía no hubiese tenido nada, bien porque había pasado de ella, bien porque hasta ese momento no me había interesado.

Pero sin usar mi don.

Y por desgracia para Mercedes, lo conseguí.

¿ESTÁN AHÍ?

Después de malgastar unos segundos en respirar profundamente, tratar que las pulsaciones vuelvan a un ritmo no ya reposado pero sí al menos que no sea algo insano y mirar alrededor para ser consciente de la situación en que me encuentro y la distribución de los vehículos que vamos en procesión he analizado el escenario en el que me hallo: delante del capó de mi coche, donde están todos los caballos descansando de su último galope y preparándose para el nuevo sobreesfuerzo que les voy a pedir, está el abuelo que

parece que no sabe que su coche tiene más de 2 marchas, y como cabeza del pelotón tenemos un autobús. Así que el orden de carrera es: el autobús de la empresa municipal de transporte; un automóvil conducido por una persona que o bien se acaba de sacar el carnet o se lo ha sacado hace demasiados años, cuando seguramente sólo se encontraba él en la carretera y alguna que otra diligencia; mi coche, al que estoy preparando para que cuando necesite toda su potencia responda de la forma que espero; un todoterreno de los grandes, de esos que podrían hacer todo el recorrido del París – Dakar, (o más correctamente el Rally Dakar, que últimamente ha estado en tantos países que no sé por qué siguen con ese nombre) pero que el mayor obstáculo al que han tenido que enfrentarse ha sido a los badenes de los

pasos de cebra de las ciudades; una camioneta de reparto, que parece bastante nerviosa por la escasa velocidad a la que nos movemos y a menos de 20 centímetros de ella, mis perseguidores. Si todo sale como espero, estos dos vehículos que se encuentran entre el mío y mis nuevos amigos van a proporcionarme el respiro que necesito para poder llevar a cabo mi jugada, espero que maestra.

Si no fuese porque los nervios me impiden soltar el volante, estaría mordiéndome las uñas hasta no dejar nada de ellas en los dedos, ni ningún dedo en las manos. Tanta es la tensión que creo que con la fuerza con la que estoy asiendo el volante se va a desintegrar en mis manos.

Más adelante, en unos escasos 500 metros pero que

a mí me parecen la distancia que hay entre la tierra y la luna, se abre el segundo carril del Bus-VAO. Me pego al coche de delante, me desplazo ligeramente al lateral izquierdo para que me vea bien y enciendo el intermitente para dejarle bien claro que quiero adelantarle, ya que a la velocidad que va podría costarle varios días adelantar al autobús. Espero que me haya visto y no quiera cerrarme, porque ya no sé qué más podría hacer para hacerme notar. Sé que ha sido una insensatez por mi parte poner el intermitente, ya que seguramente siguiendo los instintos de los conductores de esta ciudad, lo que tratará de hacer será obstaculizar mi maniobra. Y lo mejor habría sido ordenarle amablemente que permaneciera detrás del autobús sin molestar, pero no puedo pensar con claridad.

300 metros más y empieza lo divertido. Espero.

100 metros. Aprovecho que, aunque el carril adicional todavía no está pintado, la calzada se ha ensanchado un poco, dejándome algo de margen. Me sitúo a la izquierda de la carretera, casi en paralelo con el coche que escasos segundos antes estaba delante del mío y compruebo que, efectivamente, se cumple una de las dos suposiciones que había hecho: el conductor tiene, así por lo bajo, cerca de 500 años. Estoy seguro de que guarda en su cartera un autógrafo del mismísimo don Miguel de Cervantes.

Es igual, yo sigo a lo mío. Casi mejor, ya que cuanto mayor sea, menos reflejos tendrá y puede tratarse de una pieza clave en mi plan. Levanto un poco la vista para ver lo que viene por detrás por el espejo interior,

pero me da miedo mirar por el retrovisor, así que centro de nuevo los ojos en lo que tengo delante. Pero no puedo evitarlo, así que echo una fugaz mirada, y veo que el coche que me interesa está intentando hacer lo mismo que yo. Se ha situado a la izquierda del carril, para aprovechar cada centímetro de asfalto. Pero, por suerte, la furgoneta de reparto que tiene delante parece que no está dispuesto a dejarle pasar. Ha visto a Matusalén conduciendo y ha decidido que no quiere quedarse ahí detrás.

Reduzco una marcha y piso el acelerador hasta donde me permite el tope, achuchando a todos los caballos que tengo debajo del capó, y adelanto a la momia y al autobús sintiendo la fuerza que desarrolla este motor, pegándome literalmente al envolvente

asiento del conductor. Viene a mi mente la típica escena de los dibujos animados en la que el conductor de un automóvil, al pisar con fuerza uno de los pedales rompe el suelo del coche y saca el pie por delante de la matrícula, tal es la fuerza con la que he presionado el acelerador. Todavía no hay dos carriles realmente, pero sí que he tenido el suficiente espacio para adelantar y colocarme justo delante del autobús. Este último adelantamiento me ha costado un poco más de lo esperado, porque el autobús es uno de esos dobles, de los que comúnmente se llaman “de oruga” o “empalmados”, lo que además será un punto a favor para que todo se desarrolle como lo he imaginado yo en mi cabeza. Y ahora toca jugarme todo a un número.

Ya se han empezado a abrir los dos carriles, y las

líneas discontinuas que los delimitan ya están visibles en el suelo, pero todavía no son todo lo anchos que deberían, así que antes de que la calzada se ensanche más, me desplazo a la derecha para situarme en el mismo carril que la mole verde que tengo detrás, y hago un primer aviso con los frenos, tocándolos suavemente para que se enciendan las luces de freno. Miro por el retrovisor y veo que el coche que estaba detrás de mí, el todoterreno con el ama de casa que ya ha dejado a los niños en el colegio todavía está adelantando al abuelo y no ha llegado a situarse en paralelo con el autocar. Me fijo en el conductor del transporte público y veo que me está llamando de todo, por haberle adelantado y haber pisado el freno delante de sus narices. Vale, está atento, que es lo que quería para evitar males mayores, así que clavo los

frenos.

Los intermitentes de emergencia se encienden automáticamente. Y veo por el retrovisor la cara del conductor del autobús: una mezcla de susto, y enfado. Pero no a partes iguales. Más bien como un 10% de susto y un 540% de mala leche.

Libero un poco la presión sobre el freno, ya que un toque de esa inmensa masa que llevo detrás puede echar por tierra mis esperanzas de escaparme ileso. Vuelvo a fijar mi vista en el espejo, y veo cómo el autobús, al ser uno de tipo oruga ha empezado a girar. El conductor ha dado un volantazo para tratar de controlar el peso de su vehículo, que a pesar de contar con numerosos sistemas de ayuda a la conducción, ante un acto tan repentino y en una calzada tan

estrecha es complicado mantener el control.

Así, las ruedas de un lateral han pegado contra la mediana de hormigón, subiéndose unos centímetros para volver a la calzada con la consiguiente desestabilización de todo el convoy. La parte posterior, haciendo casi la maravillosa (para mí, en estos momentos) maniobra de la tijera: en los camiones con remolque consiste en que la parte trasera, con mucho más peso y por lo tanto más inercia, intenta adelantar a la parte delantera, con el peligro que ello conlleva. Obviamente la articulación central es mucho menos flexible que el anclaje de un remolque en un tráiler, pero aun así, me sirve perfectamente, ya que el autobús ocupa toda la calzada, está limitada por sendas medianas de hormigón a ambos lados.

Aguzo el oído y puedo escuchar perfectamente los estridentes chirridos de las ruedas de goma al patinar por el asfalto. Y acto seguido, lo que tanto esperaba: cristales rotos y golpes de chapa contra chapa.

Cuando voy a meter la primera marcha para salir de ahí, veo por el retrovisor que hay una persona que ha saltado la mediana para esquivar al autobús y se dirige hacia donde me encuentro con paso decidido, zancadas rápidas y el cuerpo ligeramente echado hacia adelante. Puedo sentir sus ojos, detrás de unas gafas de espejo (qué típico) clavados en mí. Me recuerda al actor Jason Statham en la película... bueno, en cualquiera de ellas. En los escasos segundos en los que mi mente ha divagado buscando similitudes, el remedo de espía se ha situado a la altura de la puerta

de mi coche. Golpea con los nudillos de la mano derecha en el cristal a la vez que con la izquierda se abre la chaqueta y me enseña lo que parece la culata de una pistola. Me concentro en él, trato de meterme en su cabeza pero no lo consigo. Trato de relajarme (lo que es casi imposible dado la situación en la que me encuentro) para poder entrar en él, pero nada. No hay manera.

Abro los ojos y veo que, a la vez que vuelve a golpear en el cristal, me hace el gesto de “no” con el dedo índice. Creo que sabe lo que puedo hacer y que lo estoy intentando sin resultado.

- Por favor, acompáñeme -. Su voz no casa para nada con su cuerpo. Parece que se la ha robado a alguien con menos años y menos mal genio.

Pero parece que es mejor no contradecirle, porque su cara (o al menos la parte que no queda cubierta por las gafas de sol) mantiene el rictus que en su trabajo debe corresponder al "soy un tío duro y cuando quieras te lo demuestro".

Así que salgo del coche, dispuesto a seguirle. O al menos que crea que estoy dispuesto a ello. Pero mientras avanzo delante de él, me concentro en los pasajeros del autobús y localizo a uno que quizá me sirva: se está repitiendo constantemente que por culpa del accidente va a llegar tarde al gimnasio, a su clase de Thai-Boxing y que no le va a quedar tiempo para la sesión de musculación. Entro en su cabeza y le "invito" a unirse a mi fiesta particular, para ver si puede desembarazarme de mi captor. He visto algo de una ex

novia reciente, así que le he convencido de que el tipo que me sigue es el “maromo” que se la quitó, con el que le puso los cuernos. Le veo bajar como un toro desbocado, pasando por encima de los trozos de plástico de los focos que han saltado en los múltiples accidentes, haciéndolos crujir bajo sus pies. Cuando está a menos de tres metros de nosotros, veo por el rabillo del ojo que la persona que tengo a mis espaldas hace un gesto con las manos. Me doy la vuelta y el movimiento que me ha parecido percibir ha sido para desenfundar su arma y apuntar con ella al musculitos que se dirige hacia nosotros. Bueno, más concretamente hacia él, pero no lo sabe.

- Atrás, caballero. No dé un paso más -. Acaba de
amartillar la pistola. En esa posición, un simple roce

con el gatillo puede hacer que éste realice su trabajo y accione el percutor que lanzará la bala a velocidades mortales.

Trato de meterme de nuevo en la cabeza del pistolero, pero con el mismo resultado: nada de nada. Lo intento entonces con mi presunto salvador, pero antes de que pueda darle nuevas órdenes, escucho una explosión. No sabía que los disparos eran tan ruidosos, acostumbrado a escucharlos sólo en las películas. Cuando abro los ojos veo cómo el musculitos se desploma, a cámara lenta, a la vez que una mancha roja comienza a extenderse por su camiseta.

Sin pensarlo dos veces y casi ni siquiera una, me lanzo contra la mano que ha disparado la bala fatídica. Asiéndola por la muñeca, obligo al brazo a realizar un

giro antinatural, hasta un poco más allá de los límites de los tendones que sujetan las articulaciones. A la vez, utilizando toda la inercia que lleva mi cuerpo, flexiono el brazo libre para asestar un golpe con el codo en la mandíbula de mi, de momento, sorprendido raptor. Oigo el chasquido que emiten los dientes al entrechocar, y también recibo en mi rostro unas gotas de sangre, creo que provenientes del corte que se ha hecho en la lengua. Seguramente se la ha seccionado. Veo cómo los ojos se quedan en blanco cuando pierde el conocimiento. En cuanto le libero de mi presa, cae al suelo. Para asegurarme de que no me causa más problemas, termino de girar el brazo hasta que oigo un chasquido que me dice que no va a poder utilizarlo durante una buena temporada. Cojo la pistola y tras varios forcejeos con ella (en las películas

parece muy sencillo quitar el cargador y vaciar la recámara) la lanzo lejos.

Me monto de nuevo en el coche, arranco, meto la primera marcha y voy acelerando poco a poco, y mirando por los espejos retrovisores puedo ver cómo el Bus-VAO ha quedado completamente colapsado. Ni siquiera hay espacio suficiente para que pasase una moto. Me intento meter rápidamente en la cabeza de alguna persona que esté cerca y compruebo para mi tranquilidad que a pesar de haber varios heridos, ninguno parece que sea de gravedad.

Mis perseguidores, o al menos el único que queda en el coche que aún sigue tras de mí después de mi inesperado y alocado giro en la autopista para tomar el desvío, ha quedado bloqueado, teniendo yo vía

libre para esfumarme, desaparecer y tratar de que esta vez sea para siempre.

Ahora tengo que pensar con mucho cuidado qué hacer, a dónde ir, y dónde esconderme.

Y todo sin utilizar mi don.

No va a ser sencillo.

LECCIÓN APRENDIDA

Estoy con unos amigos en un bar. Es sábado, es tarde, muy tarde, y estamos muy pasados. Llevaba tiempo sin salir con este grupo, mis amigos de toda la vida. Algunos de ellos son de antes de mi cambio, antes de descubrir mis poderes, y aunque en muchas ocasiones desde aquel momento en que pasé a ser otro les he fallado y les he puteado, me son fieles y siempre me dejan volver con ellos. Vale que una parte importante para estar otra vez conmigo podía ser que

yo siempre conseguía de todo: entrar en locales de moda, los mejores reservados y accesos a zonas V.I.P., todo tipo de bebidas, drogas, chicas,... Vamos, que tenían buenas razones para ir conmigo, pero también estaba ahí el que nos conocíamos desde niños, así que ahora que poco a poco iba sentando la cabeza, debido básicamente a mi aburrimiento crónico, solía intentar estar con ellos el mayor tiempo posible.

El bar es uno de los que están de moda ahora: mucha gente pija, algunos famosos como futbolistas, cantantes y caras conocidas de la televisión y una legión de caza-fortunas esperando su oportunidad para conseguir el premio gordo o, si no hay tanta suerte, alguno de los secundarios. La estructura se divide en varias plantas, y a modo de un videojuego,

para llegar a la última hay que pasar por las anteriores: para la (escasa) gente de calle que pueda entrar sólo está disponible la planta baja. A discreción de una sala de control que envía mensajes a los vigilantes de las escaleras se puede ir accediendo a pisos superiores, y para ello deben de mirar en las revistas de moda el caché del individuo que intenta franquear el control de acceso.

Obviamente, nosotros nos encontramos en uno de los pisos superiores. No en el más alto, pero tampoco en los primeros. Digamos que en el término medio está la virtud: no estaba atestado como los inferiores, pero no había tanta tontería como en los de más arriba. Los reservados de este piso eran amplios, con cabida para seis u ocho personas sin problemas. La

decoración era minimalista (vamos, que tenía la mínima lista de adornos posibles), la luz escasa y la música no era de mi gusto (aunque no solía estar a mucho volumen, con lo que permitía conversaciones entre amigos), pero solía elegir esta planta porque era la única en la que no estaba prohibido fumar. Y ese día teníamos mucho que quemar.

Así que ahí estábamos, en uno de esos reservados, con una nube de humo encima nuestro y echándonos unas risas, recordando tiempos pasados y modernos, anécdotas graciosas, vivencias chuscas,... O no tanto, pero con el pedo que llevábamos y lo que nos habíamos metido en el cuerpo, cualquier cosa nos parecía risible. Incluso un grupo de jóvenes que tuvo la mala suerte de sentarse cerca nuestro, en nuestra

línea visual y dentro del rango del lanzamiento de nuestros proyectiles, fabricados con cualquier cosa que caía en nuestras manos. En ese grupo había tanto chicos como chicas, y al de un rato de estar molestándoles con nuestras catapultas improvisadas, decidí subir el grado de interacción varios enteros. Especialmente con ellas. Así que me levanté, cogí a dos amigos del cuello y les hice acompañarme hasta la mesa objetivo.

- Buenas noches, chicas. ¿Queréis tomar algo? –
Creo que dije algo así, o al menos esa era mi intención, pero realmente no sé si mi borrachera me dejó pronunciar esas palabras.
- Perdona, tarado, pero están con nosotros. ¿O es que estás tan pasado que no te has dado

cuenta? – No tenía ni idea de quién me estaba hablando. No podía fijar bien mi vista, ya que al levantarme me había mareado, inconsciente de mi grado de melopea. Además, prefería mirarlas a ellas. Eso sí, no iba a dejar ahí las cosas.

- Coño, un abrigo que habla -. Me pareció captar alguna risa femenina, cosa que me dio alas, a la vez que a ellos les acrecentó la ira.

- Pírate de aquí, pringao, que estás molestando -. Sé que habló otro porque la voz era diferente, pero ni idea de quién.

- Ahora enseguida me voy, pero con estas adorables mujeres, que parece que se están aburriendo.

- Fuera de aquí – quien fuese, lo dijo entre dientes, a la vez que se ponía en pie.

- No hace falta que te levantes, pringao, que ya tenemos mesa nosotros. Y mejor que esta -.

Mientras las palabras salían de mi boca, puse la mano en la cabeza del que se había levantado y le empujé para atrás, obligándole a sentarse de nuevo.

- Hijo de puta -. Se volvió a levantar, y venía dispuesto a soltarme un buen golpe, así que, para reírme un rato de él y tratar de ganarnos a sus acompañantes femeninas, le obligué a pegarse a sí mismo.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando su puño aterrizó en mi cara. Tuve suerte de que él tampoco se encontraba en su mejor momento, y en lugar de dejarme medio tuerto, el golpe se estrelló contra mi

oreja. Volví a ordenarle que hiciese una tontería, lo que fuese menos pegarme, con la precaución de dar unos pasos para atrás.

- No te escapes, mierdoso, que te voy a poner fino y te voy a quitar la chulería a hostias.

Ya no tenía ganas de contestarle, ni tampoco se me ocurría nada gracioso. Lo intenté con alguno de sus amigos, pero nada, el mismo resultado. Sin ser muy consciente de lo que hacía, me retiré hasta nuestra mesa. Por suerte, mis amigos consiguieron calmarle y todo quedó en un susto. Y una oreja enrojecida.

» ¿Había perdido mi poder?

» ¿Ya no podía obligar a la gente a hacer lo que yo quisiera?

Estaba completamente acojonado, y no pronuncié casi una palabra en el resto de la noche. Mis amigos pensaron que se debió a una mezcla del alcohol, los porros y el puñetazo, así que no le dieron más importancia. Me fui enseguida a mi casa, me metí en la cama y di vueltas y más vueltas y más vueltas. Estaba convencido de que me habían cambiado el colchón de mi cama por uno de faquir, por la imposibilidad de pegar ojo, pero estaba claro que el problema no era físico, si no mental: mi cabeza estaba a diez mil por hora.

Nada más despertarme al día siguiente (realmente ese mismo día pero más tarde) me asomé a la ventana y busqué desesperadamente a alguien al otro lado del cristal. Vi a una vecina en el edificio de enfrente que

estaba en su habitación. Me concentré y la obligué a quitarse la ropa y acercarse a la ventana. En menos de diez segundos ahí estaba, enseñando sus (preciosos) encantos, con ambas manos apoyadas en el cristal.

No lo había perdido. Seguía ahí. Lo de ayer sólo fue un gatillazo. Seguramente agravado por todas las sustancias extrañas que llevaba mi cuerpo. Respiré aliviado. Y me propuse aprender un arte marcial, en previsión de que en un futuro se volviese a repetir la situación, que dada mi gran cohorte de enemigos, no era una idea tan descabellada.

Me costó decidirme, porque quería algo efectivo, y estuve mirando las ventajas e inconvenientes de unas cuantas. Al final me decanté por un gimnasio en el que impartían una especie de mezcla de varias,

denominada *kajukenbo*. Este arte marcial se centra en cosas prácticas, terminar las peleas pronto y utilizar cualquier cosa que exista en las cercanías como arma. Perfecto para mí.

Además me sirvió para controlar mi impulso de utilizar mi don para conseguir cualquier cosa: si estaba tratando de aprender un arte marcial para defenderme en el hipotético (bueno, visto lo visto no tan hipotético) caso de que me quedase sin mi poder, no era muy lógico utilizarlo en el gimnasio. Así, poco a poco fui consiguiendo dejarlo de lado y lograr mis objetivos por los medios convencionales. Y he de añadir que no se me daba nada mal: en poco tiempo logré el cinturón negro, pasando a ser el asistente del profesor o *sibak*. Además, en las competiciones a las

que solíamos acudir, más como intento de promocionar este arte marcial que como competición en sí dadas las características de este arte marcial más enfocada a salir airoso de “problemas” o situaciones engorrosas en la calle que de grandes alardes visuales, solía quedar bien situado. Nunca he ganado un campeonato, pero siempre solía quedar en los puestos de cabeza. Aunque bueno, a eso también ayudaba que el número de participantes no solía ser muy elevado, dado el carácter minoritario de esta disciplina.

Pero como decía, me ayudó a centrarme, a dejar de utilizar mi don como muleta o ayuda para conseguir las cosas, darme más confianza en mí mismo (no, antes no tenía confianza, o al menos no verdadera, era simplemente chulería) y básicamente hacerme mejor

persona. Cosa que no era muy difícil, claro.

Y todo esto me ayudo a conseguir a la mujer de mi vida.

RECAPACITANDO

He dejado atrás el accidente.

Ya ni siquiera puedo verlo por los retrovisores.

No se oyen los cláxones de los coches.

He liado una buena.

Pero eso no me importa. Lo que de verdad me duele y me imagino que será otra muerte a añadir sobre mi conciencia es lo ocurrido con el musculitos que tenía que haberme salvado. Un pobre ciudadano al que obligué a meterse en medio de una lucha que

no tenía nada que ver con él, que le era ajena.

Supongo que serán unos minutos más de insomnio todas las noches, al menos durante un tiempo.

Comencé con una lista de nombres. Igual que *Arya Stark* tenía su propia “Lista de Muerte”, en la que iba incluyendo (y eliminando, si se daba el caso) los nombres de aquellos a los que por un motivo u otro quería ver muertos, yo iba añadiendo a la mía a todos aquellos de los que era consciente que habían perdido la vida por mi culpa, por mi intromisión en su mente y en su voluntad. Bien directa o indirectamente, como este último caso. Y al igual que la protagonista de la saga literaria repite los nombres cada noche con la intención de que no se le olviden para poder acabar con esas vidas, yo los repetía al acostarme para no

olvidar que el causante del abrupto final había sido yo.
Sin medias tintas, sin intentar buscar otros culpables.
Yo.

Al principio la lista no era muy numerosa y era una simple salmodia que incluso me ayudaba a dormir. Pero poco a poco ha ido creciendo, llenándose de nombres, todos conocidos. Y cada uno es una espina clavada en mi corazón. Cada uno es una vida segada, una familia rota, una descendencia que ya nunca surgirá, quizás un libro que no se escribirá, o un cuadro que no se pintará, o una pieza musical que no se interpretará,... Con mi proceder, mi inconsciencia y mi estupidez he podido privar al mundo de nuevas maravillas, nuevos hitos o nuevas obras cumbre de la cultura, nuevas marcas de deportes, nuevos salvadores

ante las adversidades,... He podido asesinar a la persona que iba a encontrar una cura para el cáncer, o inventar el teletransporte, o quién sabe qué.

Con todo esto en la cabeza, avanzo por el carril BUS-VAO hasta que me incorporo a la autovía de circunvalación M30, siempre dentro de las velocidades legales, aunque me cueste controlar la bestia que conduzco. Voy dando vueltas, tratando de decidir dónde esconderme.

¿Un hotel? Necesitaría nombre falso, lo que me obligaría a utilizar mis poderes, y entonces estaría igual que ahora.

¿Una pensión? Hoy en día, en pleno siglo XXI estoy convencido de que hasta la más cutre tiene un sistema

informático que puede ser espiado por alguien interesado en ello. Y de todas formas no voy a entrar en una habitación en la que me de repelús tocar cualquier cosa, o que no me atreva a dormir por miedo a convertirme en primer plato de cualquier horda de chinches, escuadrón de mosquitos, caterva de arañas, legión de cucarachas,...

¿Un alquiler? ¿Tan rápido? Imposible. Necesito algo para esta noche.

¿Un albergue? Podría ser una opción, pero antes tendría que des-arreglarme un poco, ya que con la ropa que llevo y mi apariencia en general, no creo que pasase por un indigente, ni siquiera por uno reciente.

¿Algún amigo? Imposible. No me quedan. O han

dejado de serlo, o están muertos. Y de todas formas no podría implicarles en mi huída.

No sé. No tengo ni idea de qué hacer. No se me ocurre nada.

Pero por lo menos tengo gasolina, así que seguiré dando vueltas hasta que una idea feliz aparezca en este erial que es ahora mi cabeza. Y por suerte la apariencia del coche no va acorde con su motor, y no voy a llamar la atención de mis perseguidores.

Espero.

MERCEDES

Cuánto me costó. De hecho, al analizar aquella época en retrospectiva, con la sabiduría que dan los años y el conocer cómo fueron desarrollándose los acontecimientos, podría haberme dado cuenta de que el destino, el universo o lo que fuera que nos gobierne desde algún sitio lejano (si es que hay algo que nos marca el rumbo, claro) me estaba dejando claras señales de que lo mejor para todos era que cesase en mi intento. Pero para eso debería haberme importado algo el resto del mundo, y lamentablemente en

aquella época todo lo que no era “yo” me preocupaba bastante poco. Tal era mi actitud con la vida y con el resto de gente que caía a mi alrededor.

Aunque hasta ese momento yo no hubiese intentado nada con Mercedes y ni tan siquiera me había acercado a su círculo de amistades, ella, como casi toda la universidad, sí que me conocía. No sé por qué no había tratado de ligar con ella como había hecho con el resto de chicas que me llamaban, aunque fuese ligeramente, la atención. Tal vez influía el hecho de que sus amistades no se movían en los mismos círculos que las mías, y que aparentaba ser lo suficientemente inteligente como para que me echase un poco para atrás, al contrario de la jauría de grupies que me seguían como si fuera un cantante de moda y

que parecía que estaban dispuestas a todo (y cuando digo “todo”, me refiero a que en muchos casos no tenía que utilizar mi don para conseguir mis propósitos, fueran cuales fuesen) por estar con su ídolo del momento.

Además, me imagino (y quedó demostrado cuando me acerqué a ella) que la opinión que tenía de mí no era la mejor para intentar tener una relación con ella. Bueno, ni tan siquiera para acercarme a hablar o tan sólo saludarla, a no ser que no me importara recibir en la cabeza lo que ella tuviese en ese momento en la mano. Todavía recuerdo como si fuera ayer la primera conversación que tuve en un intento de conquista que tuvo menos éxito que el intento de Steve Martin al pasarse al cine serio.

- Hola Merche, ¿haces algo esta noche? - la pregunté, con una actitud desenfadada y con la seguridad que me habían dado los años en los que nunca recibía una negativa por respuesta.

- Perdona, pero sólo mis amigos y mi familia me llaman así, y estoy casi convencida de que no eres lo primero y espero por favor que tampoco lo segundo -. Esto no empezaba bien, pero me gustan los retos, así que vuelvo al ataque, haciendo gala de mi pedantería más extrema.

- Vale, M. ¿qué planes tienes para esta noche? - ahí, con seguridad y directamente al ataque... aunque igual voy pasado de vueltas, acostumbrado a mis fáciles conquistas. Y el toque de la M, pronunciada como la letra inglesa "em", que seguro que era todo un acierto

que me iba a servir para impresionarla y dejarla derretida a mis pies.

- ¿Em? ¿Pero qué coño es em? Que no estamos en una película de quinceañeras ni tú eres Mario Casas... ni de lejos. Sólo te queda una oportunidad, y más te vale que la utilices para despedirte. - Como no me había mandado a la mierda de golpe, pensé, iluso de mí, que tenía alguna posibilidad.

- Bueno, vale, Mercedes, ¿te gustaría quedar esta noche para tomar algo, cenar, o lo que se tercié? – Guiño, guiño, mueca con la comisura de la boca. Puf, en aquella época recuerdo que estaba convencido que si tenía la oportunidad de cruzarme con el actor que daba vida a James Bond, o con George Clooney o con cualquier otro *sex simbol* podría darle unas cuantas

clases sobre cómo mejorar sus métodos de conquistas... como si ellos los necesitasen.

- Has perdido tu última oportunidad -. Y dándose la vuelta, sin tan siquiera dignarse a mirarme mientras me escupía un seco “adiós” comenzó a alejarse. Hice el amago de ir a sujetarla por el brazo, poniendo toda mi fuerza de voluntad para no doblegar la suya con mi don.

- Mercedes, perdona, que me he portado como un imbécil – y con la vista fija en el suelo, intentando aparentar cierta vulnerabilidad e inseguridad, con el fin de reforzar su posición, darla más ánimos y tratar de que su opinión sobre mi cambiase aunque fuera un poco, añadí - ¿querrías tomar algo conmigo esta noche?

Se dio la vuelta, me miró durante unos segundos (¿o fueron horas?) y por un instante me convencí de que lo había conseguido. Y qué verdad es esa de que los golpes, cuanto más inesperados, más duelen.

- Pues lo siento, pero es que ya tengo planes para esta noche... – y adelantándose a mi intento de intercalar una frase, continuó - y antes de que lo intentes con otro día, te aviso de que independientemente de la fecha y la hora que propongas, te diré que ya tengo una cita. Lo siento.

- ¿En serio? - No se me ocurría nada más, nada me venía a la mente para tratar de hablar con ella, retenerla con palabras y hacerla cambiar de pensamiento, así que con esa frase hecha, con esa muletilla, traté de ganar tiempo, unos segundos, para

ver si el desierto de mi cerebro se convertía en una jungla de ideas. Pero no me dio la más mínima oportunidad.

- No, realmente no. No lo siento.

Y con otro giro de esos que hacían que su maravillosa melena ondease al viento y su falda cogiese vuelo, de nuevo trató de alejarse de mí.

No me iba a dar por vencido tan pronto, así que cerrando los puños fuertemente hasta el punto de clavarme las uñas en las palmas mientras ella no miraba tratando de aliviar mi tensión y para no “forzarla” a aceptar mi invitación, traté de conseguirlo por medio de las palabras. El problema es que ni yo era lo suficientemente hábil para encontrar las

idóneas ni ella estaba dispuesta a abrir su muralla para dejar pasar al tipo más estúpido de la universidad y parte del extrarradio. Por eso, desde este momento, la conversación fue, como se suele decir, cuesta abajo y sin frenos. Y al final de esa cuesta se podía vislumbrar un muro de un grosor considerable.

- Pues te estaré preguntando a diario hasta que algún día te confundas y reciba una respuesta afirmativa. - Ya he avisado de que mi dominio con las palabras era equivalente a mis conocimientos sobre física cuántica: cero.

- Pues te denunciaré por acoso y pediré una orden de alejamiento.

- Entonces no podrás disfrutar de una velada en mi

compañía – no sé por qué, pero en aquel momento estaba convencido de que el 99% de las mujeres se morían por estar a mi lado. Años después me di cuenta de que ese pensamiento era fatídica y literalmente cierto.

- Creo que podré superarlo. Una cena contigo y una operación dental sin anestesia son dos de las cosas que tengo pensado no hacer en mi vida si puedo evitarlo.

Aquí ya me quedé sin palabras. Y en un arrebato de lucidez (tan escasos en aquella época) decidí terminar el intercambio de puyas.

- Vale, me voy. Pero si en algún momento cambias de opinión, sobre la cita o sobre lo del dentista,

avísame. Lo de una cena lo puedo arreglar, y conozco a varios odontólogos de confianza.

- Muy bien. Eso sí, espera sentado, no vaya a ser que te canses.

Recordándolo todo ahora, parece la típica comedia romántica de instituto americana:

Chico popular se comporta como gilipollas. Sale con todas las animadoras del instituto. Pega un cambio en su vida. Quiere conquistar a la chica normalita. Ella pasa de él. Al final él la conquista. Y ella no es tan normalita, si no que con unos buenos retoques de maquillaje y ropa nueva (¿por qué siempre tienen que disfrazar a las chicas de algo parecido a Lady Gaga con un diseño de Ágata Ruiz de la Prada para demostrar

que han cambiado y que han triunfado?) es más atractiva que las animadoras. Y más inteligente, por supuesto. Comen perdices, son felices. Preparan segunda parte. O la precuela, que ahora se lleva mucho.

La primera mitad de la película sí que se parecía bastante a mi vida, pero ahí se detienen las semejanzas. La parte sobre conseguir a la chica se complicó más de lo que un guionista de este tipo de películas puede imaginar para rellenar minutos de metraje. Porque lo de dar un giro a la vida, sobre el papel puede quedar muy bien. Hasta en una novela, aunque el escritor no tenga muchas tablas, puede parecer sencillo, pero realizarlo en la vida real es bastante más complicado.

Primero, porque tras muchos años siendo un auténtico imbécil es muy difícil modificar ciertos hábitos como son la forma de pensar y de actuar y la manera en que se ocupan las horas de ocio, por poner sólo un par de ejemplos. Tras tanto tiempo, muchas de estas actitudes salen de forma espontánea, y hay que pensar continuamente en cómo reaccionaría una persona normal. Y para eso antes debería conocer a alguna, y es aquí donde continúo en el siguiente punto.

Segundo, porque los círculos en los que uno se mueve no quieren este cambio, especialmente si eres el típico engreído que no se da cuenta de que la gente está cerca simplemente para conseguir bebidas y comidas gratis, paseos en coches y motos, viajes,... Que

se está rodeado de un grupo de personas (ni tan siquiera son amigotes) que han conseguido hacer del aprovecharse de uno su modo de vida. Y el cambio les supondría el tener que valerse por sí mismos, cosa para la que muchos de ellos ni estaban preparados ni querían enfrentarse a ella.

Tercero, porque el objetivo al principio parece tan distante que el desánimo se hace un hueco muy grande, se trae un sofá, la tele, unas cervezas y unas palomitas y se dispone a disfrutar de la nueva estancia una larga temporada. Además de que ocasionalmente llama a sus amigos "Desgana", "Pereza" y "Abulia" y cual modernos jinetes del apocalipsis, organizan una fiesta en la nueva casa. Y cuesta mucho echarles.

Así, este paso por el purgatorio me costó más

trabajo del que había supuesto en un principio, pero dada mi cabezonería no quería dar mi brazo a torcer. Por mucho que lo intentara con todas sus arteras tretas, yo iba a ganar a la obstinada realidad, que se empeñaba en poner todo tipo de obstáculos en mi camino. Ya que mi terquedad, que hacía que cuando empezaba algo lo tuviese que terminar, se unió con la idea de que esta difícil empresa podría ahuyentar el tedio que se había aposentado en mi vida, al poder conseguir todo lo que quería sin demasiado esfuerzo.

Así que me lancé a la caza y captura de Mercedes.

Y sin hacer uso de mi don.

Más o menos.

LA MEJOR DEFENSA

Ahora que he conseguido despistarles, tengo que pararme a pensar un poco, recapacitar sobre todo lo que me está pasando y por dónde tengo que conducir mi vida, que parece que estoy en una espiral descendente de la que me resulta muy complicado salir, ya que cada vez que considero que puedo relajarme, salta la alarma y tengo que empaquetar mis escasas pertenencias y salir a escape.

Esto no es vida

No puedo seguir así.

Además, no tengo ni la más remota idea de cómo lo consiguen, pero siempre me acaban encontrando. No sé si es que mi don emana algún tipo de señal que son capaces de rastrear con alguna máquina especial o con alguna otra persona que, como yo, tenga algún poder especial, o que, simplemente y aunque no excluya la anterior, realmente soy más torpe de lo que pensaba y dejo pistas por donde me muevo. Indicios que para una organización que pueda contar con medios y personal entrenados para rastrearlos hasta encontrarme resulten como faros en medio de la noche.

Al principio me las daba de listo, y pensaba que con la cantidad de películas y libros de espías, detectives y

agentes secretos que he visto y leído a lo largo de los años tendría suficiente para escapar. Que podría ir siempre varios pasos por delante de ellos, pero hasta ahora, las veces que había conseguido escapar habían sido como ahora, por los pelos. Y es que basar mi estrategia en lo que conocía y había llegado a aprender del mundo de los espías por obras de ficción, no era muy buena idea, ya que por lo que había podido descubrir hasta ahora, los escritores de estas historias generalmente tienen la misma idea que pueda tener una persona normal de todo este mundo. Lo que por otro lado es normal, ya que los espías son precisamente eso, espías, porque consiguen realizar su trabajo sin dejar rastro y sin que nadie (o casi nadie) se entere.

De la misma forma, debería haberme percatado de que al igual que cuando hablan de temas de los que tenemos una buena base podemos sacarles los colores a cualquier escritor o guionista (y no quiero hacer sangre con casos como que cualquier persona con mínimos conocimientos de informática puede obtener cualquier contraseña de cualquier sistema, o que pueda colarse en cualquier red, por muy protegida que esté), en el resto de asuntos deberán actuar de manera similar. Y así, igual que en los periódicos la sección más creíble es el horóscopo, en este tipo de aventuras lo único verosímil pasa por el nombre de los protagonistas. Y en algunos casos ni tan siquiera eso.

Pero por suerte, y a base de darme cabezazos con la realidad, igual que esos coches de juguete que cuando

se topan con un obstáculo cambian la dirección y al final acaban acertando, de casualidad, el camino por el que seguir, voy encontrando el modo de hacerme más invisible, de llamar menos la atención, de pasar desapercibido.

Pero esto no es vida. No puedo seguir durmiendo con un ojo abierto y pendiente de si el señor del kiosco, el panadero o la señora del autobús me miran de forma extraña, o me suena su cara de verles en más ocasiones, o lo que sea. No puedo continuar buscando una vivienda nueva cada semana, llevando casi constantemente mis pertenencias a todos lados, escasos recuerdos de una vida que caben en una maleta y una bolsa de deporte. He tenido que renunciar, no ya a lujos que dado mi don podría

disfrutar sin mayor problema, sino a cosas básicas que la mayor parte de las personas que son tan afortunadas como para vivir en lo que se denomina “primer mundo” pueden disponer sin tan siquiera plantearse la posibilidad de no tenerlo al alcance, como un grifo con agua corriente, o una luz por la noche, o un televisor que atonte un poco las neuronas para ayudar a escapar momentáneamente de los pesares del día a día.

Mi teléfono móvil tiene más años que el de cualquiera del resto de personas. De hecho es tan antiguo, que hay gente que piensa que es el último grito en moda “retro”. Como cuando se decora una casa con mobiliario siguiendo las tendencias más actuales (que curiosamente sólo son actuales durante

muy poco tiempo) y se marca una nota de distinción colocando un teléfono de los de pared. Además, casi siempre está apagado, ya que nunca sé cómo me pueden localizar ni cuándo tendré acceso a un enchufe de la red eléctrica el tiempo suficiente como para cargarlo. Y de todas formas, tampoco tengo a nadie a quien llamar, ni con quién hablar.

No, no es vida. Tengo que acabar con esto de una vez por todas, y para ello debería acercarme a la fuente de todos mis problemas.

Y enfrentarme a ellos.

DESDE EL COMIENZO

Cuando fui realmente consciente de mi don (durante mucho tiempo fui un inconsciente con demasiado poder), empecé a investigar de dónde me podía venir. No conocía a nadie que tuviese algo parecido, aunque claro, yo tampoco se lo había dicho a nadie, así que me imagino que esto es una de esas cosas que te guardas sólo para ti, y no vas caminando por la calle con una camiseta en la que ponga que puedes controlar la mente de las personas o algo

similar.

Preguntando a mis padres cuando todavía vivían, conseguí que me contaran, en contra de su voluntad pero con algo de ayuda por mi parte, que realmente no era hijo suyo. Después de casarse y estar unos años intentando tener un hijo, vieron que algo no iba bien. Se pusieron en manos de especialistas, pero ni con inseminaciones ni con ningún otro método de los pocos a los que podían tener acceso dada su condición de obreros de clase baja (no se autoengañaban considerándose clase media: sabían de dónde venían y lo mucho que les faltaba para llegar más arriba) conseguían llevar a buen término ningún embarazo. Al igual que un hijo no deseado puede acabar con una pareja, “no embarazos deseados” también pueden

sembrar un buen matrimonio con multitud de malas hierbas, que cada una por su parte no supondría ningún problema, pero todas juntas hacían que la vida en pareja fuese un infierno. Las peleas eran más habituales día tras día. Las conversaciones se limitaban a monosílabos escupidos con desgana. Las escasas horas que estaban juntos en casa parecían eones, aunque realmente no estaban juntos, únicamente compartían un habitáculo, un sofá, una mesa, y parte del aire, pero nada más. Las caricias que antaño eran constantes, los roces de las manos cuando se cruzaban por el pasillo, dejando el brazo atrás mientras cada uno seguía andando hacia su destino para prolongar el contacto, las miradas pícaras que hacía que dejaran lo que tenían entre manos para dedicarse el uno al otro, ... todo eso había desaparecido. Y no se veía en ningún

horizonte, ni en los más lejanos, cómo se podría recuperar todo lo perdido. Si es que había alguna manera de salir a flote.

Por eso, cuando desde una de las clínicas a las que habían acudido les mostraron una nueva posibilidad, se aferraron a ella como un náufrago a un bote salvavidas que de repente apareciese a su alcance.

Al principio les extrañó un poco el secretismo con el que querían que se llevase todo, pero sus ganas por llegar a ser padres convertían todas las excentricidades del centro en meras anécdotas que luego contarían a su hijo cuando fuese mayor. De hecho, no parecía que el proceso de adopción siguiese los cauces normales, ni la burocracia contra la que se habían enfrentado en otras ocasiones era la misma. A decir verdad, no

tuvieron que rellenar casi papeles, ni pasar entrevistas previas, pero supusieron que era porque ya habían pasado por eso en otras ocasiones y que sus datos estarían ya en todos los sistemas informáticos que existiesen en el mundo.

Lo más extraño eran las numerosas pruebas a las que tenían que someter a su bebé. A mí. Y generalmente ellos no podían estar presentes. Pero habían conseguido formar una familia, así que intentaban no darle importancia.

Fueron pasando los años, y las visitas periódicas a la clínica se volvieron una parte de las rutinas familiares. Seguían sin conocer exactamente qué tipo de revisiones realizaban conmigo, pero lo consideraban un pequeño peaje que estaban más que

dispuestos a pagar como contrapartida de la felicidad que había supuesto para ellos formar una verdadera familia. Habían vuelto a ser una familia. Habían vuelto las caricias, los roces, los besos,... aunque estos últimos resultasen ofensivos y repulsivos para mí, que siempre les decía que yo no iba a hacer nunca eso.

Pero esta apacible e idílica vida llegó a su fin. En todas las familias es duro el momento en el que los hijos pasan por la conocida como “edad del pavo”, cuando las hormonas empiezan a tomar el control del cuerpo y el cerebro se utiliza sólo para ver cómo se puede engañar a los padres para escaquearse del colegio, robarles dinero sin que se den cuenta y poder salir con nuestros amigos tantas horas como consideramos nuestro inalienable derecho

constitucional. Pero claro, en una familia en la que el mocoso imberbe tiene poder sobre las decisiones que deben tomar los padres, esto se convierte en una auténtica pesadilla.

Todavía, a día de hoy, no entiendo muy bien cómo funciona mi don, pero tengo una ligera idea: al hurgar en el centro de control de una persona, si simplemente estoy consultando algo, no pasa nada. Cuando, por ejemplo, husmeaba en los recuerdos de compañeros o profesores en exámenes, al no obligarles a hacer nada, no acarreaba efectos secundarios. El problema venía cuando, mediante una orden, intentaba que el sujeto en cuestión realizase algo que no tenía previsto. Y en estos casos, la gravedad de las consecuencias dependía de lo distante

que se encontrase mi sugerencia de su línea de actuación habitual. De esta forma, si lo que pretendía era que un colega me dejase tranquilo mientras intentaba ligar con una chica, no tenía mayor importancia, ya que es algo que más o menos hacíamos todos. Pero si por el contrario lo que trataba era que el empleado que se encontrase en la ventanilla del banco me diese más dinero del que había en mi cuenta, eso tenía unas consecuencias fatales. No era algo inmediato, y también dependía de la persona, pero la mayoría de las historias no tenían un final feliz.

Lamentablemente tardé en darme cuenta de este hecho.

Pero el mal ya está hecho. Aunque no creo que

pueda perdonarme por más que tenga 100 vidas, ahora lo que tengo es que tirar para adelante. Y, dando un vuelco a mi vida, utilizar esto que he obtenido sin saber cómo para ayudar a los demás. Pero para ello primero debería librarme, de una forma u otra, de quienes me persiguen.

El primer problema con el que me encuentro es que no sé por dónde empezar. No tengo ni idea de quiénes pueden ser los que están detrás mío, ni de dónde salen ni nada, así que, sin otro punto de partida posible, lo único que me queda es investigar el centro donde atendieron a mis padres y donde fui concebido. Así que llevo mi coche alquilado hacia allí, procurando no llamar la atención con mi conducción, ahora tranquila y relajada, y con la determinación de no

utilizar mi poder a no ser que fuese completamente necesario, para evitar en la medida de lo posible, que me localizasen por utilizarlo.

Estoy en el centro de Madrid, y voy conduciendo despacio mientras me acerco a la clínica que es mi única pista. No voy atento a la carretera, ya que en mi cabeza estoy intentando planificar mis próximos movimientos. No sé si será mejor entrar a las bravas, y tratar de hablar con el jefe de mayor rango o colarme disimuladamente para intentar conseguir toda la información posible para poder seguir trazando planes con los que atacar a los que me proporcionaron este don.

No tengo nada claros mis próximos movimientos, y es que realmente no sé qué hacer. Lo que quiero es

que dejen de seguirme, pero creo que una simple petición no surtiría mucho efecto.

Poco a poco voy aproximándome a mi destino, y cada vez voy conduciendo más despacio porque no logro aclarar mis ideas. Para cada línea de actuación que intento trazar en mi planificación encuentro miles de pros y contras que se entremezclan en mi cabeza sin dejarme tomar una decisión. Algunos coches que tengo por detrás se están impacientando y me han tocado el claxon en varias ocasiones. Saco la mano por la ventanilla para, a la vez que me aparto un poco hacia la derecha, indicarles que me pueden adelantar. Al pasar al lado mío puedo ver en sus caras que el llevar un coche despacio, dentro de los límites de velocidad de las ciudades, para ellos no es una opción

a la hora de conducir. Es lo que tiene el estrés de las ciudades, y el tener que trabajar para poder vivir. Yo por suerte, de esa parte me libro, aunque bien es cierto que en muchas ocasiones, y con el paso de los años cada vez más, he querido cambiar mi accidentada vida por una normal, en la que tuviese la suerte de tener una familia, un trabajo y mis únicas preocupaciones fuesen que el dinero me llegase a fin de mes, y no que todos los minutos de mi vida giren en mantenerme vivo y ver amanecer un nuevo día.

Echo en falta y me daban mucha envidia mis amigos, los de verdad, cuando he visto que han encontrado a la mujer de sus sueños y han formado un hogar. Algunos con hijos, otros sin ellos, pero felices. Con alguien a quien confesar tus secretos, tus miedos,

tus preocupaciones, tus anhelos, tus alegrías. Alguien que cuando preguntas algo, te pueda contestar. Una persona que no sea tu propio reflejo en el espejo descascarillado y mohoso del asqueroso baño del último motel en el que te has tenido que alojar porque no encontrabas nada para pasar la noche.

 Mi cabeza se entretiene en menudencias y me desvía del tema principal, que es trazar un plan de acción.

 Pues creo que voy a tener que confiar en mi instinto.

Ya he llegado.

MISIÓN IMPOSIBLE: CONSEGUIR A LA CHICA

Mercedes, demostrando la gran inteligencia que pude apreciar más tarde, procuraba mantenerse lejos de mi persona.

Aunque me había prometido no usar mi poder con ella, quienes la rodeaban no entraban en el trato y, retorciendo un poco las reglas que me había autoimpuesto hasta que se adaptasen a mis deseos,

con ellos tenía vía libre para reconducirlos de manera que pudiesen ayudarme a lograr mi objetivo.

Así, procuraba enterarme de por dónde salía, a dónde iba a ir, qué películas o música le gustaba,... Sí, era jugar sucio, y realmente era utilizar mi don para llegar a ella, pero como hay ocasiones en que lo más sencillo es engañarnos a nosotros mismos, aunque en el fondo conozcamos la verdad, con tal de alcanzar mi meta, todo (o casi) valía.

Poco a poco, y sobre todo si estaba ella cerca, dejé de comportarme como un verdadero gilipollas, para empezar a ser una persona medio normal: dejé de intentar deslumbrarla con mis coches o con mi ropa *fashion* a la última moda cuando descubrí que todo eso no sólo no la impresionaba si no que tenía el

efecto contrario a lo que yo necesitaba conseguir, así que empecé a aparentar que me importaban más los demás. Me metí como colaborador en una ONG en la que trabajaba una de sus mejores amigas. Es decir, todo lo que se me ocurría que podría agradarla. Y un buen día, cerca de Navidad, decidí invitarla a tomar algo. A la amiga, no a Mercedes.

Sé que era un poco rebuscado, pero por alguna razón que en aquellos momentos me parecía lo más coherente del mundo y que ahora no acierto a comprender, salir con la amiga me parecía el mejor plan del mundo. El problema, lo descubrí luego, era que tenía que portarme con la amiga como un auténtico caballero, ser gracioso, gentil, y todo el lote para que le contase a Mercedes lo buena persona que

era, que todo lo que sabían de mí era de oídas y sería por la envidia del resto de personas o algo parecido, pero que era todo mentira. Y luego, para rizar el rizo y añadir un poco más de dificultad al asunto, tenía que ser capaz de romper con ella sin hacerla daño y procurando mantener una buena relación con ella para no cerrarme la puerta ahora que estaba tan cerca de mi meta.

Y eso era imposible.

O lo habría sido si no hubiese utilizado tanto mi poder.

Con Isabel (así se llamaba la amiga) fue con quien se me encendió la luz de alarma respecto a los efectos secundarios que tenía sobre las personas hacerles

actuar en contra de su voluntad.

Poco a poco, y como Isabel no entraba en mi promesa de no usar mi don, fui causándola micro derrames, pequeñas perturbaciones que en algo más de un año acabaron por ser fatales. La primera ayuda (así solía llamarlo, como si realmente fuese algo positivo, para mantener el autoengaño), fue seguramente determinante para su salud. Se trató en la que la convencí de que salir conmigo sería una buena idea, y pude notar su reticencia a aceptar mi “sugerencia”. Luego, cuando ya estábamos juntos, no tuve casi que usar mi don, salvo para pequeños detalles. La mayoría de las veces era para obtener información sobre mi objetivo verdadero, aunque también buscaba formas de cómo hacer que se sintiera

feliz, ya que ella podría ser mi mejor embajadora. De hecho, una de las cosas que pude ver mirando sus recuerdos antiguos y recientes fue que ella y Mercedes solían hablar mucho de sexo. Hasta ese momento siempre había pensado que las chicas no hablaban como nosotros de eso, pero después de ver algunas de las conversaciones que tenía almacenadas en su memoria, me sorprendí. No es que fuese nada exagerado, ni que hablasen de gustos algo excéntricos, si no que simplemente hablaban de ello como algo completamente normal. Así, en nuestros momentos íntimos, cuando estábamos haciendo el amor (he de confesar que al principio era simple sexo, por lo menos por mi parte, pero que al cabo de cierto tiempo y después de pasar de usarla como trampolín en mi salto hacia Mercedes a sentir algo por ella, se convirtió

realmente en amor, aunque sé que suena un poco cursi), me solía meter en su cabeza para hacer en cada instante lo que ella quería o necesitaba. Así, en algunas ocasiones me entretenía mucho tiempo en los preliminares, acariciando todo su cuerpo suavemente, dulcemente, notando cómo se iba incrementando su excitación. En otras, ella me pedía ser más brusco, y hasta llegábamos a tontear con técnicas simples de *bondage* y similares. Y estar dentro de la cabeza de una mujer cuando está muy excitada y llega al orgasmo es algo que no se puede describir. Por algún malentendido que ahora no viene a cuento he estado en la cabeza de algún tío en esos momentos y es todo muy simple. En cambio la mente de una mujer es algo indescriptible. Es parecido a comparar un orgasmo masculino con la típica canción del verano, que en el

momento está bien, o incluso puede que muy bien, pero pasa enseguida; por el contrario, en las mujeres sería como algunas de las obras de Johann Sebastian Bach, por ejemplo el canon *cancrizans*, que a simple vista puede parecer algo sencillo, pero que es algo muy complejo, con tantos niveles de acercamiento y profundidad, que llevaría mucho tiempo de estudios entenderlos perfectamente.

Días después de una buena sesión de sexo solía meterme en su cerebro para comprobar sus comentarios con Mercedes, y podía comprobar, por las palabras y expresiones que se utilizaban, que la atención de ésta hacia mí pasó de un ostentoso desdén a una cierta curiosidad por saber si realmente era tan bueno como su amiga Isabel pregonaba.

Porque, y no sé tampoco cómo explicarlo, las conversaciones se almacenaban no sólo como lo haría un taquígrafo, recogiendo únicamente las palabras, sino que se incluían los sentimientos que se querían expresar, y así se podían captar ironías, bromas, tonos y demás matices que con la simple lectura de lo hablado habría sido imposible.

Pero finalmente, y como consecuencia de mis actos, Isabel murió. Si esto me hubiese pasado un par de años atrás, casi hasta me habría alegrado ya que así me habría deshecho de mi relación puente sin necesidad de malos rollos ni rupturas tormentosas y estaría más cerca de mi destino. Sí, así de desgraciado (por no decir algo más fuerte) era, que la muerte de alguien cercano (o incluso querido), si servía a mis

propósitos no me afectaba en absoluto, más bien al contrario. Por suerte para todos, el haber intentado aparentar que era mejor persona me había cambiado por dentro, y al final no tenía casi que simularlo. El tiempo en la ONG había hecho surgir en mí una empatía por la gente a mi alrededor. No sé si siempre había estado en mi interior esperando el momento adecuado para surgir, igual que las semillas que descansan aletargadas en el desierto, pero que cuando reciben unas gotas de agua tienen una explosión de vida que cubre de un manto verde los abrasadores granos de arena.

Mercedes debió apreciar ese cambio en mí, ya que para sobrellevar la muerte de Isabel, que me afectó más de lo que pensaba que lo haría, ya que había

llegado a quererla, y hacía tiempo que había dejado de usarla como un mero instrumento, nos apoyamos el uno en el otro. Comenzamos a pasar más tiempo juntos. Al principio, unidos por el recuerdo de nuestra amiga común, y pasado un tiempo, simplemente por el placer de estar juntos.

Solíamos quedarnos un rato charlando o tomando algo en algún bar después de realizar nuestra labor social con los desfavorecidos a los que ayudábamos. Al cabo de unas semanas nos llamamos para quedar directamente, con cualquier excusa tonta que en estos momentos no recuerdo. Disfrutábamos el uno con el otro. Y ya Mercedes había pasado de ser un objetivo en mi agenda a la que poner una marca una vez conseguida a ser una persona con la que me gustaría

pasar el resto de mis días.

Nuestra relación siguió por ese camino pausado que sólo puede desembocar en un final feliz durante algún tiempo. Como los buenos cocineros dejan el tiempo necesario a cada plato, si no se mete prisa a los acontecimientos y se espera a que cada situación evolucione a su ritmo sin desesperarse, siempre suelen llegar a buen puerto. Y fue lo que hicimos: simplemente dejamos pasar el tiempo. Afianzamos mucho nuestra amistad, tanto que en muchos temas nos conocíamos mejor que muchas parejas que llevaban años casados. El placer de estar el uno con el otro nos llenaba. Y al no ser pareja, ni pretender serlo o al menos no forzábamos la situación para serlo, el sexo no era un problema. Al menos al principio, claro.

El primer día que nos besamos fue un desastre. Creo que cuando cerramos los ojos en aquel bar y juntamos nuestros labios, a ambos se nos apareció la imagen de nuestra recién fallecida amiga. Bueno, realmente hacía unos cuantos meses del óbito, pero en ocasiones como aquella notábamos que la herida todavía no estaba cicatrizada. Hasta ese momento habíamos tenido varios momentos en los que nos mirábamos a los ojos, perdidos, sin percatarnos de lo que había a nuestro alrededor, sin importarnos nada, sólo nosotros. Pero como si de una sombra se tratase, algo nublaba nuestra vista y se rompía el momento. Al abrir los ojos después del primer beso, nos quedamos unos momentos mirándonos fijamente. De repente, Mercedes se levantó, cogió su abrigo y se fue. La llamé y salí detrás de ella, pero no se volvió.

Estuvo dos semanas sin contestar a mis llamadas. Y cuando ya casi me iba a dar por vencido, para su desgracia, descolgó su teléfono.

AQUÍ COMENZÓ TODO

Me presento en la clínica. La recordaba diferente, pero era algo lógico. Habían pasado muchos años y la memoria tiende a distorsionar los recuerdos, haciéndonos creer que el tobogán del parque de juegos era mucho más grande, o que el sabor de los donuts que se vendían individualmente en la panadería del barrio envueltos en papel de estraza sabían mucho mejor que los de ahora. Aunque en el caso de los donuts es verdad que los de antes estaban

más ricos, sobre todo desde que los han puesto en paquetes individuales.

Realmente no era que mis neuronas estuviesen jugando conmigo al evocar los recuerdos de este sitio, si no que habían hecho obras en el edificio. Algo completamente normal después de todos los años que habían pasado, y más en una clínica privada donde gran parte de su clientela dependía de la impresión que causarían las instalaciones. Pero por suerte, la estructura principal estaba igual. Había sido más un lavado de cara que una reforma en profundidad. Para el diseño debían de haber contratado al estudio de arquitectos encargado de montar las nuevas discotecas de Marbella, porque si les iba mal el negocio como clínica, no tenían más que comprar unas botellas y el

resto del local serviría perfectamente para albergar un chill-out lounge bar, o lo que se lleve ahora. Hasta la música que sale de los altavoces serviría perfectamente para un bar de esas características. Está todo cuidado al detalle.

Y aunque toda el área de recepción había cambiado radicalmente, el camino hacia los laboratorios lo tenía sorprendentemente fresco. A pesar de que la última vez que recordaba haber pasado por ahí no debería tener más de 4 ó 5 años, me acordaba de los giros de los pasillos, las puertas que llevaban a mi destino y las que no. Era como un caso de hipertimesia, en el que guardo todos los recuerdos referentes a esta clínica. Aunque lamentablemente en el resto de mi vida, rara vez podía describir la ropa que vestía el día anterior o

lo que había comido una semana antes, para este caso en concreto mis recuerdos se mantenían impecablemente frescos. Al igual que el Doctor Hanibal Lecter estructuraba su memoria como si de un palacio se tratase, guardando en cada habitación del mismo los recuerdos, preservando en cada habitáculo las memorias relacionadas, y cuando lo necesitaba, como si trascendiera su cuerpo físico, podía desplazarse por la mansión tomando los recuerdos de cada habitación como libros de una estantería, todas mis evocaciones del lugar donde me encontraba se hallaban guardadas en un cofre que, al entrar en la clínica, había abierto desvelando su contenido. Por ello, me parecía que había sido ayer mismo cuando, tras despedirme de mis padres durante el rato que durasen los exámenes a los que me sometían, acompañaba a una enfermera con

su deslumbrante bata blanca y su trato amable hasta una sala decorada con cuadros y dibujos de la época (había de la abeja Maya, de Heidi,...) en la que salvo algún que otro pinchazo, nunca me trataron mal ni me hicieron nada extraño. El evocar estas imágenes me ha hecho retornar a mi infancia, y me noto inseguro, débil, como si necesitase a un adulto a mi lado para que me guíe y me marque el camino. Decido ir a la sala de espera directamente, hasta que se me pase esta sensación y vuelva a tener el completo control de mi ser.

Dejo que pasen unos minutos, que aprovecho para pensar en el siguiente paso.

A pesar de conocer el camino perfectamente, para no levantar sospechas antes de empezar, me acerco al

mostrador y pregunto por una de las consultas que creo recordar que estaban por la misma zona y que espero que en todo este tiempo no haya cambiado. Pero claro, no podía ser tan fácil. La recepcionista a la que sólo veo de la cintura para arriba pero que está vestida de tal forma que el escote, con el ángulo de visión que tengo, deja poco a la imaginación e incita a tratar de averiguar cómo será la parte que estaba oculta tras la mesa, me pregunta a ver si tengo cita, que le enseñe el volante.

- Ups, perdone, pero no lo tengo, tenía cita en oftalmología, ahora, a las 10:30.

- ¿Su nombre, señor?

- ¿Perdón? - esperaba poder colarme sin tener que

usar mi don en absoluto, ya que no sabía si en este centro tendría mucho que ver con lo que me pasaba, y si era así, podrían tener alguna especie de detección para lo que yo podía hacer. Como me he imaginado, mientras la recepcionista repite la pregunta inquiriendo mi nombre ha accedido a la lista con las citas programadas para el día de hoy, así que, siguiendo con el engaño, me tapo los ojos con una de las manos, como si tuviese un dolor intenso o me molestase la luz que tiene a sus espaldas, y trato de leer los nombres que aparecen en la pantalla del ordenador. Para darme un poco más de tiempo, y tratar de desviar su mirada, comento

- Perdone, pero es que estoy con las pupilas como si las tuviese dilatadas, y cualquier foco de luz me

molesta y me deja medio atontado – bajando la voz e intentando hacerme el gracioso, añadido – bueno, entero, que medio ya estaba. ¿Podría disminuir la intensidad de esa bombilla? ¿Es de regulador o algo así?

Como esperaba, y aunque sabía que la respuesta iba a ser negativa, ella se vuelve para mirar a la bombilla señalada, momento que aprovecho para acercar mi cabeza a su pantalla y leer mejor los nombres que aparecen.

- No, lo siento, no se puede regular la luz. Pero si se pone a este lado del mostrador – me señala la parte izquierda del mismo – es posible que le moleste menos.

- Gracias, muy amable.

Ya tengo en la cabeza el listado de oftalmología: a las 10:30, la persona que tiene cita es una mujer, una tal Berta, así que, para darme un margen y que no llegase la persona que realmente tuviese la cita, miro quién está programado para las 12:30:

- Marco Antonio Palacios.

- ¿Cómo dice? – ya no recuerda lo que me ha preguntado.

- Mi nombre, Marco Antonio Palacios.

Comprueba el listado y me dice:

- Disculpe, pero su cita no es hasta dentro de 2 horas.

- Vaya. Juraría que era a las 10:30. No tengo nada

que hacer, ¿puedo esperar en la sala de... espera?

- Sí, claro, para eso está.

Me despido de la muñeca, o del robot, porque no puedo averiguar si tiene extremidades inferiores, o si directamente es un holograma (muy bien conseguido, eso sí), y me dirijo hacia donde creo que están los laboratorios.

- Perdone, la sala de espera está en ese otro pasillo.

- Si, gracias, pero es que iba al servicio y...

- Está al lado de la sala de espera... por el otro pasillo.

- ¿Y no hay una sala de espera cerca de la propia consulta de oftalmología?

- No. La única sala de espera es esa. Y le avisarán cuando puedan atenderle mediante los paneles informativos.

Vaya, colarme aquí no va a ser tan fácil como esperaba.

- Gracias, es que cada vez que vengo, me hago un lío. No consigo situarme nunca, con tanto pasillo – la lanzo una sonrisa que espero que parezca una especie de disculpa y que no refleje mis verdaderos pensamientos homicidas hacia esta cancerbera. Antes de que termine mi frase, ya ha bajado la mirada hacia lo que sea que está haciendo en un cuaderno y por lo que parece se ha olvidado completamente de mi presencia.

Como no quiero que antes de empezar se fastidie todo, me encamino hacia donde me ha indicado la autómatas, confiando en que desde la zona de espera se pudiese alcanzar el pasillo de los laboratorios, o al menos me permita dar un rodeo para no pasar por delante de la mesa de recepción. Al final tengo algo de suerte, y, ayudándome de los carteles consigo llegar hasta la zona donde espero encontrar alguna respuesta a lo que me está pasando, tanto al don como a las persecuciones. Lo que también podía haber hecho, a parte de mirar los carteles indicadores para guiarme era haberme fijado en las cámaras de seguridad, más abundantes cada vez que me adentraba más en las entrañas del edificio, algo ilógico en teoría ya que deberían ser más numerosas cerca de la entrada, como si en algún nivel inferior estuvieran

confinadas las joyas de la corona o el almacén central de la cadena Tiffany's. Aunque si habían podido hacer estos experimentos conmigo hace tantos años, unos simples pedruscos de carbono comprimido y dispuestos en una estructura cristalina cúbica, independientemente de su tamaño, podrían considerarse baratijas, en comparación con las posibilidades que se abrían ante alguien con mi poder y con entrenamiento para entenderlo y manejarlo perfectamente.

COMIENZA LA RELACIÓN

Tengo el momento grabado a fuego en mi mente. No sé por qué, ya que nunca me acuerdo de un aniversario, un cumpleaños o una fecha histórica. Bueno, sí que lo sé, y es que después de estar varios años detrás de ella, por fin habíamos dado un paso que me acercaba a lo que hasta ese momento yo pensaba que era mi meta, pero que realmente se convirtió en el comienzo de una nueva vida, el punto de salida para lo que venía a continuación, como si

hasta ahora sólo hubiese estado entretenido en el calentamiento previo.

A las 18:37 del 25 de Junio del 1992, después de cerca de un millón de llamadas al teléfono de Mercedes, por fin me contestó ella. Hasta ese fatídico momento o no me contestaba nadie, aunque yo sabía que ella estaba en su casa, o si cogía el teléfono algún familiar, me decían que ella no estaba, que no se podía poner o cualquier otra excusa.

Hasta ese día.

Por fin Mercedes contestó al teléfono.

No sé si por un descuido, porque no había nadie más en casa y no podía dejarlo sonar (ya que en aquella época la identificación de la llamada entrante

no era algo que tuviese disponible una persona normal en su casa... básicamente porque la mayoría de los teléfonos no tenían una pantalla en la que mostrar información), porque bajó las defensas o porque realmente quería hablar conmigo y supuso que, al igual que las últimas doscientas llamadas, esta sería mía. El caso es que estuvimos un rato charlando, de todo y nada en particular, hasta que al final accedió a quedar conmigo en un bar, para charlar.

Estuve todo el día siguiente nervioso. Sí, había estado con muchas mujeres, tantas que me costaba recordar cuántas había olvidado, pero la inminencia de la cita con Mercedes hacía que me sintiera como un primerizo, un adolescente en su primera cita. Podía ser un nuevo comienzo, el principio de mi vida con la

primera mujer a la que había amado de verdad, o por el contrario podía fastidiarlo todo y echarlo a perder. Era normal estar nervioso.

El día, no sé si confabulándose con el destino para darme ánimos y fuerza, amaneció sin ninguna nube. El cielo estaba completamente despejado, algo no tan raro en pleno verano, pero que ayudó a que la energía proveniente del sol, después de haber recorrido los casi 150 millones de kilómetros que nos separan, me llenase de coraje y, como si yo fuera un habitante del extinto planeta Kriptón recargando pilas de una estrella joven y amarilla como la nuestra, me regeneró por dentro.

Era viernes, y como el bar elegido estaba cerca de su casa, en pleno centro, estaba convencido de que

nos íbamos a encontrar a bastante gente. Me imagino, ya que lo escogió ella, que quería sentirse segura, rodeada de otras personas y cerca de su hogar. No porque tuviera miedo de estar conmigo por lo que conocía de mi pasado, ya que después del tiempo que habíamos pasado juntos y lo bien que nos entendíamos, Mercedes era consciente de que no tenía nada que temer de mí, pero me imagino que quería sentir la seguridad de estar en un entorno conocido, para mostrarse fuerte y no dejarse embaucar, o qué se yo.

Yo, como suele ser habitual en mí, llegué antes de la hora para intentar conseguir una mesa en la que pudiésemos hablar sin interrupciones. Cuando entré en el bar, todas las mesas estaban ocupadas, así que

tomé asiento en la barra, pedí una caña y esperé hasta que se libró una y antes de que se lanzase a por ella un grupo de personas que tenía a mi lado, puse mi bandera en ella reclamándola para mí. Si no hubiera estado tan absorto tratando de preparar una conversación con mi cita, habría podido ver las caras enojadas de mis contrincantes en el juego de “a por la mesa libre”, ya que seguro que consideraban una auténtica grosería por mi parte el ocupar una mesa con una sola persona cuando había grupos esperando.

Sin prestar atención a lo que sucedía a mi alrededor, intenté organizar mis ideas. Tardé muy poco, ya que creo que tenía dos y fue sencillo asignarles prioridades. Más me costó el plantearme una posible conversación con Mercedes y buscar

respuestas ingeniosas a todas las frases que pudiesen salir de su boca y que pudieran inclinar la balanza de mi lado. Pero por suerte, no tuve mucho tiempo para prepararme. Y digo por suerte porque tengo la convicción de que es perjudicial preparar un plan muy detallado y que intente contemplar todos los detalles y todas las posibilidades. Si todo transcurre según lo planteado, perfecto. Pero por el contrario, si la realidad, en su empecinada manía de parecerse más a sí misma que a lo que esperamos de ella, decide hacer las cosas a su manera y no habíamos pensado en esas circunstancias, es fácil que nos quedemos bloqueados. En cambio, si en lugar de un plan detallado tenemos unas ideas generales o directrices que nos obliguen a improvisar, es más sencillo y más natural enfrentarse a las sorpresas. Bueno, eso y que es más cómodo no

planificar tanto.

Mercedes llegó 5 minutos tarde, y se quedó unos instantes con la mano en la puerta, sin empujarla para entrar pero sin dar media vuelta. No me levanté, para dejarla decidir sin presionarla: si había conseguido esperarla todo este tiempo, bien podría aguantar mi impaciencia un poco más. Cuando finalmente accedió al local (creo que lo que le ayudó a decidirse fue que una pareja estaba esperando para entrar y ella estaba plantada delante de la puerta impidiéndoles el acceso), tuve ante mis ojos una de las mejores imágenes que éstos han podido captar en todos estos años de vida: Una chica preciosa, la chica de mis sueños, con un vestido veraniego y que había aceptado estar conmigo sin “coacciones” por mi parte.

Tenía el pelo suelto, ondulado, y el sol resaltaba su silueta en el marco de la puerta. Parecía tener el cabello encendido, con un halo alrededor que hacía que su cara quedase un poco en la penumbra por el contraste de luz. Pero esta umbría de su rostro conseguía dotar a sus ojos de una luz especial: el azul intenso de sus iris parecían irradiar una luminiscencia que iluminaba todo el local, convirtiendo al resto de personas en simples sombras incapaces de rivalizar con ella. Si hubiese tenido la suficiente fuerza de voluntad para dejar de mirar sus facciones y me hubiera detenido más en el resto de su anatomía, podría haberme fijado en que los tirantes del vestido hacían resaltar sus hombros y el escote dejaba entrever unas curvas que podían hacer descarrilar muchos trenes. El final del vestido, que parecía no

importarle no llegar a sus rodillas, permitía que el bronceado de sus piernas levantara envidias entre parte del resto de mujeres del local. Y de algunos hombres. Para vestir sus pies había optado por unas sandalias sencillas, sin tacón, ya que no necesitaba más altura de la que la naturaleza había provisto para llamar la atención.

Podéis pensar que estoy exagerando, pero ni con esta descripción me acerco a expresar la belleza de Mercedes. Después he conocido a personas que no tenían la misma percepción, pero creo que es porque yo la he conocido por dentro y por fuera. He visto sus abundantes luces y sus escasas sombras. Y puedo asegurar que no hay palabras para describirla. Decir que podía tratarse de la reencarnación de la diosa

Venus es como decir que un Volkswagen Polo y un Ferrari F40 son parecidos porque los dos son coches, o que la tapita de embutido de la tasca Manolo y un plato del Bulli son similares porque los dos son comida. Si hoy en día Afrodita resurgiera de la espuma del mar, volvería a ella avergonzada ante la presencia de Mercedes. No, las palabras no pueden ni tan siquiera acercarse para darnos una idea de la presencia que acababa de entrar en el bar.

Al entrar se quedó quieta, recorriendo el bar con la mirada hasta que me vio en la mesa, me sonrió, aunque más bien parecía una mueca causada por el nerviosismo que sin duda se intentaba adueñar de su cuerpo y hacerse fuerte en su interior, y se dirigió hacia mí, sentándose a mi lado y dándome un beso...

en la mejilla.

Lo primero que hice, justo después de los comentarios de rigor, fue sincerarme (más o menos) y la solté, de golpe y sin anestesia que estaba enamorado de ella, que el tiempo a su lado había sido simplemente perfecto, que aunque en los años anteriores había sido un auténtico gilipollas el estar con ella hacía que fuese mejor persona, que aunque sonase como el típico telefilm de sobremesa, no me podía imaginar estar sin ella. Sé que suena un poco cursi, muy manido y un tanto peliculero, pero creo que era todo cierto, al menos en un 90%. Cuando estaba con ella me sentía flotar. Estaba en una nube. Era como si todos mis deseos se hubiesen hecho realidad, y creedme, porque gracias a mi don sabía exactamente

lo que significaba eso.

Mi sinceridad creo que dejó a Mercedes descolocada, ya que estuvo unos minutos sin decir nada. Aprovechó para pedirme que le trajese una cerveza con limón, me imagino que para darse cierto tiempo para pensar, ya que estando el bar tan atestado como se encontraba, la sencilla tarea me iba a llevar un buen rato. Cuando retorné de mi misión cumplida con éxito y dejé su consumición delante de ella y me senté, la cogió, bebió un buen rato (o al menos dejó el vaso en sus labios unos segundos, ya que al posarlo de nuevo en la mesa no se había reducido mucho su contenido), me miró a los ojos, devolví la mirada, nos cogimos las manos y nos fundimos en uno de los mejores besos que he dado o

recibido nunca. No sé si es por ser el primero (de verdad) con ella, pero desde entonces siempre he comparado el resto con ese... y han perdido todos.

No sé si podría transcribir las palabras que fueron pronunciadas esa tarde, porque el recuerdo de su entrada y el beso han hecho que todo lo demás pase a un segundo plano, detrás de una fina niebla que hace que mi memoria no me deje recuperar esa conversación, o los momentos previos al instante en el que juntamos nuestros labios, de lo que sí tengo una vaga idea es de que el resto de la tarde se nos pasó casi sin darnos cuenta. Estábamos embobados, mirándonos el uno al otro, y casi sin hablarnos.

Varias horas después, cuando salimos del bar, a pesar de que se encontraba muy cerca de su casa,

dimos un largo paseo, para aplazar lo más posible el momento de la despedida. Después de pasear un buen rato dando vueltas por la ciudad, llegamos a su portal. Alargando el momento para no separarnos, comenzamos a hablar de tonterías, hasta que apareció su hermano por la esquina de la calle. Nos dimos un rápido beso de despedida y quedamos para vernos al día siguiente.

Desde entonces creo que fueron muy pocos los días en los que no hemos estado juntos.

LOCALIZADO

He bajado dos plantas dentro de este laberinto sin encontrar nada interesante. Aunque claro, no sé qué espero encontrar. Sería todo un detalle por su parte el que hubiese algún cartel con las indicaciones para ir a los “laboratorios ultra secretos” o con señales para dirigirme a los “laboratorios de ensayos de poderes nuevos” o algo similar. Pero no, han decidido no ponerlo tan fácil. Si es que así no se puede, esta gente no es nada organizada.

Me he recorrido todos los pasillos que he podido,

cruzándome con algunas personas con batas de médico, o investigador o lo que sea, es decir, batas blancas. Recuerdo que en todas las películas, cuando hay que infiltrarse en un hospital o algo similar, el protagonista siempre encuentra una bata de esas con la que disfrazarse para llamar menos la atención, así que intento hacerme con una. Pero claro, parece ser que los encargados de dejar una bata en cada habitación para que yo la usase hoy no han venido a trabajar, así que para hacerme con una tengo que entrar en más de veinte despachos, cuartos de escoba o simples habitáculos que todavía no tienen una función definida (o quizás sí, pero yo la desconozco). Aunque al final consigo mi objetivo. Y tengo que reconocer que es cierto en parte el dicho de que “el hábito hace al monje”, ya que ataviado con el nuevo

uniforme, me siento más seguro. No tanto como para ejercer de doctor, claro, pero sí que noto que incluso mis andares expresan una seguridad para moverme por las instalaciones que antes no se podía percibir.

Después de dar varias vueltas y de pasar varias veces por los mismos lugares (espero que los vigilantes de seguridad tengan otra cosa que hacer que estar mirando las pantallas, porque a nada que echen un vistazo a los monitores, estoy perdido) he encontrado algo que en la primera ocasión no me llamó la atención, pero que ahora me parece un poco extraño: al lado de una puerta hay una especie de cuadro de contadores o algo similar. Es como una caja que sobresale de la pared, con la puerta translúcida y se ven dentro unos cuantos interruptores. Todo parece

normal, pero es un poco raro que el control eléctrico esté en medio de un pasillo y no en una sala especial. Estoy casi decidido a no hacerle caso, pero ya que no he visto nada más que me pueda servir en mi búsqueda, y casi sin querer, toco lo que parece la cerradura de la tapa del cuadro eléctrico. Y entonces me pego un susto que hace que casi pegue un salto hacia atrás: la tapa se abre... o se desliza... o más exactamente se “comprime sobre sí misma”, y deja a la vista un teclado alfanumérico, una especie de escáner para la palma de la mano y algo que, por lo que he visto en el cine, podría ser un aparato de reconocimiento ocular.

En una pantalla aparece el texto:

“Bienvenido. Introduzca el código y apoye la mano

izquierda en el lector de huellas.”

Me quedo de piedra. Realmente me he metido en una situación peligrosa sin pensar en lo que estoy haciendo. No sé ni con qué me enfrento ni a dónde quiero llegar. Y vista la seguridad para acceder a la próxima zona, creo que el plan que he trazado de ir solucionando las cosas sobre la marcha no es el más inteligente. Ni de lejos.

Mientras estoy pensando en mi próxima acción, por dónde voy a seguir o qué diablos voy a hacer a partir de ahora, la pantalla con el texto se apaga y la tapa del cuadro eléctrico se vuelve a cerrar, volviendo a mostrar lo que ahora veo que es una especie de dibujo muy realista de unos diferenciales y demás parafernalia eléctrica propio del tipo de cuadro de

control al que quiere emular.

Parece que he llegado hasta aquí, pero no voy a poder pasar. Para ello tendría que conseguir meterme en la cabeza de alguien, ver si esa persona tiene acceso a esta parte del edificio y obligarle a colarme dentro. Y si esto es el sitio que pienso que es y vista la seguridad lo parece, es posible que eso no sea lo más seguro, así que decido salir, volverme a mi refugio y pensar en un plan de verdad. Doy media vuelta y me dirijo hacia donde creo que están las escaleras para subir al piso superior.

Cuando pongo el pie en el primer escalón, oigo el tintineo del ascensor al llegar a la planta donde me encuentro. Sin saber muy bien lo que hago, subo 6 escalones de un par de saltos, me doy la vuelta y los

vuelvo a bajar, despacio, esperando a que salga la persona del ascensor y, aunque sé que es una posibilidad muy remota, pidiendo que se dirija a la zona secreta. Qué bien me habría venido una tablilla de esas que usan los médicos en las películas para consultar la información del paciente y hacerme el distraído estudiando unos datos. Pero como no tengo nada con lo que disimular, simplemente ralentizo mis movimientos, adoptando una pose pensativa, como si estuviese concentrado un terrible problema matemático, como la hipótesis de Riemann, que estoy a punto de resolver.

Sale una mujer, también con bata. Tiene el pelo rubio, con media melena y unas gafas de pasta acordes con la última moda, de un color entre verde y naranja,

si es que puede existir un color así. Cuando pasa por las escaleras gira la cabeza hacia donde me encuentro, y puedo ver que es guapa, muy guapa. Tiene unos ojos verdes, con una mirada alegre. Tanto que parece que acaba de recibir una buena noticia. Su boca, con la mueca de una ligera sonrisa, da al conjunto de su cara un aire risueño. Me mira y me saluda con un gesto de la cabeza mientras me dirige unas palabras. Como estoy un poco impactado por su belleza no acierto a entender lo que me dice, así que devuelvo la sonrisa con cara de tonto y muevo también la cabeza. Ella sigue su camino, y veo que tiene unos cascos en las orejas y que no estaba intentando hablar conmigo, sino que lo hace con quien quiera que esté al otro lado del teléfono. Y por la expresión que he visto en su cara parece que le ha contado algo agradable. Puede

ser una oportunidad para mí, así que disimulando lo más que puedo, me dispongo a seguirla, a una distancia prudencial, aunque no parece que sea necesario el tomar muchas precauciones porque va inmersa en su conversación.

Ha pasado varias puertas de largo, y se acerca a la zona donde está la puerta de seguridad que se me ha resistido anteriormente. Cruzo los dedos cuando veo que gira en la esquina del pasillo y la pierdo de vista. Apresuro un poco mis pasos hasta llegar al recodo y asomo poco a poco la cabeza.

Bingo! parece que es mi día de suerte, ya que está delante de la puerta de seguridad. Aminoro un poco más la velocidad, para darla tiempo a meter la contraseña y todo. Y efectivamente lo que había visto

antes es un escáner de retina, ya que se inclina hacia adelante y apoya la cabeza en un soporte que ha salido para tal efecto. Se oye un chasquido y la puerta se abre. La investigadora cruza el umbral, sin dirigirme ni siquiera una mirada. Por un lado hiere un poco mi orgullo masculino, pero por otro doy gracias por haber pasado desapercibido.

Espero unos interminables segundos hasta que la pierdo de vista. Entonces me acerco a paso ligero y consigo parar la puerta antes de que se cierre. La empujo, y por suerte tiene un sensor para detener el cierre. Parece que les preocupa más no mutilar a los empleados que la propia seguridad, lo que me viene de perlas. Asomo la cabeza y veo un pasillo bastante largo vacío, sin rastro de la mujer que me ha abierto la

puerta sin saberlo. La puerta, notando que no la voy a dejar cerrarse, se vuelve a abrir lo suficiente para permitirme el paso. En cuanto franqueo el umbral, ahora ya sin ningún obstáculo, la puerta se cierra. En ese momento me doy cuenta de que no voy a poder salir de ahí, o al menos no de una forma sencilla, ya que por dentro la puerta no tiene manilla pero sí un teclado numérico. Decido que ya me preocuparé de ese pequeño detalle cuando llegue el momento, así que comienzo a avanzar por el pasillo, nervioso, expectante, con las manos sudorosas, un ligero temblor en las piernas y varios cientos de mariposas revoloteando en mi estómago. Doy unos pasos por el corredor que tiene unos 50 metros de largo. Las paredes son blancas, de un material que si bien no es metálico, parece que está intentando convertirse. El

techo está hecho del mismo componente. Una especie de luz blanca que parece surgir de todos lados y de ninguno en particular baña el espacio. Es como si todo lo que me rodea emitiera luz. También me doy cuenta de que en este tramo no hay ninguna puerta ni nada que se le parezca. Las paredes están immaculadas, sin una mancha, ni un roce, ni una grieta, ni una junta. Nada. Entonces me doy cuenta de que la chica detrás de la que me he colado no ha podido recorrer toda la distancia que hay hasta la esquina en el tiempo que ha transcurrido desde que ha entrado hasta que he asomado la cabeza. Aquí hay algo raro. Y de repente descubro lo que ha pasado: un trozo de pared de unos 3 metros de ancho a ambos lados de donde me encuentro se desvanece (sí, desaparece, ni se desplaza, ni se sube al techo ni nada, simplemente ya no está) y

aparecen dos guardias de seguridad y un hombre con una bata blanca y algo en la mano que parece una pistola de inyecciones por aire comprimido. Antes de que pueda reaccionar, los “seguratas” me sujetan los brazos mientras el hombre de la bata apoya la pistola en mi cuello y pulsa el disparador. Noto casi al momento un adormecimiento y en menos de 5 segundos caigo inconsciente.

Me han atrapado.

LA VIDA EN ROSA

El principio de la relación, ya por fin relación de pareja y no sólo como amigos, fue un tanto tensa, ya que después de lo que habíamos pasado, después de haber perdido a Isabel, los dos estábamos afectados, y creo que nos sentíamos un tanto culpables. Pero por suerte fue poco tiempo. En menos de un mes las cosas empezaron a funcionar como un mecanismo perfectamente engrasado: disfrutábamos de la compañía mutua, teníamos mucho tiempo para estar juntos, teníamos aficiones similares,... Y todo sin

utilizar mi don. Al menos no con ella. Y procuraba no utilizarlo con Mercedes presente o al menos no de forma muy ostentosa, ya que ella desconocía mi poder (como todo el mundo, claro) y mi intención era mantenerlo en secreto el mayor tiempo posible. Puede que se extrañase un poco al permitirnos entrar siempre en cualquier discoteca o pub, por muy selecto y exclusivo que fuese, o que siempre encontrásemos mesa en los restaurantes a los que acudíamos, aunque no hubiéramos realizado una reserva previa. Pero nunca le dio importancia, fuera de algún comentario curioso, pero que no iba más allá.

Muchas veces el cerebro nos ayuda a pasar por encima de las cosas que no nos convienen, autoengañándonos y evitando que hagamos preguntas

incómodas que sólo pueden llevarnos a problemas.

Y además en esas ocasiones teníamos otras cuestiones de las que preocuparnos, ya que solíamos ser el centro de todas las miradas. Bueno, ella solía ser el centro de la galaxia, y yo el cuerpo estelar que orbitaba a su alrededor. Generalmente estaba guapísima, con su pelo largo, de un color caoba intenso, y esos bucles que parecían muelles. No importaba si estaba recién arreglada de la peluquería o acababa de levantarse de la cama: su melena estaba perfecta. Siempre. Es más, solía hacerla bromas con el tema, preguntándola a ver dónde había conseguido una peluca tan resistente. Y si su pelo era lo primero que llamaba la atención, cuando podías observarla más de cerca no podías apartar tu mirada de sus ojos.

Decir simplemente que eran azules es como decir que Picasso fue un pintor bueno. Hay ciertos tonos del iris que pueden causar hasta cierta “inquietud” en la persona que los mira, o incluso dar por sentado que tiene que tratarse de lentillas. No era el caso de Mercedes. Sus ojos eran una mezcla de azul, gris y verde. Los colores cambiaban con la luz del ambiente, y tomaban una especie de configuración de estrella, como si cada color fuese un lucero dentro del otro. Me acuerdo que en ocasiones, cuando estábamos solos uno enfrente del otro podía pasarme horas perdido en sus pupilas. Y aún después de llevar tiempo juntos, ella se seguía ruborizando cuando me quedaba ensimismado mirándola.

Pero esos ojos tenían un problema, y es que de tan

bellos, corrías el riesgo de detenerte demasiado tiempo en ellos y no poder apreciar el resto de rasgos de su rostro. Así, podías pasar por alto una naricilla pequeña y ligeramente respingona, que confería al conjunto un aire entre pícara y angelical. O podías no reparar en su boca, y cometerías un gran error, ya que era como si lo mejor de Julia Roberts, Scarlett Johansson y alguna otra actriz de la que ahora no recuerdo el nombre se hubieran conjugado para crear algo simplemente perfecto. No era la típica boquita enmarcada en unos labios prietos como creados con un tiralíneas, no. Tenía unos labios sensuales, carnosos, perfectamente moldeados. Labios que me era imposible dejar de besar y mordisquear.

Y si en estado de reposo eran adorables, cuando se

reía podía convencer a un *emo* fan de *Tokio Hotel* de que la vida merecía la pena ser vivida y que existían más colores a parte del negro y el gris oscuro. Casi tenías que entrecerrar los ojos por la luminosidad que irradiaba en esos momentos.

Y por si no habías tenido bastante con la parte superior de su cuerpo, la parte inferior no tenía nada que envidiar. No estaba esquelética, como quieren vendernos desde algunas revistas y películas que es la estética más *cool*, no. Tenía sus curvas, generosas, y además sabía cómo sacarles partido. Y a mí me encantaba que las sacase todo su jugo. Como el dinero no era problema en mi caso, y con la actitud de unos jóvenes que estaban convencidos de que el mañana todavía no había encontrado el camino para venir a su

encuentro, o que el futuro pudiese no ser tan benigno como el presente, siempre íbamos elegantes. No a la última, ya que por suerte en este tema como en otros coincidíamos y no nos gustaba llamar mucho la atención, al menos no por ir como dos maniqués. Pero independientemente de la ropa que se pusiese Mercedes, conseguía siempre ser el centro. Por ejemplo, recuerdo una ocasión en la que acudimos, no podría decir el motivo, a una gala de presentación de una nueva película. Obviamente, en el *foto-call* y demás nadie se fijó en nosotros, o más exactamente, nadie nos paró porque nosotros no éramos famosos, pero en la *fiesta-cocktail* de después llamó la atención Mercedes de una forma tan sorprendente, tanto por su aspecto físico como por su posterior conversación, que el número de integrantes de nuestro corro se

incrementaba a cada segundo que pasaba, atraídos por las risas que se escuchaban en toda la sala. Y es que Merche era así: ella sabía que era muy atractiva, pero a la vez era ligeramente tímida, así que no actuaba llamando la atención. Y si hablabas con ella te dabas cuenta de por qué le había costado tan poco sacarse la carrera de Ingeniería: era lista y además era rápida y con sentido del humor, lo que en esta clase de eventos era algo que no se solía ver junto en una sola persona. Al final de la velada vimos cómo las actrices protagonistas fueron quedándose, literalmente, abandonadas.

Pero de nuevo, a pesar de mis esfuerzos por describirla, creo que no la hago justicia. Me quedo a años luz de conseguir que os hagáis una imagen

correcta de ella. Como los temblorosos intentos de un niño de 5 años de emular un cuadro famoso (a no ser que se trate de un Miró o un Kandinsky, que la réplica supera al original muchas veces), mis pinceladas son toscas y no permiten apreciarla en todo su esplendor.

Y así, disfrutando de la vida, pasamos nuestros primeros años juntos. Sin preocupaciones, sin responsabilidades, (o al menos sólo las justas) sólo concentrados en disfrutar de la vida el uno con el otro. Quienes dicen que el dinero no es lo más importante es porque tienen el suficiente para no tener que preocuparse por él. Yo he vivido en esa situación, y sé lo que me digo. Y como estábamos enamorados y nuestros cuerpos exudaban felicidad, la vida nos parecía un regalo.

Teníamos de todo.

Hasta salud.

Al menos hasta que todo empezó a torcerse.

Como siempre me ha pasado.

El declive, el principio del fin, comenzó con pequeños detalles, tonterías que en su momento no reciben la atención necesaria porque parecen pequeñeces sin importancia pero que en retrospectiva y con la experiencia del tiempo se puede ver que fueron la primera piedra del camino. Me imagino que así deben comenzar la mayoría de los desastres, ya que si hubieran estado ocasionados por un cambio brusco, lo habríamos visto venir y, quiero pensar, habríamos intentado solucionarlo. Pero no, la semilla

se plantó sin hacer ruido, y fue creciendo poco a poco, haciéndose un hueco. Para cuando nos dimos cuenta ya se había aposentado en el centro de sofá, con cerveza y palomitas, dispuesto a convertirse en espectador de la fase final de esta relación. Porque no es que las cosas entre nosotros acabasen mal en el sentido de que no nos soportásemos y terminásemos arrojándonos los trastos a la cabeza, no. Eso habría sido preferible, especialmente para ella, ya que seguramente habríamos roto, nuestra relación se habría acabado y ya no habría existido más contacto entre los dos. El problema principal fue la conjunción de pequeñas situaciones de confrontación y mi débil fuerza de voluntad, que auspiciada por mi hábil mente a la hora de engañarme resolvió que el trato de no usar mi don con ella era a la hora de conseguir salir

con ella. Pero ahora que ya estábamos juntos, tenía barra libre para actuar a mi antojo. Como esas compañías de servicios (bien de telecomunicaciones, de seguros o de lo que sea) que para captarte como cliente ofrecen lo que sea, pero luego no hacen nada para mantenerte o incluso te penalizan con facturas abultadas o erróneas.

Y la muerte también colaboró para terminar con nuestra relación y no poder arreglarla, claro. Ya que por muy feliz que seas, por mucho amor que albergues en tu interior y por mucho dinero que ahorres en tus cuentas bancarias, si estás muerto se hace más complicado disfrutar de todo ello.

Tremendamente complicado.

ATRAPADO

Me duele la cabeza, pero no por un golpe, no. Es más bien como una resaca de las fuertes, de esas que no te dejan abrir los ojos, de las que te llevan a pasear a ambos lados del umbral de dolor que un ser humano puede soportar sin desmayarse sin saber en qué lado se encuentra uno más confortable, o al menos mitiga las ganas de suicidarse. De las que consiguen que la promesa de “no voy a volver a beber en la puta vida” se mantenga dos fines de semana y no sucumba a la primera de cambio. Un dolor intenso me recorre con

cada mínimo movimiento. Es como si tuviese que sujetar un plato o una bandeja con agua dentro, y que cuando este agua rozase los bordes del recipiente una descarga de millones de voltios y unos cuantos amperios recorriese mi cuerpo desde los escasos pelos de mi cabeza hasta la punta del dedo pequeño del pie. Cuando intentas moverte es imposible mantener el agua quieta y que no se desplace hasta el borde. Pues bien, algo así me está pasando. Y eso que todavía no he conseguido reunir la fuerza necesaria para incorporarme. Estos dolores son únicamente el resultado de cambiar ligeramente de postura en la cama o camilla en la que me encuentro.

A través de mis párpados, que aunque pudiera me negaría a abrir, puedo percibir que tengo encima un

foco potente. No sé qué tipo de luz será, pero noto también el calor que desprende la bombilla, cómo me recorre la cara, produciendo una agradable sensación de bienestar, que se esfuma con cada mínimo movimiento de mi cabeza.

Intento escuchar algo, pero lo único que mis oídos transmiten a mi cerebro son los sonidos atronadores de mi corazón latiendo a un ritmo nada saludable, me imagino que por los nervios de haber sido capturado (espero, confío en que no sea por algo que me han inyectado), y algo en mi interior, no sé si el estómago, los intestinos o algún otro órgano, quejándose de la droga que me han suministrado. Aunque poco a poco el estruendo de mi interior va menguando y me permite oír sonidos que al principio no logro

distinguir. Con cada segundo que pasa, aunque mi resaca inducida no se calma, sí que parece que voy recuperando mis sentidos. Bueno, menos la vista, ya que sigo sin reunir las fuerzas suficientes para obligarme a abrir los ojos. Así, siento que tengo algo que me sujeta las manos y las piernas, a la altura de las muñecas y los tobillos. También noto mi ropa extraña, como más suave, más ligera. No, no es mi ropa. Estoy desnudo y lo que acaricia mi piel es una sábana. También mis orejas se han puesto a trabajar y ahora puedo distinguir mejor los ruidos a mi alrededor. Y las conversaciones.

- Vaya, parece que se está despertando - dice una cansada y aguda voz. Si tuviese que ponerle una cara, creo que sería de algún dibujo animado de niños.

Bueno, niñas, que parece una mujer. ¿Será la preciosidad de antes?

- Mira a ver cómo está, y si eso, pínchale - Parece que a este le hace más ilusión que me haya despertado. O es que le gusta ver cómo pinchan a la gente, porque se nota cierta excitación en sus palabras. Que hay gente con gustos muy raros. Una vez, hace muchos años conocí a una persona a la que le gustaba ver cómo los insectos se devoraban unos a otros. No en el sentido científico de la curiosidad que apasionaría a un buen entomólogo, sino más bien con la excitación que podría experimentar otra persona con el visionado de una película pornográfica. Le descubrí una tarde en el campus de la universidad, estando yo retozando con alguna de mis novias de

aquella época (qué curioso, puedo describir perfectamente al bichofílico ese, pero de la chica con la que estaba no podría precisar ni siquiera el color de pelo, aunque me atrevería a asegurar que era rubio, no por recordarlo, sino por simple estadística). Vi a este tipo, y al notar la expresión en su cara, pensé que era por lo que estábamos haciendo mi pareja y yo; que no era nada del otro mundo, pero ya se sabe, que hay gente con gustos muy raros... El caso es que me metí en su cabeza para darle un escarmiento, pero lo que vi me dejó impresionado. Tan alterado y absorto me quedé que la chica se enfadó pensando que estaba fijándome en otra (chica, en aquella época era un imbécil y no es que me fijase en otra, es que mi vista se posaba en todas). Me costó comprender que la alteración hormonal que se reflejaba en el cuarto de

control se debía a que unas hormigas, en un acto de David contra Goliat, o más bien de cientos de Davides contra un pobre Goliat, habían derribado a una avispa y estaban dando buena cuenta de ella. El personaje estaba completamente “puesto”, como se suele decir. Lo que por otro lado me vino bien porque parte de su excitación pasó a mí. Y es que el don tenía también esta particularidad: si me dejaba llevar, el estado emocional de la persona a la que intervenía podía contagiarse, con el beneficio o perjuicio que ello conllevaba para mí. Si estaba con una chica en un momento íntimo, nos venía de perlas. Si por el contrario entraba en la cabeza de alguien muy deprimido y no tomaba la distancia necesaria, podíamos acabar los dos borrachos, abrazados a una farola y llorando a moco tendido.

Así que alguien se excitase viendo una punción con una aguja hipodérmica no suponía nada especial. Nada fuera de poner a dicha persona en la lista de los que no invitaría a una fiesta, claro.

Ahora alguien se ha puesto a mi lado, ya que he notado el aire que ha desplazado con su movimiento y me ha traído el aroma de un perfume. Uno caro, por lo que parece.

Unas manos expertas me recorren rápidamente apretando ciertas partes del cuerpo, subiendo desde cerca del ombligo hasta mi cara. Apoya una mano en mi mejilla y me abre un ojo a la vez que me apunta con una linterna. Pero no es una luz normal. Noto cómo me taladra el cerebro, cómo hace que todas las neuronas de mi cabeza se dediquen a informar sobre

un daño atroz, cómo estoy a punto de desmayarme cuando ese haz láser o lo que sea con lo que me están matando atraviesa todo mi ser, cómo puedo sentir que la potencia del artefacto me ha agujereado, ha atravesado la cama o camilla y mi cerebro está cayendo licuado al suelo. Incluso puedo escuchar el sonido que hace al golpear las frías baldosas del suelo. Y de repente todo acaba. Al final va a resultar que sí que era una simple linterna, pero dado mi estado actual todo lo que no sea la más absoluta penumbra parece que me taladra todo el cráneo. Creo que ya sé cómo se sienten los vampiros cuando se topan con la luz de sol.

- Parece que no está mal. Le inyecto - dice Minnie.

Su voz parece que ha cogido algo de energía y ya no

parece tan cansada, aunque su timbre ha subido una octava.

Trato de hablar para decirla que no me inyecte más, pero lo único que consigo es abrir la boca. Mis cuerdas vocales no consiguen articular ningún sonido, así que noto de nuevo un pinchazo y me preparo para desmayarme.

Pero no, esta vez no quieren dormirme. No sé qué me habrán metido, pero es milagroso contra las resacas. Deberían patentarlo. Menos de un minuto después me siento con fuerzas para abrir los ojos, aunque tengo que forzarme a ello porque me da miedo lo que me pueda encontrar.

- Hombre, Bello Durmiente, ya vuelves con nosotros

- Es el hombre el que ha hablado. Se inclina sobre mi cara y vuelve a mirarme las pupilas con una linterna, pero esta vez no noto dolor, o al menos no uno tan intenso como la vez anterior. - Que sepas que, aunque has tardado y te has tomado tu tiempo, mucho tiempo, es un honor volverte a tener con nosotros. Vuelves a casa.

He conseguido incorporarme. No tenía las muñecas ni los pies atados. Lo que notaba contra la piel eran unas simples pulseras de identificación, pero gracias a la droga mis extremidades pesaban varias toneladas y me era imposible moverlas. Me siento en la camilla, dejando colgar las piernas y miro alrededor.

Estoy en una sala extraña. Es completamente blanca, con utensilios y herramientas como si se

tratase de un quirófano con los típicos monitores para controlar las constantes vitales del paciente, MIS constantes vitales. Ahora están apagados, así que me imagino que o no temen por mi vida o les da lo mismo. Espero que sea la primera opción, la verdad, porque yo sí que le tengo algo de aprecio. Y la verdad que para mi plan de vengarme de ellos sería un gran inconveniente si la pierdo. Pero claro, para ellos sería algo positivo.

En una de las paredes largas, ya que tiene forma rectangular, hay unos cuantos armarios con puertas de cristal o plástico transparente a través del que se puede ver vendas, batas, ropa de cama,... Y mientras recorro con la mirada todos los rincones, mis ojos se posan sobre los del Doctor (tiene una bata blanca y

estoy en una clínica, así que me imagino que será un doctor o algo por el estilo), que me miran sonriendo. Ahora me fijo en Minnie (no sé cómo se llamará, pero con esa voz de pito es el primer nombre que me ha venido a la cabeza). Aunque sus labios intentan esbozar una sonrisa, sus ojos no pueden. Está preocupada, pero no sé si porque no tiene ni idea de quién soy ni lo que puedo hacer o por todo lo contrario: porque sabe perfectamente de lo que soy capaz. Vaya, es verdad, se me había olvidado que puedo ver qué les pasa por la cabeza. Creo que la droga esa me ha trastocado más de lo que imaginaba. Intento entrar en la mente del doctor pero donde tenía que estar el “puesto de mando” desde el que controlar todo, sólo veo oscuridad. Es la primera vez que me pasa, al menos estando sereno, o de esta

forma. Cuando estaba borracho o colocado, sí que veía la sala de control, y podía manejar el ordenador, pero parecía que no estaba conectado con el individuo, como si se tratara de uno de juguete. Ahora, en cambio no hay nada, solo negrura. Así que intento salir, pero la ansiedad que me ha causado el no encontrar nada hace que me sea complicado volver a mi ser. Al final lo consigo, en lo que para mí son varias horas pero que realmente han debido de ser escasos segundos y lo intento con Minnie. Igual. Aunque en lugar de completamente negro es ligeramente grisáceo, como si en algún sitio hubiese una linterna moribunda. Puedo percibir formas en la penumbra, algún contorno borroso, pero nada más. Retorno a la habitación-quirófano y veo que las expresiones de mis acompañantes se han intensificado: la sonrisa del

Doctor ha aumentado, dotándole de un aire entre profesor chiflado (a lo que ayuda lo despeinado que está) y actor pésimo que intenta emular a un gánster de película con una sonrisa torcida que se queda en mueca y que le deforma la cara logrando un efecto completamente diferente al esperado. Por el contrario, la inquietud que antes estaba sólo en sus ojos de Minnie ahora ha invadido el resto de su cara, alterando ligeramente sus facciones. Sus bellas facciones por otro lado, ahora que me fijo en ellas.

- Qué, no te ha gustado lo que has visto, ¿no? - me dice el Doctor y antes de que pueda contestar, se presenta - Soy el Dr Monzón, y tranquilo, que sé de lo que eres capaz. No nos tienes que explicar nada.

- ¿De qué me está hablando? - aunque por la

relajación que se podía percibir en su cuerpo estaba claro que sabía lo que me pasaba, intento ganar tiempo, para ver si puedo encontrar una salida.

- Sabes perfectamente de qué te estoy hablando, y por la cara que has puesto intuyo que sabes que lo sé. Ahora tranquilo, que hay alguien que quiere hablar contigo. - algo ha debido notar en mi cara porque añade - Como intentes algo con la Doctora Tinadonis te prometo que será lo último que hagas. - Mientras habla me enseña una jeringuilla con un líquido transparente dentro. Pero nadie ha dicho que para ser peligroso deba tener color, así que le hago caso y me quedo sentado, esperando, hasta que de repente se abre lo que hasta ese momento habría jurado que era una simple pared. El tabique se ha desplazado

lateralmente dejando a la vista un interminable pasillo por el que ha aparecido un hombre trajeado seguido por dos mujeres vestidas con falda y chaqueta. Ellas tienen en las manos una especie de pantallas de ordenador, unas *tablets*, y no sé qué estarán viendo pero las mantienen absortas. El hombre, vestido con un traje de raya diplomática que, aunque no soy un experto en la materia, podría afirmar que cuesta unas cuantas veces el salario mínimo, se planta delante de mí. Le observo y puedo ver que le gusta cuidar los detalles: las rayas del traje son de dos tonos de violeta o morado, a juego con la camisa y la corbata. Los cuellos de la camisa son de tipo italiano, y en la muñeca tiene un reloj de marca Jaeger LeCoultre, el modelo Hybris Mechanica Grande Sonnerie que con un precio de más de 2 millones de dólares es uno de los

relojes más caros del mundo sin el añadido de pedrería ostentosa. Visto el reloj, me imagino que sólo su corte de pelo ya costará más que toda mi ropa. Especialmente ahora que me la han quitado toda y sólo me tapa una sábana.

- Hola Ernesto. Encantado de tenerle de vuelta. Han pasado unos cuantos años, pero me alegro de que vuelva a la que es su casa.

EL PRINCIPIO DEL FIN

¿Qué pudo pasar para que una pareja que lo tenía todo, que era la envidia de todas sus amistades acabase tan pronto y de la forma en la que lo hicimos nosotros? No sé si sabré dar una respuesta a esta pregunta, ya que yo llevo años formulándomela. Además, no creo ser el más indicado para juzgar los sucesos que acaecieron, pues rara vez alguien implicado puede mantenerse al margen y resultar objetivo a la hora de analizar un comportamiento.

Sinceramente creo que la culpa no fue sólo mía. Bueno, entiendo que debería haber tenido más cuidado con la utilización de mi don, a sabiendas de los resultados que podría ocasionar, pero me autoengañaba diciendo que “si lo hago suavemente, no puede ser malo”. Vamos, como aquél que estando a dieta decide saltársela sólo un poquito porque no tiene mayor importancia, o el que ha dejado de fumar se echa unas caladas asegurándose que eso no va a pasar de ahí. Y en poco tiempo está como antes, o peor. Decía que la culpa no fue sólo mía, sino que por parte de Mercedes también habría que... No. No puedo ser tan mala persona de cargar contra el amor de mi vida, y menos ahora que está muerta.

No.

El único responsable he sido yo. Y eso me remuerde la poca conciencia que me puede quedar. Que durante mucho tiempo la pobre estuvo arrinconada en una esquina, sin llamar mucho la atención para que no la desahucie definitivamente, pero que especialmente a raíz de este... suceso, ya no pudo aguantar más por todo lo que me había visto hacer, explotó y me hizo comprender que las cosas no son como yo las quería ver.

Durante mucho tiempo no he encontrado una fecha concreta en la que todo empezase a torcerse, no veía un día del que pudiera decir: esto fue el detonante. Me obligaba a pensar que fue la monotonía de la vida lo que nos fue haciendo caer en una espiral de tedio y aburrimiento. Al principio todo eran fiestas,

celebraciones, viajes, vacaciones,... pero, por raro que pueda sonar y como ya he explicado antes, también de esto te cansas. Estaba con la mejor mujer que podría soñar y además me había costado un triunfo conseguirlo, pero como suele pasar con los caprichos de los niños (y veo que entonces yo no era más que eso) en cuanto lo conseguí y se pasó el efecto de haber logrado el premio gordo, todo lo “mágico” se fue difuminando poco a poco. Al principio todo eran detalles del uno para con el otro. Siempre tomábamos las decisiones consensuadamente. Siempre contábamos el uno con el otro para todo. Pero poco a poco surgieron pequeños cambios, a los que al principio no dimos importancia o hasta los recibimos con los brazos abiertos, como un soplo de aire fresco para una relación que comenzaba a hundirse, y para

cuando quisimos darnos cuenta habían dejado mella en ambos. Eran tonterías, como pequeñas escapadas con otros amigos y amigas sin consultar al otro, no quedar para comer cuando ambos sabíamos que podíamos coincidir sin problemas,... Y de nuevo, ya que estoy sincerándome, en la mayoría de los casos y sobre todo al principio, el causante era yo. Así, al perder poco a poco el apego por el otro, empecé a utilizar mi poder con ella.

De nuevo para tonterías al principio, como meterme en su cabeza para ver qué había hecho cuando yo no estaba y cosas similares. Y no, no quiero decir que eso sean cosas sin importancia, ya que estaba invadiendo su intimidad. Es algo muy grave en una relación: la falta de confianza es mortal para la pareja.

Y en este caso para la persona, también.

Con tonterías me refiero a que estoy seguro que no la afectaron en nada, ya que eran intromisiones leves. Pero que como lo uno lleva a lo otro, mis “peticiones” eran cada vez más contrarias a su voluntad y eso sí que resultó perjudicial para su salud. Pero hace tiempo que sé con rigurosa meticulosidad, casi podría decir la hora, minutos y segundos del suceso que hizo que empujase a mi esposa hacia el abismo. Me he quitado la venda de los ojos y ahora puedo ver todo claramente. Dicen que el tiempo todo lo cura, pero en mi caso ha sido al contrario: el paso de los días, o más bien de los años, ha afianzado el dolor en mi cuerpo, haciendo que sea una parte de mi ser, como un brazo, una pierna o el corazón. Y es algo que está en mí, ya

que si la muerte hubiese sido causada por un agente externo como una enfermedad o un atropello, podría decir que no he hecho lo suficiente, pero que no había estado en mi mano evitarlo. En cambio, en este caso yo he sido el causante, el origen del mal.

No hay mañana en la que al levantarme y mirarme en un espejo no desprecie la cara que aparece reflejada en él, ni noche en la que no me despierte varias veces por pesadillas que mi subconsciente genera para atormentarme. Es curioso que después de toda la gente que ha muerto por mi causa, incluidos mis padres, sea únicamente la de Mercedes la que me turbe tanto. El resto han quedado desdibujadas, detrás de excusas tan pueriles como “se lo merecían” o “yo no sabía lo que pasaba”. En mi lista de nombres,

hay muchos que sé que están ahí por mi culpa, por mis acciones, pero no me turban tanto. En cambio el de Mercedes está el primero y el último de la lista. Además, con mi mujer yo era plenamente consciente de lo que podía suceder y sin embargo cedí ante mis más bajos instintos.

Obviamente de carácter sexual.

En aquella época, con el tedio de la relación haciéndose fuerte, surgió en mí alguna fantasía que solía rondarme por la cabeza, y aunque la mayoría ya las había hecho realidad durante mis años de gilipollas integral, había una que de vez en cuando aparecía por mi mente, más asiduamente con el tiempo, y era montarme un trío. No sería la primera vez, pero de ésto hacía ya mucho tiempo, y en aquellas ocasiones

había sido con prostitutas o con las típicas conquistas de una noche en la época en las que manejaba dinero y salía de fiesta a diario, así que los recuerdos estaban dominados por una tenue niebla creada por la mezcla de drogas y alcohol que no me permitía evocarlos con claridad. Así que un día se lo planteé a Mercedes, y a su favor he de decir que ni se escandalizó ni me llamó nada malsonante. Simplemente me dijo que no estaba segura, pero que si yo quería y tenía ganas, podríamos intentarlo. Y así lo hicimos.

El siguiente fin de semana nos acercamos a uno de los locales de moda del momento, y tras bailar un rato, tomar algunos combinados con vodka y, como solía ser habitual, llamar la atención del resto de clientes del bar, me acerqué a ella y cogiéndola de la

cintura la susurré al oído que eligiese con quién quería que compartiésemos nuestra cama esa noche. Me dijo que no estaba segura de tener ganas, que lo dejásemos para otro día, pero como yo ya había echado el ojo a alguna preciosidad y no pensaba con la cabeza, si no que dejaba que otra parte de mi cuerpo guiase mis movimientos,forcé a Mercedes a aceptar. Pude comprobar que realmente no tenía ninguna gana de que eso sucediese hoy, pero mi entrepierna tomó el control y en lugar de esperar a otra ocasión en que ella estuviese más receptiva, que además habría significado un mayor disfrute de la situación por parte de todos, le obligué a elegir a la rubia que yo ya había escogido.

Nos acercamos a ella y entablamos una

conversación trivial, simplemente para tener una excusa para poder alejarnos de la zona de ruido y hablar en un lugar más tranquilo, con menos distracciones y en el que pudiésemos estar más cómodos a nuestro aire. Sorprendentemente no tuve que utilizar mi don con la chica, aunque creo que me habría dado lo mismo ya que estaba sumamente alterado (por decirlo de una manera delicada) y con la intención de llegar hasta el final.

Conseguimos hacernos con uno de los reservados, una zona en la que no podía entrar cualquiera que se lo propusiera, pero con mis antecedentes y la fama de la que gozaba por aquel entonces, un armario ropero de esos que para dar un abrazo necesitas casi una escalera y brazos extensibles nos flanqueó el paso,

saludándonos con un ligero movimiento de cabeza, a la vez que guardaba en el bolsillo el billete de 100€ que le coloqué en la mano de manera disimulada, dejando bien claro que no quería que nadie nos molestase.

Nos sentamos los tres en un sofá muy cómodo, y casi al instante apareció una camarera que tuvo la mala suerte de llegar a la costurera cuando ésta había gastado toda la tela de la sastrería y sólo le quedaba un pequeño retal con el que confeccionar un vestido que incluso a una muñeca del tamaño de una Barbie habría quedado escueto. Así, con unos centímetros menos de la cantidad de la ropa justa que habría necesitado para tapar sus (abundantes) encantos femeninos y colocando una botella de Krug Rosé y tres

copas en la mesa que teníamos delante nuestro nos preguntó si deseábamos alguna cosa más.

- No gracias, si necesitamos algo, la llamaremos.-

Contesté, casi sin mirarla, concentrada en la compañía que tenía a ambos lados. Despidiéndose con unas palabras de cortesía que en estos momentos no recuerdo, la camarera abandonó la estancia, cerrando las cortinas que nos daban una intimidad casi total.

Entonces, me giré hacia nuestra conquista de esa noche y comencé a hablar con ella de nada en particular, a la vez que ponía mi mano sobre las piernas de Mercedes, acariciándola, y permitiendo que... Soraya, sí, ahora me acuerdo, Soraya se llamaba. Pues permitiendo que Soraya viese cómo mi mano se desplazaba por la piel de mi esposa, subiendo por los

muslos hasta perderse poco a poco debajo del escueto vestido que al sentarse se había subido ligeramente dejando ver buena parte de la zona superior de las piernas de Mercedes.

No tuve que alentar a mi mujer para que me besara, o al menos eso creo recordar, ya que estaba demasiado pendiente de las reacciones de la joven rubia para ver cómo debía de actuar. Avivada por el alcohol que habíamos ingerido, comenzó a darme ligeros besos por el cuello y me susurró al oído que nos fuésemos a casa, los dos solos. Creo que eso fue la gota que colmó el vaso, ya que me parecía una traición enorme cortarme el rollo a estas alturas. Como si no estuviésemos ahí porque yo la había obligado. Giré la cabeza y la besé profundamente en la boca, a la vez

que mis manos dejaron de jugar con sus piernas y pasaron a acariciar las de Soraya y mi mente tomaba el control de la suya.

No pasaron más de 5 segundos desde que posé mis dedos en sus muslos hasta que se levantó y se sentó a horcajadas encima mía, subiéndose la minifalda hasta las caderas (cosa que no le costó mucho trabajo) y convirtiendo el beso entre mi mujer y yo en una fiesta de tres bocas.

Soraya comenzó a moverse rítmicamente, frotándose contra mi cuerpo, sin parar de besar a mi mujer. Las manos de Mercedes se perdieron en el escote de mi amazona, y continuamos los tres montándonos nuestra propia película X durante casi una hora. Al final decidimos irnos a nuestra casa y

Soraya sin pensárselo dos veces (bueno, creo que ni tan siquiera una sola) accedió a la invitación que la propusimos.

Cogimos un taxi, ya que no me encontraba en situación de conducir, y por otro lado tampoco me apetecía mucho tener que estar pendiente de la carretera en lugar de prestar toda mi atención a mis compañeras de viaje. En el asiento trasero me senté en medio y antes de que el coche arrancase, ya habíamos empezado a besarnos, acariciarnos, tocarnos y todo lo que aquel espacio tan reducido nos permitía hacer. Llegamos al portal, subimos en el ascensor cual adolescentes en celo, con la ropa medio desabrochada y metiéndonos mano por todos y cada uno de los resquicios que nuestra vestimenta suelta nos permitía.

De vez en cuando tenía que ayudar mentalmente a Mercedes a no abandonar nuestra fiesta, pero no tenía que esforzarme mucho. O al menos no me lo parecía. Hasta que entramos en nuestro dormitorio.

De ahí en adelante la noche fue horrible, por un lado porque tenía que estar continuamente dirigiendo las acciones de Mercedes, que quería escapar de aquella situación y por otro porque cada vez que utilizaba mi don con ella me iba sintiendo peor, más agresivo, más humillado, más enfadado, peor amante y marido. Y a la vez que mi malestar se incrementaba, más mezquinas eran mis acciones con mi mujer. Creo que la única que disfrutó fue la chica que estuvo con nosotros aquella fatídica noche. Aunque sorprendentemente, (o bueno, quizás no tanto) no la

volvimos a ver nunca más. O si nos hemos encontrado en alguna ocasión, no la he reconocido. Lo único que me resulta curioso de eso es el hecho de que me haya acordado del nombre. Será que mi cerebro se quiere cebar en mí, y de los malos momentos guarda todo tipo de detalles.

A partir de ese día entré en una espiral de destrucción de la que no podía salir y en la que todas mis acciones iban encaminadas a un final trágico del que era plenamente consciente pero del que me era imposible escapar. En unos pocos meses me convertí en un viudo muy cotizado. Pero no presté atención a todas las insinuaciones que recibí durante las semanas posteriores, muchas de ellas realizadas con muy poco tacto, en las que se ofrecían para ayudarme a

sobrellevar unos momentos tan duros. De la forma que necesitara, cualquiera que fuese ésta. Sólo tenía una idea en la cabeza, y esta era la de reunirme con mi Mercedes. Aunque no era creyente, sino más bien lo contrario, pensaba que si había algo, con algo de suerte, o con mucha, podría estar junto a ella para el resto de los días. Y si por el contrario, después de dejar este mundo no nos esperaba ningún otro, por lo menos no seguiría viviendo sin la que había sido la razón de mi existencia durante los mejores años de mi vida y a la que había asesinado de la forma más vil y rastrera.

Pero cuando la vida se pone en contra de uno lo hace de forma obstinada, lo hace a todas horas y lo hace vigilando bien que no se escape ni quede ningún

resquicio. Para eso tiene mucha más experiencia y todo el tiempo del mundo para planear estrategias.

Así que tuve que desistir, al menos de momento, de reunirme con Mercedes.

Y con nuestro hijo.

REVELACIÓN

- ¿Mi casa? ¿Cómo que mi casa? - pregunto, aunque temiendo la respuesta.

- Vaya, tenía entendido que era usted más espabilado. - responde con una mueca que quizá pretenda mostrar una sonrisa pero que se queda en un gesto de desprecio, a lo que añade - Bueno, sólo quería echar un vistazo a uno de nuestros hijos pródigos más ilustres. Adiós.

- Espere, tengo unas cuantas preguntas - le digo a la vez que intento cogerle del brazo para impedir que se

marchase. Algo inútil ya que cuando trato de estirar mi mano noto las cadenas que me atan a la camilla. No sé en qué momento, pero me han atado a la camilla. Creo que alguno de los cócteles de medicinas que me han administrado me han afectado más de lo que pensaba. Le veo cómo se aleja, pero justo en el marco de la puerta por la que ha entrado, se vuelve y me dice:

- Tranquilo, si tiene cualquier duda o quiere simplemente hablar, tiene ahí a la Dra. Tinadonis, que con mucho gusto responderá a sus preguntas y atenderá sus... necesidades. - Se gira y desaparece cuando el tabique que anteriormente se había desplazado lateralmente vuelve a su posición original, haciendo prácticamente imposible adivinar que detrás

del panel blanco se esconde una puerta.

Giro entonces mi cabeza hacia la Dra., y me da la impresión de que está ligeramente ruborizada. O igual es su tono de piel habitual o el maquillaje, ya que antes no me he podido fijar bien en ella al estar aturdido por mi repentino despertar de la obligada siesta. Ahora que puedo verla mejor me doy cuenta de que es muy guapa, preciosa. Tiene el pelo de un tono que está a medio camino entre el rubio oscuro y el castaño claro. Descansa en sus hombros, después de bajar en suaves bucles enmarcando una cara perfectamente ovalada. Los ojos verdes hacen que quieras perderte en ellos, nadar un rato en esos lagos cristalinos y después dejarte llevar. Me imagino que simplemente con una mirada habrá roto más

corazones que otras personas en toda su vida. El resto de facciones, como los labios rojizos sin necesidad de color artificial o la nariz ligeramente respingona, no desmerecen en nada, creando un conjunto tremendamente espectacular. Entonces me doy cuenta de que he estado demasiado tiempo mirándola, perdido en sus rasgos, en la curva de sus pómulos, en sus eternas pestañas,... y veo que se siente azorada. Intento disculparme con unas torpes palabras

- Lo siento, perdona,... es que... todavía creo que estoy un poco conmocionado por lo que me hayáis metido para dormirme y...

- Tranquilo, no pasa nada - Dice mientras se da la vuelta, y entonces oigo una carcajada a mi lado.

- Jajaja. Tortolitos, ¿queréis que me vaya y os deje solos?- Espeta el Dr. Monzón. Entonces me doy cuenta de dónde estoy, de cómo estoy y agitando la cabeza intento desprenderme del hechizo que la doctora ha lanzado sobre mí.

- No seas tonto, Juanjo, que es únicamente que le está costando más de la cuenta despertarse.- le reprocha la doctora, y se gira hacia mí y añade - Mire, Ernesto, ahora, si quiere y está más calmado, le puedo soltar las muñecas y los pies, para que esté más cómodo. Ha visto que no tiene nada que temer, y que no queremos retenerle contra su voluntad.

- Pues por la forma en la que me habéis metido aquí y por la situación en la que me he despertado juraría todo lo contrario.- la contesto.

- Las correas eran para que si se despertaba sobresaltado no cometiese ninguna... imprudencia. Y sea sincero: ¿habría venido con nosotros si se lo llegamos a pedir? - me explica la doctora.

- Hombre, si lo hubieseis pedido por favor, lo habría pensado.

- Sí, claro. Además tenga en cuenta que usted ha irrumpido en las instalaciones de la clínica sin avisar, colándose como un vulgar ladrón.

- Oye, que de vulgar nada. Y además como ha dicho el tipo este de antes, ésta es mi casa, y uno no suele ser considerado un ladrón en su casa, ¿no?

- Generalmente no, a menos que haya pasado muchos años fuera, los de seguridad no le reconozcan,

se cuele furtivamente y se salte unos cuantos controles de seguridad, que es lo que ha sucedido aquí.

- Bueno, vale, ahora todos amigos. ¿Así que puedo hacer lo que quiera e ir a donde me plazca? - pregunto, con cierto tono de ironía en mi voz

-Claro, siempre y cuando no se cuele en laboratorios restringidos.- Contesta el Dr. Monzón, metiéndose en la conversación

- Pues hala, majo, dame mi ropa que me quiero largar.

- Tome - dice la doctora alargándome mis vaqueros y mi camiseta - y el calzado lo tiene ahí - señala un rincón detrás de la camilla.

Entonces me vuelvo a dar cuenta de que estoy

mirando fijamente a la doctora. Vuelvo a sacudir la cabeza y me llevo la mano derecha a los ojos, apretándomelos con el índice y el pulgar, simulando reprimir un incipiente dolor de cabeza, cosa que no está muy lejos de ser cierta. Sin apartar la mano ni remitir la presión de los dedos, pregunto:

- Oye, el del traje caro ha dicho que si tenía preguntas, dudas o algo, tú me contestarías, ¿no?

- Eh... esto... sí, bueno. Si así lo desea.- titubea

- Pues sí, así lo deseo. ¿Podemos tomar un café o algo? ¿Hay cafetería en esta prisión o nos dejan salir fuera?

- Ya le hemos dicho que es libre de hacer lo que se le antoje, así que si quiere salir fuera, sin problema.- el

Dr. Monzón parece un tanto molesto. No sé si porque estoy intentando llevarme a su compañera o porque directamente paso de él. Sea por lo que sea, si no me va a inyectar nada ni me va a impedir salir, como si le entra una rabieta y se lía a puñetazos con las paredes, así que ignorándole completamente, me dirijo a la doctora:

- Dra. Tinadonis, la invito a tomar un café, o una cerveza o algo más fuerte, que no tengo ni idea de qué hora es.

Sonriendo ligeramente me contesta:

- Por favor, llámeme Eva. Y con un café será suficiente. Son las 10 de la mañana. Ha dormido toda la noche.

- Bueno, así que tengo tanta hambre. Y por cierto, si yo voy a llamarte Eva, por favor, no me trates de usted. Tutéame.- La digo mientras la miro directamente a los ojos y la sonrío. Ella baja la mirada y se dirige a la puerta.

- Ven, vamos a tomar algo. Aquí al lado hay un bar en el que tienen buenos desayunos. Si tienes hambre, puedes comer ahí algo.

- Vaya, yo pensaba que esto sería como cuando vas a donar sangre, que ya que me habéis dormido y me habéis tenido toda la noche en una camilla, al menos me daríais algo para beber y comer.

- No tiene a la suerte, a ver si no le vamos a dejar salir.- El Doctor Monzón intenta entrar en la

conversación, pero Eva y yo estamos ya saliendo de la habitación donde me han tenido toda la noche recluido, así que no le prestamos atención. Tampoco hacemos ningún caso del bufido que suelta cuando nos alejamos. Realmente está molesto. Peor para él.

Sigo a la doctora por varios kilómetros de pasillos durante miles de horas, pasando por varias puertas en las que tiene que acercar una tarjeta a un receptor para que éstas se abran. Al final, cuando empiezo a pensar que lo que quiere es matarme de cansancio igual que los caballos que mueren reventados, vemos una puerta más grande que las anteriores, y al abrirla veo coches, personas andando y luz natural. Vamos, lo que viene siendo una calle normal y corriente, pero que después de haber estado ahí dentro lo que me

parece una eternidad, casi estoy tentado de salir corriendo, plantarme en medio de la cera con los brazos en cruz y con la cara vuelta hacia el cielo, inundarme de la luz del sol mientras doy vueltas cual peonza y grito a los cuatro vientos “por fin aire” o alguna otra chorrada por el estilo. Por suerte para no menguar la escasa imagen positiva que pueda tener la doctora de mí consigo apaciguar mis ansias peliculeras y simplemente miro hacia el cielo y cierro los ojos por unos segundos, esperando que Eva no se percate. En vano.

- Sí, hay veces que cuando salgo de ahí dentro, después de llevar unas cuantas horas encerrada, lo único que me apetece es salir corriendo, extender los brazos y con la cara vuelta al cielo dar vueltas mientras

el sol me baña. Sí, es una tontería, lo sé.

Ahora soy yo el que se sonroja, como si hubiese retrocedido 30 años y mi madre me hubiese pillado robando galletas de la caja de metal en la que guardaba las pastas de chocolate para las visitas. La típica que se almacenaba en lo alto de un armario y para llegar a ella tenías que subirte a dos sillas, una de ellas puesta encima de la mesa de la cocina. Y cuando estabas a punto de alcanzar el preciado tesoro, volvías la cabeza hacia la puerta de entrada y la veías con los brazos cruzados, esperando a que cojas las galletas y bajes lentamente o lo hagas por la vía rápida, cayéndote del andamio que has montado, para darte un pescozón, de esos que se dan como un toque de atención con pocas ganas porque luego puede

alardear de hijo escalador y travieso delante de las amistades.

- Te entiendo... muy mucho.- Es lo más inteligente que se me ocurre decir. Y me doy cuenta de que habría estado mejor callado, contestando simplemente con un movimiento de cabeza o un simple “aham” cuando veo la cara de extrañeza que pone Eva al escucharme decir semejante tontería. Parece que se lo ha tomado como un ataque personal, como si con esa bobada de frase me estuviese intentando reír de ella. Pero al momento me relajó cuando suelta una carcajada sincera, una de esas que sólo pueden soltar las personas decentes, sin fantasmas en los armarios. Al instante siguiente estamos los dos riéndonos, liberando la tensión que habíamos acumulado por la

situación tan extraña y peligrosa en la que nos habíamos conocido.

- Venga, vamos, que creo que los dos necesitamos tomar algo, sentarnos y hablar.

Nos dirigimos hacia el bar que ha comentado antes, y sí que debe estar buena la comida, porque está casi hasta la bandera de gente desayunando, o almorzando, o lo que sea que se haga a estas horas, y no creo que todas estas personas hayan venido para disfrutar de la exigua decoración, ni para lacerarse las piernas con los cantos de las mesas, afilados por miles de golpes. Y cuando conseguimos sentarnos en una mesa, pedimos nuestra consumición y nos la traen hasta la mesa, compruebo que sí, que está justificada la cantidad de gente que hay en el local.

- Bueno, me imagino que tendrás un montón de preguntas, así que empieza - me dice Eva - Eso sí, no sé si sabré o me estará permitido contestar a todas.

- ¿Cómo que no te estará permitido contestar? ¿Qué pasa aquí? - respondo, un tanto enfadado. Con la amabilidad que me ha estado mostrando Eva se me ha olvidado que en realidad estoy en cierto sentido, o tal vez en todos los sentidos, prisionero: me han dormido, me han esposado y me han inyectado alguna droga. En teoría son los que me han hecho como soy, y seguramente serán también los que me han estado siguiendo durante todo este tiempo. Me replanteo toda la situación, ya que ahora me doy cuenta de que es fácil que todo esto sea una farsa, una forma de tenerme distraído, haciendo lo que a ellos les viene

bien, estar controlado en todo momento. De hecho, estoy empezando a notar un cosquilleo en el brazo, en la parte interior del antebrazo. Y veo una pequeña cicatriz que juraría que es nueva.

- Oye, ¿me habéis metido un localizador o algo así?

- mi tono se ha vuelto duro, agresivo. La descoloca.

- ¿Cómo? ¿A qué te refieres?

- Pues hombre, lleváis tiempo siguiéndome, habéis matado a gente para cogerme, y ahora resulta que soy libre de moverme como quiera. No me cuadra.

- Tal vez la agencia a la que se ha contratado se ha excedido un poco, pero...

- ¿Un poco? ¿Matar a alguien te parece que es “excederse un poco”? No quiero estar ante una

situación que consideres que es una absoluta exageración.

- Perdón, tal vez no me he expresado bien. Como te decía, si quieres respondo a tus preguntas.

Me estaba impacientando.

- Si, exactamente eso quiero. Pero es que ya te he hecho una y no me has contestado ¿Es esto de aquí una marca de un localizador? – me señalo la reciente cicatriz del brazo.

- Ah, eso. No, es simplemente donde te hemos inyectado.

- ¿Cómo sé que no me estás mintiendo? ¿Cómo podría confiar en ti?

- No puedes saberlo. Y la única forma en la que puedo tratar de hacerte confiar en mí es que hablemos.

CAÍDA

La muerte de Mercedes no por esperada me resultó menos violenta. Sabía que tenía toda la culpa del mundo. Yo la había asesinado. Y era más de lo que mi mente podía soportar, ya que tenía que aguantar a familiares y amigos dándome el pésame, e intentando animarme con las típicas frases hechas sobre que no se podía hacer nada, que estas cosas pasan, que la vida es así, que a veces los jóvenes también tienen estos problemas... Menos mal que con lo imbécil que había sido durante (demasiados) años, mi círculo de

amistades y el de familiares con los que todavía mantenía algún tipo de relación eran muy reducidos, así que las condolencias también fueron escasas. Pero a pesar de ello, acabé por decirles a todos que se fuesen a la mierda. Creo, no lo recuerdo bien, que con esas mismas palabras.

No me bastaba con saber que había sido el responsable de la muerte de la mejor esposa del mundo. Había matado también a mi futuro hijo. En el hospital donde trataron en sus últimos días a Mercedes me avisaron de que estaba embarazada, de tan poco tiempo que si la aplicaban las medicinas y terapias que ella necesitaba, el feto no iba a poder continuar su formación. Ella se negó a recibir ningún tratamiento, para intentar preservar la vida que se

estaba formando en su interior, pero entre los médicos y yo la convencimos de que no era la mejor opción: el cuerpo de Mercedes estaba ya muy maltrecho y resultaría todo un milagro que el bebé pudiese sobrevivirla. Las posibilidades de que éste siguiese adelante eran mínimas. Los doctores adujeron razones médicas, yo lo intenté con la parte sentimental. Al final, aunque sospecho que más por parte del personal del hospital que por mis argumentos, desistió y se dejó tratar. Para conseguir únicamente retrasar lo inevitable y prolongar una angustia que junto con mi sentimiento de culpa me lanzó a los brazos de la autodestrucción cuando definitivamente los médicos no pudieron hacer más para mantenerla en este mundo.

Después de cerrarla los ojos y desoyendo los consejos de los dos únicos amigos que se habían acercado al hospital para acompañarme en los últimos momentos, me subí en el coche y comencé a rodar kilómetros y kilómetros como si no hubiese un mañana. Y así deseaba que fuese. Por suerte para el resto de conductores, una luz se abrió paso entre la negrura que ocupaba mi mente y me di cuenta de que de esa forma, lo único que conseguiría sería hacer sufrir a más gente, ya que la posibilidad de que en un (esperado, ansiado) accidente se viesan implicados más vehículos era muy grande.

Me volví a casa, nuestra casa, y con todas las luces apagadas, las persianas bajadas y las cortinas echadas, estuve pensando sobre la manera más sencilla y

eficiente de quitarme la vida. Deseché rápidamente las que incluyeran dolor. Aunque me merecía sufrir por lo que había hecho, nunca me ha gustado el dolor físico y tampoco lo soporto nada bien. Así que automáticamente descarté las vías en las que se requiriera algo de resistencia al daño por mi parte. Tampoco quería que, si no salía bien, mi estado posterior me impidiese volver a intentarlo, por haberme quedado tetraplégico o algo similar. Al final, después de pensarlo un poco (tampoco mucho, ya que mi cabeza no estaba dispuesta a razonar) opté por las pastillas. Investigué un poco y descubrí que aunque era más fácil disponer de benzodiazepinas, las sobredosis letales con estos fármacos son menos frecuentes. Por otro lado, los barbitúricos, aunque algo más complicados de conseguir en dosis altas, eran más

convenientes para mis propósitos. Dicho y hecho, me agencí una buena cantidad de Alobarbital que para mí no fue mayor problema conseguirlo y lo acompañé de un buen whisky, para dejar este mundo con algo de clase. Preparé la habitación desde la que iba a abandonar la existencia para irme al otro barrio... o a ninguno: dejé una escueta nota explicando brevemente mis motivos, me tumbé en la cama al lado de una foto de Mercedes y me tomé el doble de la dosis que leí por internet que podía producir la muerte, con casi la mitad de la botella de George T. Stagg.

Antes de abrir los ojos, lo primero que noté fue un olor a vómito que me entró por la nariz con tanta fuerza que me pareció que intentaba taladrar mi

cerebro para salir por la coronilla. Y que lo estaba consiguiendo. Mis párpados no me respondían, o al menos no como yo esperaba. No entendía nada. ¿Un muerto podía percibir olores? ¿y sentir dolor, un dolor de cabeza tan brutal? Poco a poco, y a pesar de que mi cabeza no estaba funcionando de una forma fluida, fui dándome cuenta de que posiblemente no estaba muerto. Y rompí a llorar. El poco alcohol y las drogas que podían quedar en mi cuerpo y que no hubiesen sido expulsadas junto con el contenido de mi estómago que ahora reposaba en la cama a mi lado abandonaron mi organismo en forma de lágrimas. Sin hacer caso al dolor tan intenso que en cualquier otra situación me habría impedido mover la cabeza lloré como no lo había hecho en años.

En décadas.

Era un completo inútil. No servía ni para quitarme la vida.

Así estuve varias horas.

Al final, resignado, me levanté y me metí en la ducha. Me senté en el asiento de la columna de spa y preparé (como un autómatas, sin pensar) el programa más largo.

Dos veces.

Tres.

Unas horas y miles de litros de agua después, con las púas del alambre de espino que rodeaba mi cerebro algo menos afiladas y la piel completamente

arrugada, volví al cuarto. La escena que presenciaron mis ojos hizo que de nuevo me asaltasen las náuseas, y mis ojos volvieron a inundarse. La colcha que había comprado Mercedes en un viaje a Túnez estaba completamente empapada de vómito sanguinolento, y su fotografía flotaba en un mar de inmundicia.

-No contento con provocar tu muerte he mancillado tu recuerdo, perdóname- dije en voz alta -. Otra vez.

Cogí toda la ropa de cama uniendo las esquinas y las metí en la ducha. Abrí el agua y cuando la mayor parte de la suciedad se esfumó por el sumidero, rescaté la foto. Era un acto simbólico, ya que podía hacer otra copia y el papel estaba mojado y arrugado, pero no me parecía bien que un retrato de Mercedes siguiese el mismo camino que tenía reservado para la

ropa de cama que había echado a perder en mi triste intento autolítico. Autolítico. Siempre me ha gustado esa nueva palabra que todavía no está admitida en el diccionario de la Real Academia de la Lengua (formada a partir del proceso de autólisis celular), pero que intentan meter con calzador para hacer un lenguaje más aséptico, como es el llamar a los trabajadores de una empresa “recursos”, así, cuando tienes que putearles lo haces a “cosas” y no a personas.

Durante el resto del día no fui persona, y el posterior tampoco mucho. Me costó tanto física como mentalmente, ya que desconocía que un intento de suicidio fallido pudiera dejar tan agotado un cerebro. Además, el problema para recuperarme completamente era que las pocas energías que mi

cuerpo conseguía almacenar las gastaba pensando en nuevas formas más efectivas de llevar a cabo mi defunción.

Después de mucho cavilar, llegué a la conclusión de que la forma más segura sería arrojándome al vacío desde una altura considerable. Pero no desde un puente sobre un río, no, ya que el agua podría amortiguar mi caída y no cumplir con mi propósito. Me arrojaría desde un edificio para estrellarme contra el asfalto con una deceleración de más de 2000g, más de 10 veces superior a la que se considera límite para la vida de una persona adulta. Vale que hay casos de personas que han sobrevivido a caídas descomunales, como un paracaidista que cayó desde más de 1800m y por un malentendido con su compañero no consiguió

abrir su paracaídas. Pero no es lo normal, y además este tipo cayó en la nieve. Yo me lanzaría contra el cemento madrileño, que es algo más duro.

Un mes después, cuando me encontraba preparado y había dejado todo en regla para que todas mis posesiones fuesen a personas necesitadas, me dispuse a saltar. Para ello me subí a la Torre Valencia, que con sus casi 100 metros me iba a servir para dar mi último gran salto. Hay otros edificios más altos, pero al ser de oficinas, ser considerados monumentos o similares, seguro que están más vigilados y tienen medidas de seguridad para evitar actos como el que tenía pensado llevar a cabo. Lo primero no debería ser ningún problema para mí, ya que podría obligar a cualquiera que se interpusiera en mi camino a ayudarme o

simplemente a apartarse y dejarme hacer, pero no tenía ninguna intención de utilizar más mi don, ya que estaba en esta situación por él. Además, a pesar de que consiguiera que la persona con la que me cruzase me permitiera pasar, me di cuenta de que podía meterle en un auténtico problema si resultaba que las autoridades consideraban que había colaborado con un suicida. No, mejor utilizaba el edificio residencial que había escogido, ya que había menos posibilidades de que algo saliese mal.

No tengo muy claro lo que me sucedió, ya que no guardo recuerdos de ese intento. Es como si me hubiesen borrado de la memoria las vivencias de aquel día. Lo único que tengo es lo que han contado los testigos que en ese momento se encontraban en las

inmediaciones. Por lo visto, para poder acceder al tejado (cuanto más alto, mejor) debí ponerme un buzo o algo de ropa de trabajo, así, cuando solicité al portero que me abriese las puertas que daban acceso a la azotea, no tuve que “ayudarme” con mi don. Luego, me debí de acercar al borde y debí saltar sin muchas fuerzas y sin mirar hacia abajo, ya que a mitad del recorrido había una plataforma colgante que estaban utilizando para realizar algunas reparaciones, o cambiar unas cristalerías, o algo similar. Mi impacto con la barandilla, no sólo consiguió que uno de los trabajadores tuviese un infarto y el otro casi me acompañara hasta el suelo, sino que también contribuyó a que perdiera casi toda la velocidad que había ganado en la caída. Así, realmente el salto fue casi de la mitad de la altura que tenía el edificio, y

antes de contactar con el ansiado suelo, las ramas de un árbol fueron frenándome hasta que el impacto con las baldosas de la acera fue doloroso (mucho) pero no mortal.

El saldo final de mi triste imitación de Ícaro fue un compendio de numerosos huesos rotos (entre ellos tres costillas), una fractura craneal y magulladuras y contusiones en todos y cada uno de los más de 600 músculos esqueléticos que componen el cuerpo humano. A parte de estar varios días en coma y un dolor de cabeza que a día de hoy, dependiendo de qué movimientos haga me sigue martirizando a pesar de que han transcurrido más de 4 años desde mi vuelo.

Cuando me recuperé, y después de haber ayudado económicamente de forma anónima a los trabajadores

que casi arrollo en mi descenso libre y los transeúntes que en ese momento pasaban por debajo del árbol que detuvo mi caída (hay que ver la de información que se puede conseguir con un poco -o un mucho- de dinero) y que además del susto y las taquicardias recibieron una lluvia de ramas, hojas y sangre, me di cuenta de que quienquiera que manejase los destinos, bien un Dios esquivo, bien las Moiras, bien el puro azar, no quería que yo abandonase este mundo. Y si no podía, o debía, dejar esta tierra, sería porque tendría una misión.

Así que este fue mi segundo y último intento de suicidio. Desde ese momento empleé mi tiempo para tratar de averiguar qué era lo que debía hacer con mi don.

Pero debo ser muy corto, ya que no se me ocurrió qué narices era lo que el destino quería de mí. Pero lo averigüé.

De una forma un tanto curiosa, a decir verdad.

DESDE EL COMIENZO

- No, seguramente no podré contestar a todas las preguntas, ya que hay muchas cosas que desconozco y otras que son alto secreto. Si te las cuento, luego tendría que matarte. Las últimas palabras las dice bajando el tono de voz e inclinándose hacia adelante hasta que sus labios quedan a escasos centímetros de mis orejas.

- Ja ja, no, tranquilo, que es broma. - añade acto seguido, pero al ver la cara que pongo se azora y un

ligeramente rubor le invade el rostro, lo que la hace tremendamente atractiva. Baja la mirada, se concentra en el café con leche que ha pedido (“largo de café, muy largo de café, por favor, que estoy que me caigo de sueño”), coge la cucharilla y se centra en los ciclones y anticiclones que se forman en la superficie del líquido con el movimiento de la espuma. - Lo siento, igual no ha sido un comentario muy afortunado.

Si no fuese porque me han tenido retenido en contra de mi voluntad (lo que de toda la vida ha sido un secuestro, vamos), experimentaron conmigo cuando era pequeño, han intentado matarme (creo) y me han perseguido por todo lo largo y ancho de la península ibérica, creo que me podría enamorar de esta científica, ataviada con su bata blanca impoluta

que permite ver un escote en el que podría pararme un rato a entretenerme; sus ojos llenos de matices en teoría incompatibles ya que son inteligentes y con cierto aire de despiste, tímidos cuando se azora y provocativos cuando está hablando sin prestar atención a sus rasgos, ojos que me alertan de que todo lo que diga va a quedar registrado y que podrá ser utilizado en mi contra; su piel suave, sin imperfecciones y sin capas de maquillaje, al natural; el aura que se forma en su cabeza con el resplandor del sol que entra por el cristal de la ventana que está a su espalda,... no, tengo que parar y concentrarme en lo que tengo que hacer: lo más importante es enterarme de toda mi historia, de cómo funcionan los laboratorios que me han hecho esto. Y ver cómo puedo vengar la muerte de Mercedes.

- No, la verdad que afortunado no es el adjetivo que asociaría al comentario que has hecho, aunque intuyo que habrá sido para tratar de rebajar la tensión.

Hemos estado varias horas hablando, aunque para ser sinceros ha sido casi un monólogo, ya que la doctora Tinadonis tenía mucho que contarme, y a pesar de que hablar ante un público atento y entregado, aunque al principio daba la impresión de encontrarse un tanto nerviosa, parece que ha acabado gustándola. Después de muchos minutos y varias consumiciones para apaciguar al camarero que cada vez con más frecuencia nos lanzaba miradas que harían salir corriendo a cualquier cliente que no tuviera una muy buena razón para ocupar una de las mesas, acabé por enterarme, más o menos, de lo que

había pasado en mi vida.

Mi don proviene de unas investigaciones que llevaba a cabo, como en una película o en una novela de espías, una rama o departamento del Gobierno y más concretamente del Ministerio de Defensa al que se le había dado carta blanca y fondos sin fin para conseguir un arma que supusiera una superioridad total en cualquier conflicto internacional o dentro de la propia nación. Y hay que pensar que esto sucedía hace más de 40 años, así que conflictos, como las meigas, *habeilos*, *habíalos*. Este grupo de investigadores seguían dos líneas completamente diferenciadas: por un lado estaban tratando de descubrir una máquina que estuviese por encima de las del posible enemigo, bien por la potencia de

disparo, la cadencia o los proyectiles empleados, o bien que sirviese para inhabilitar las armas del contrario. Y consiguieron varios logros, pero parciales, ya que el poseer alguna de estas herramientas no aseguraba el vencer en una posible confrontación.

Por otro lado, y enterrado entre barreras burocráticas y disimulado con otros estudios, se estaba tratando de mejorar no el armamento, si no a los propios soldados. Como en un cómic de superhéroes, se buscaba crear un súper soldado, alguien que sí que supusiera una ventaja clara sobre el enemigo y no dependiera del equipo con el que era mandado al frente, si no que pudiera ser él mismo el arma definitiva. Y aquí se avanzó mucho, pero no en la dirección exacta deseada.

Al contar con fondos ilimitados que no era necesario justificar y tener a su disposición a cientos de sujetos a los que someter a los experimentos que eran reclutados de entre los prisioneros y reos que en esos momentos poblaban las cárceles, pudieron alcanzar grandes logros en la modificación del cuerpo humano. Eso sí, a costa de muchas vidas que simplemente eran eliminadas de los censos y listados de reos sin ninguna explicación adicional, ni ningún aviso a posibles familiares o amigos. Así, muchos de estos creen que aquellos que desaparecieron hace años se encuentran en fosas comunes en las cunetas, cuando la realidad es que sirvieron para contribuir al progreso de la ciencia. Una ciencia sin moral. Una práctica de la eugenesia aberrante. Pero todo era válido para lograr los fines deseados.

Al comienzo de los experimentos se pensó que ciertas dosis de radiación controlada mediante isótopos con vida media muy corta e inyectados directamente en zonas concretas, junto con sustancias que servían tanto para restringir la propagación de estas infiltraciones como para aumentar las capacidades de concentración, tono muscular y similares, podría dar un buen resultado. Pero pronto se dieron cuenta de que jugar con elementos radiactivos no era la mejor manera de modificar la genética de un cuerpo... si se quería que durase. Un gran número de los primeros pacientes, así como de un generoso grupo de los doctores encargados de estos tempranos experimentos tuvieron que ser encerrados y posteriormente enterrados en profundas simas, rodeados de grandes bloques de cemento. No

sin antes asegurarse de que contaban con los medios suficientes para continuar con la investigación. Cuando se dieron cuenta de que no iban a abandonar esas instalaciones, intentaron amotinarse, pero fue en vano. Murieron emparedados.

Cuando vieron el fracaso de esta primera serie de experimentos, cambiaron totalmente de línea de búsqueda, y aunque se basaron en la errónea creencia de que los humanos usamos un porcentaje muy reducido del cerebro (cerca del 10% según algunos), y que si pudiéramos explotar todo su potencial tendríamos poderes como la telequinesis, telepatía y demás, consiguieron mejorar las capacidades a base de diversos cócteles de diferentes sueros.

El problema era que para conseguir resultados

positivos y válidos, las concentraciones de elementos a introducir en el cuerpo humano eran tan elevadas que éste era incapaz de asimilarlas y acababa con una muerte segura en poco tiempo, aunque durante los días o semanas que aguantase el sujeto (en muchos casos era impredecible) adquiriría poderes que sobrepasaban las primeras expectativas. Además, si se utilizaba a estos individuos para actos de guerra, como el momento del colapso del cuerpo no se podía prever, era posible que fuese tanto capturado en vida como su cadáver y en las autopsias o investigaciones saliesen a relucir las mejoras que el enemigo había creado para mejorar su ejército.

Aunque se lograron especímenes (siempre era mejor no referirse a ellos como personas, para

distanciarse y no sentir remordimientos) realmente impresionantes con poderes como el mío, o con la habilidad de mover objetos considerables con la mente (telequinesis), provocar fuego a voluntad (piroquinesis), crear “brazos fantasma” que podían realizar cualquier acción (desde proteger al portador hasta cortar cualquier elemento), regeneración de tejido dañado,... en contrapunto se tenía que cuanto más potente y más impresionante era el “don”, más daño hacía al cuerpo del individuo, y antes fallecía. Así, por ejemplo se había dado un caso de una persona que podía desplazar cualquier objeto sin importar la masa o el tamaño y sin necesidad de contacto visual directo: se llegó a mover la parte superior de un monte de la sierra madrileña a través de una cámara de tráfico. Pero el sujeto falleció en

menos de 3 horas.

Los científicos creían haber llegado a un callejón sin salida, convencidos de que cualquier modificación no natural hecha sobre el cuerpo humano provocaba en éste una serie de reacciones químicas que acababan por atacar a los principales órganos, como si de una enfermedad autoinmune se tratara.

Y estaban a punto de buscar otros métodos para crear al súper soldado, cuando la solución, como suele pasar en estos casos, llegó por sorpresa: dos cobayas, hombre y mujer, que habían sido inoculados con diferentes sueros (él una dosis fuerte, ella una débil) mantuvieron relaciones sexuales ese mismo día. Ella se quedó embarazada. Él falleció al día siguiente. Por suerte (o no, según se mire), durante las semanas

posteriores, a la mujer no la volvieron a tratar, ya que tenían ejemplares para estudio más que suficientes. Cuando el embarazo empezó a ser evidente, a pesar de los intentos de la madre por ocultarlo, se tomó la decisión de estudiarlo de manera exhaustiva. Y se vieron datos y acciones un tanto anormales.

Cuando por fin nació el bebé, la ingente cantidad de pruebas a las que fue sometido facilitó una respuesta, la respuesta que todos llevaban años esperando: había cambios y eran estables. El inconveniente era que las posibles mejoras no se podían observar de inmediato, si no que había que esperar varios años.

Con este primer éxito, se intentó que la creación de superdotados fuese casi como una cadena de montaje:

se inyectaba a hombres y mujeres, se les tenía copulando (realmente era eso, no había “relación sexual”) mientras era posible, y a esperar 40 semanas.

Pero, como suele suceder, nada era tan fácil. La mayoría de mujeres o no se quedaba embarazada o fallecía antes de que el feto fuese viable. Y si se reducía el suero inyectado a la madre para minimizar la posibilidad de muerte prematura, no se producía transferencia de mejoras al bebé.

Al final se consiguieron muy pocos sujetos estables y con mejoras. Pero nada comparado con lo esperado, ya que los nuevos poderes no iban a suponer una mejora drástica en las tácticas de vencer a un posible enemigo en una (ahora, varios años después del inicio de los experimentos) improbable guerra. Así, había

una niña que podía mover objetos a distancia siempre y cuando ella pudiese con ello, es decir, que podía desplazar con el pensamiento un vaso, un balón,... pero no un coche o una casa.

Otro niño tenía la facultad de entender cualquier lengua, real o inventada (se probó con un equipo de lingüistas que creó un nuevo idioma coherente), aunque no podía luego expresarse en ella. Así, aunque sabía el significado de una frase en inglés, francés, alemán, tagalo, élfico o klingon (y con estos dos últimos hacía las delicias de los científicos más excéntricos), sólo sabía hablar español. Como una especie de Pez de Babel de la “Guía del Autoestopista Galáctico”.

Llegados a este punto, el dinero destinado al

departamento empezó a menguar, así como la disponibilidad de sujetos sobre los que realizar los experimentos de manera fiable. Poco a poco fue disminuyendo el número de científicos y personal auxiliar. Los niños, ante la imposibilidad de mantenerlos en las propias instalaciones, se ofrecieron para adopciones, con la doble finalidad de, por un lado, proporcionarles una vida lo más normal posible en la que, sin presiones por parte de los investigadores pudieran aumentar voluntaria o inconscientemente sus poderes y, por el otro, motivos estrictamente económicos que permitían un ingreso de dinero extra y eliminaban el derroche de dinero que suponía mantener, criar, educar,... a todos estos bebés y niños. Pero incluso con este nuevo sistema y el ahorro que conllevaba los números no salían, y ejercicio tras

ejercicio, la tinta que utilizaban para los libros de cuentas tenía un tono muy rojo.

Años después se desmanteló completamente esta división destruyendo toda la información. Bueno, casi: un grupo de científicos que vieron las posibilidades “civiles” de dichas investigaciones se hicieron con todos los datos y muestras y crearon una clínica privada, que de cara al público era una más, pero que como pudieron comprobar mis padres, “facilitaba” muchas cosas. Demasiadas.

MI MISIÓN

Como ya he comentado, no soy la persona más perspicaz del mundo y me costó algo de tiempo darme cuenta de lo que se suponía que el destino quería que hiciera. O igual es que me he auto engañado, cual talibán religioso que piensa que su lucha es la única noble y que todas las acciones que realiza están justificadas en base a ese fin superior, y mis acciones no son más loables que las de cualquier otro psicópata que fundamenta sus asesinatos en una voz interior que le conminaba a llevar a cabo tales actos.

Sea de una forma o de otra, lo que me encaminó a plantearme que tenía como misión acabar con la organización que me había convertido en lo que era, fueron pequeños detalles que inconscientemente iba guardando en un desván polvoriento en algún rincón de mi memoria y que al final aparecieron todos de golpe.

Cuando me di cuenta de que no me estaba permitido dejar este mundo, decidí tomarme unas vacaciones para organizar y priorizar todas las ideas que se agolpaban en mi cabeza. Conseguí dinero en efectivo. Bastante. Pero no diré cómo lo hice porque creo que no es necesario y ya os lo imaginaréis. Eso sí, para intentar minimizar las secuelas que pudieran quedar a las personas que se cruzasen en mi camino,

fui retirando pequeñas cantidades de numerosas sucursales bancarias. Con un simple disfraz y un poco de maquillaje, me aseguré de permanecer en el anonimato y que estas acciones no me pasaran factura en un futuro quién sabe si lejano o no. No quería dañar a nadie, aunque se tratase de personal de la banca.

Cuando conseguí la cantidad que estimé suficiente para retirarme una temporada, me fui a una agencia de viajes y me autoregalé una estancia en un hotel en Porto Vecchio, en la paradisíaca isla de Córcega. La suite no estaba nada mal. Era muy espaciosa, con una decoración austera pero exquisita, sin extravagancias. Tanto la habitación como el salón daban a una terraza que permitía tomar el almuerzo o cualquier comida del

día con vistas al mar, acariciado por la suave brisa mediterránea que acompañaba sin llegar a molestar. Pero claro, por casi mil euros la noche, ya podía tratarse de algo de ensueño. Además, tenía todos los servicios que pudiera necesitar. Incluido el de “no molestar”, que en esos momentos era del que estaba más necesitado.

Realizaba la primera y la última comida del día en la terraza privada de la habitación, con vistas al lienzo azul que era el mar. Algún borreguito blanco rompía la majestuosidad de semejante masa de agua, mientras la suave brisa traía hasta mis oídos el suave ronroneo de las olas al chocar contra las rocas que rodeaban las calas de la zona. Varias veces me quedé dormido, mecido por el rumor de las olas, llevado hasta otros

lugares lejanos, otros tiempos remotos, en los que no tenía que refugiarme para mirar en mi interior.

La conexión a internet en la isla, sobre todo en la zona sur que era donde me encontraba no gozaba de una calidad decente la mitad de los días. Pero los regentes del hotel, para dotar a sus clientes de un servicio de calidad y minimizar el número de quejas por parte nuestra parte, tenían contratado, no sé con qué compañía ni con qué sistema, una conexión que en ningún momento en los que intenté acceder a la web, como se suele decir, me dejó tirado. Y gracias a que no me separé de mi ordenador portátil pude leer lo que me parecieron noticias aisladas en las que el único nexo de unión era que conocía a las personas implicadas. Y que todas ellas tenían un final trágico.

Así, se sucedían los accidentes de tráfico, las explosiones de gas y los robos con arma blanca en los que el atracador se había puesto nervioso y había acabado con la víctima. Sí que me parecía raro que tanta gente conocida sufriese esos percances, y traté de calcular las probabilidades de que eso sucediese, intentando emular el clásico problema de Fermi de responder a la pregunta de “¿Cuántos afinadores de pianos hay en Chicago?”, que buscando una respuesta satisfactoria para una cuestión en principio incognoscible, basándose en una serie de estimaciones lógicas, se puede llegar a un número bastante cercano a la realidad. Pero después de aplazar los cálculos en varias ocasiones y acabar con fuertes dolores de cabeza ante la ingente cantidad de números que tenía que manejar, llegué a la conclusión de que las

probabilidades de que esas noticias no tuviesen ninguna relación entre sí ni estuviesen ligadas a mi persona eran pocas. Muy pocas.

Así, sin muchas ganas de abandonar el paisaje paradisíaco en el que me encontraba, retorné a la ciudad en la que esperaba encontrar respuestas a las preguntas que diariamente iban surgiendo y se acomodaban en mi cabeza. Mi primer impulso fue volver a mi casa de Madrid, pero ya que tenía una maleta con una cantidad considerable de ropa y de momento no necesitaba más, decidí que probablemente era más seguro instalarme en un hotel. Así que reservé una habitación en uno de la cadena nh, en el Parque Avenidas, e instalé en una habitación de la segunda planta la base de operaciones desde la

que empezar la investigación que me llevaría a resolver el asunto de la conexión entre las muertes.

Una vez tuve la habitación organizada, decidí pasar por mi casa, para ver qué podía recoger que me sirviese. Pero tuve la precaución de no ir directamente, sino que, ligeramente disfrazado para no ser reconocido pero tampoco llamar la atención (vamos, unas gafas sin graduación, una peluca modelo Guti y algo de vello facial. No era el mejor del mundo, pero seguramente me serviría para evitar una posible identificación. Por si acaso, me senté en una mesa de un bar de la acera de enfrente desde la que veía el portal sin ningún obstáculo, pero que gracias al ligero tinte del cristal y la penumbra de dentro del local, sería casi imposible que alguien me viese y mucho

menos que supiera quién estaba sentado espiando. Y menos mal que se me ocurrió tomarme las cosas con calma y no ir derecho a mi apartamento, porque en las 2 horas que estuve ahí sentado, pude ver a un par de individuos que tenían toda la pinta de estar esperándome, o al menos de vigilar el portal del edificio para ver si me localizaban a mí o a alguien de mi entorno que no hubiesen matado todavía. Además, sé que me estaban esperando porque, para asegurarme, intenté entrar en sus cabezas. Y sí, digo intenté porque no me fue posible obtener nada de ellos. Sabía que, por lo menos hasta el día anterior me funcionaba sin problemas, ya que al registrarme en el hotel, para no dar mis datos, enseñé al recepcionista un carnet falso, no muy bien hecho, y tuve que convencerle a mi manera de que todo era correcto.

Además, cuando vi que al intentar introducirme en las cabezas de los merodeadores veía la neblina y oscuridad que tiempo después percibí cuando traté de entrar en la cabeza de la doctora Tinadonis, probé con el camarero del bar y pude acceder, como se suele decir, hasta la cocina. Nunca me había sucedido hasta ese momento el no poder tomar el control de alguien estando sereno, y eso hizo que en la lista mental de tareas que me había confeccionado pusiese un *tick* de correcto sobre la que había denominado como: comprobar si hay algo raro. Y efectivamente lo había.

Después de varios intentos de meterme en sus cabezas y comprobar que no había manera de sentarme en la sala de mando para ver qué se proponían, decidí alejarme de allí. Así, si estaban

entretenidos esperándome en casa, podría recorrer otras zonas con mayor tranquilidad. O al menos eso esperaba, ya que tampoco me hacía muy bien a la idea de la envergadura de la corporación contra la que me enfrentaba.

Volví al hotel para tratar de comenzar las pesquisas con el ordenador y buscar toda la información posible que se hubiese publicado en los medios sobre los accidentes ocurridos. Que ya sabía yo que no eran accidentes, sino simples asesinatos, y como descubrí después, preparados para que los restos de los cuerpos de los desafortunados que tenían la mala suerte de conocerme (por suerte eran pocos, muy pocos) no revelaran las torturas a las que habían sido sometidos con la intención de que revelaran mi

paradero.

Y seguramente habría caído como un inocente pececillo en la red de los que me estaban buscando si un coche de policía no hubiese puesto la sirena para incorporarse a la circulación saliendo de donde se encontraba estacionado.

La patrulla podía haber acudido por cualquier motivo, pero una alarma se encendió en mi interior. Y tengo que reconocer que se le deben de estar acabando las pilas, porque últimamente no ha hecho más que sonar y avisarme de todas las situaciones que me encuentro. Entré en el hotel, y sin pasar por la recepción me dirigí al bar, tratando de obtener algo de información del camarero, como se ve siempre en las películas. Y debe ser que los guionistas saben algo,

porque efectivamente, gracias al barman me enteré de todo lo que había sucedido, apenas con un par de preguntas y sin necesidad de utilizar mi don. Por lo visto, la encargada de la limpieza había encontrado una puerta de una habitación abierta en el segundo piso, y cuando se asomó, pudo ver que todo estaba revuelto, cuando hacía menos de 1 hora que ella misma había preparado la habitación y la había dejado completamente recogida.

Además, añadió mi locuaz informante, aparte de informar inmediatamente a la policía, el gerente del hotel se acercó a las instalaciones donde se guardaban imágenes de las cámaras de seguridad para ir preparando el material que seguramente sería requerido por la policía, y observó que estaba todo

reventado, y los discos duros donde se guardaban los vídeos, desaparecidos. Ahora se había pasado de un simple robo menor (o hurto, dependiendo de si la puerta había sido forzada o no) a un delito mucho más serio.

Después de dar las gracias por la información, me despedí y me largué de ahí lo más rápidamente posible sin levantar sospechas. Ya en la calle, intenté comprender cómo podían haberse enterado de dónde me encontraba, ya que había dado datos falsos imposibles de rastrear. La única posibilidad que quedaba era que había usado, aunque ligeramente, mi poder para facilitarme el registro en el hotel. No tenía ni idea de cómo podrían rastrearme ni si eso sería posible de alguna forma, pero teniendo en cuenta que

yo era capaz de manejar a las personas a mi antojo, cualquier opción era factible.

No sabía qué hacer: no podía refugiarme en mi casa, no podía ir al hotel y tampoco podía valerme de mi poder. Por suerte, todavía me quedaba dinero de mi última retirada de fondos, así que por ese lado podía estar más o menos tranquilo. Y como recurso desesperado, podía utilizar mi tarjeta en algún cajero: en el supuesto de que controlasen las comunicaciones bancarias y tuviesen acceso a esta información tan reservada, ya sabían que estaba en Madrid, así que tampoco iban a conseguir mucha información. Sólo tenía que tener cuidado y alejarme lo más posible para utilizar mi tarjeta. Así incluso podría crear pistas falsas.

Así, dicho y hecho, me dirigí a un motel del centro

de Madrid, cerca de la plaza de Santa Ana donde sabía que un billete mostrado en el momento preciso serviría como equivalente al carnet de identidad que obligatoriamente tendría que presentar en un hotel de mayor categoría y no sería necesario utilizar mi poder para conseguir una habitación.

Ya en la calle del Príncipe entré en uno de los moteles junto con una pareja que por la forma de comportarse tenía más prisa que yo en encontrar algo de intimidad para poder dar rienda suelta a los instintos más animales (y placenteros) que insinuaban sus caricias y la proximidad de sus cuerpos. Así, decidí dejarlos pasar y que fuesen atendidos primero, con la idea de que al no haber ningún testigo, el encargado de la recepción pondría menos reparos para aceptar el

pequeño soborno a cambio de no mostrar ninguna identificación. Y efectivamente así fue. La única petición que hice fue que me facilitase una habitación lejos de la de la pareja que acababa de entrar, ya que necesitaba descansar y seguramente el dormir placenteramente no estaba entre las ideas que en estos momentos se agolpaban en las mentes de los ansiosos amantes.

Acomodado, por decir algo, en una cama en la que casi a simple vista se podían contar el número de muelles con que habían confeccionado el colchón hace algo más de doscientos años, comencé a trazar lo que con el tiempo (y con mucha suerte) trataría de que se convirtiese en algo parecido a un plan.

EL RETO

- ¿Y cómo puedes colaborar en algo así? - La pregunta me ronda la mente desde que ha comenzado a relatarme las atroces investigaciones que se llevaron a cabo con los primeros sujetos... no, sujetos no, personas. Eran personas. Las primeras personas que se vieron sometidas a estos tratamientos experimentales y no puedo retenerla en la boca, así que la expulso, cargada de resentimiento, pena, ira,...

- No lo sé. Supongo que como al principio desconocía todos estos datos, me metí tanto en la

investigación que más tarde, cuando finalmente he sido consciente de toda la historia ya no podía dejarlo... – contesta ella, con un tono a medio camino entre la disculpa y el intento de auto convicción.

- ¿Que no podías dejarlo? ¿Te enteras que han matado a gente, a cientos de personas, en los pasos previos y no puedes dejarlo? ¿Pero qué me estás contando? - me doy cuenta de que he levantado la voz y algunas cabezas de clientes se giran disimuladamente para obtener más detalles de esta pareja que está discutiendo.

- No es tan sencillo. No sabes lo que se ha avanzado, los logros que se han conseguido... son el sueño de cualquier biólogo. - sus excusas no me convencen, a pesar de que su cara sí que parece

mostrar algo de arrepentimiento, no puedo quitarme de la cabeza la cantidad de cadáveres que hay en las cunetas de los caminos que nos han traído hasta este bar. Desde los primeros desdichados que no sabían a lo que se enfrentaban cuando eran reclutados para ser los conejillos de indias hasta todo aquel que se había cruzado en mi camino y había caído víctima de mis intereses. Y sobre todo a mis padres. Y a Mercedes.

Llevo una temporada sin dedicar a Mercedes todos mis minutos del día y había conseguido asomar la cabeza del pozo en el que me había caído. O tirado. Pero después de escuchar las atrocidades contadas por Eva, la mente ha jugado con el tiempo y me parece que ha sido ayer mismo cuando le he cerrado los ojos con una mano mientras con la otra cogía la suya y mis

lágrimas empapaban la cama, acompañado únicamente por el pitido de la máquina a la que estaba conectada. El recuerdo, tan vívido y tan nítido, me roe por dentro y hace que mi determinación sea inamovible: debo convencer a Eva de lo necesario que es destruir la organización entera, desde dentro, y que no quede nadie que pueda hacer uso de las abominaciones que se han conseguido con la sangre de tantos. No puede quedar nada en pie.

En mi cabeza se empieza a formar algo que, si aplicamos el término con mucha generosidad y si lo regamos y cuidamos bien puede que se convierta en un plan. He comprobado que los que realmente están enterados de lo que pasa ahí dentro o tienen un puesto importante en la organización, son inmunes a

mi poder y pueden bloquearme.

- Eva, ¿cómo es que no puedo acceder a tu cerebro como al del resto de personas? ¿Es por algo que tomáis?

- Sí. Es un compuesto que, todavía no entendemos bien por qué, crea una especie de barrera que no puedes atravesar.

- ¿Y cómo tomáis esa droga? ¿Unas pastillas diarias? ¿La introducen en el agua?

- No, nada de eso, ya que podría darse el caso que se te olvide tomar tu dosis diaria, o que te traigas el agua de fuera o cosas por el estilo. Al principio sí que se hacía así, pero hubo ciertos... problemas.

- ¿Y cómo es ahora?

- Cuando entramos a trabajar aquí nos inyectan un dispositivo subcutáneo con un tiempo de vida de unos 10 años.

- ¿qué?

- Que nos meten una especie de píldora bajo la piel que va soltando las proteínas en el cuerpo humano durante 10 años. Mes arriba mes abajo.

- No, si eso lo he entendido. El “qué” era porque me has fastidiado lo que pensaba que podía ser un plan.

Vaya. El pequeño brote que pensaba que se iba a convertir en el plan que desbaratara la organización entera ha sido arrancado casi antes de empezar. Parece que voy a tener que pensar más de dos minutos sobre cómo destrozar una empresa como esa.

Quién lo iba a imaginar.

- Eva... ¿me ayudarías a acabar con ellos?

- ¿Cómo acabar? ¿a qué te refieres con “acabar”? ¿y con “ellos”?

- Pues impedirles que vuelvan a hacer esto. Caiga quien caiga.

- No sé. He dedicado muchos años de mi vida a

- Sí, a putear a gente. A matar a personas. A desproveerles de toda humanidad.

- Dicho así parece malo.

- ¿Pero qué dices? - otra vez he levantado la voz, y ahora nos miran directamente- Claro que parece malo – añadido bajando de nuevo la voz hasta un tono que

casi podría parecer normal para alguien con ligeros problemas de audición- es que es malo, joder. Que os estabais cargando a gente.

- Me refiero a que cuando estás metido en ello, no te paras a pensar en las repercusiones que puede tener lo que haces... simplemente lo haces.

- Sí, lo mismo pensaba Paul Tibbets cuando sobrevoló Hiroshima: simplemente llevo un avión, no hago nada malo.

- No me compares, por favor. Yo trabajo en investigación científica

- Sí, y él estaba convencido de que lo que hacía también era correcto, ya que era una acción de guerra... pero vale. Ya paro. Veo que no puedo contar

contigo.

- No, no es eso, es sólo que...

- Gracias por el café – dije levantándome. Eva me sujeto la mano

- Espera – me pidió. Y de nuevo vi en sus ojos aparecer algo que quise interpretar como arrepentimiento, más que nada porque yo tampoco quería irme. Creo que podría hacer cualquier cosa que me pidiera si me miraba directamente a los ojos. Eso sí, tenía que hacerme un poco el macho alfa, o el hombre duro, o como se quiera expresar, que se supone que estoy en medio de una cruzada contra una organización infame.

- No. Si no puedo contar contigo, no voy a perder el

tiempo intentando convencerte. Ha sido un placer conocerte, pero creo que nuestros caminos, a partir de aquí toman direcciones opuestas. -

- Sentidos, sentidos opuestos. Las direcciones no pueden ser opuestas.

- ¿Qué?

- Que las direcciones pueden ser paralelas, perpendiculares, se pueden cruzar o cortar, pero que lo que son opuestos son los sentidos.

- ¿Quééé?

- Perdón. Es que a veces me puede mi parte científica. Lo siento. - Y parecía que lo decía de verdad, por el rubor que se asentó en sus mofletes. Lo que la hacía más adorable incluso. Cuidado, que estoy

bajando la guardia.

- Mira, si quieres quedamos otro día y me explicas eso de las direcciones, los sentidos y demás, pero ahora tengo algo ligeramente más importante entre manos, que es elaborar un plan para cargarme a esos malnacidos. Y si no estás conmigo, creo que mejor no te comento lo que tengo en mente. - más que nada porque no tengo nada, claro.

- Trata de entenderme. He sido parte de ellos durante muchos años, y hasta ahora no había conocido a ningún sujeto de...

- Sujeto no. Repite conmigo: persona

- De acuerdo. Eres la primera persona que conozco en carne y hueso y no a través de cifras en una

pantalla de ordenador. No puedes pretender que en medio minuto tome una decisión como esta.

- Te entiendo, pero también tienes que tratar de comprender que... oye, ¿qué es ese gentío? – Mirando por la ventana veo que hay una aglomeración de gente en la calle, cerca de la puerta pública por la que he accedido a la clínica.

- ¿Cuál? Ah, esos de ahí. Se suelen reunir de vez en cuando delante de esa clínica de ahí. Parece que en ella se practican abortos y son de una asociación de esas provida.

De nuevo tengo esa sensación en la cabeza, de tener alguna idea de lo que hay que hacer, pero sin estar todo bien definido.

- Eva, ¿sabes si la organización tiene otras sedes por ahí, si esta es la central o cómo está distribuida por el mundo? - mientras lanzo la pregunta, mi cabeza está funcionando a todo su potencial.

- ¿Mundo? No, qué va. Que yo sepa sólo estamos en España, y aquí creo que sólo hay dos, una en Madrid, la de ahí enfrente y la otra en Barcelona, también en el centro. ¿Por qué lo preguntas?

- Nada, una pequeña idea que me está rondando la cabeza. ¿Y sabes toda la información cómo o dónde la guardan?

- Eso ya es más complicado, porque creo que nuestros ordenadores, quitando alguno suelto, son terminales “tontos”, que se conectan con un servidor

que almacena todo, pero ese ni idea de dónde está.

Pero te repito, ¿para qué quieres saber eso?

- Sólo puedo contestarte si me vas a ayudar. ¿Te has decidido? - creo que el tono que he puesto en la pregunta me ha descubierto, y ha dejado entrever las ganas que tengo de que la respuesta sea afirmativa.

- No, aún no. Creo que necesito consultarlo con la almohada. Tengo ahí dentro los últimos años de mi vida, donde me he formado profesionalmente y donde... - su voz se ha convertido en un hilillo que apenas se oye.

- ¿Dónde qué? - pregunto, porque me temo que si en esa frase ya ha apuntado los temas profesionales, únicamente le quedan por referirse los personales. Y

no quiero oírlo.

- Nada. Que mañana creo que te podré contestar. -
ha bajado la cabeza y está mostrando un interés inusitado en la estructura del azúcar que ha quedado sin disolver en el fondo de su taza, como si tratase de adivinar su futuro en los posos cual adivina.

- Puede que mañana no esté vivo. - sé que suena melodramático, pero en parte tengo algo de razón. - los que me han estado persiguiendo estos últimos años puede que sigan detrás mío, y puede que esta vez no consiga despistarles.

- Lo dudo. -sigue con la mirada baja. Su azúcar debe de ser mucho más interesante que el mío.

- ¿Por qué lo dudas? Me han acosado durante

mucho tiempo.

- Ya, pero era para traerte a donde estás ahora, así que no tiene mucho sentido que te sigan buscando, ¿no? - Estoy tentado de pedirle su taza, ya que debe ser tremendamente interesante.

- Que te crees que voy a volver ahí dentro, ahora que ya sé todo lo que pasa. - me levanto de la silla y me despido – hasta mañana, Eva.

- No podemos dejar que te vayas. - levanta la cabeza y veo lágrimas en sus ojos. Gira la cabeza y mira a una mesa no muy alejada. Asiente. Vuelve a mirarme y fija su pupila en la mía. Sus labios esbozan un discreto “lo siento” que sólo yo soy capaz de captar.

Las dos personas que estaban sentadas se han

levantado y se acercan a nuestra mesa. Uno tapando la única vía de escape hacia la puerta de salida y el otro viniendo directamente hacia mí, con una mano en actitud conciliadora, mientras lleva la otra pegada al cuerpo, tratando de ocultar un aparato que no tiene buena pinta, al menos en lo relacionado a mi integridad. Como me imagino que ambos estarán tratados con la droga que les hace inmune a mi poder, ni siquiera intento manejarlos, sino que entro directamente en la cabeza del camarero y le obligo a lanzar las tazas, vasos y platos que tiene a su alcance. La estratagema surte efecto, y los dos secuaces se sorprenden y desvían su mirada unos segundos para intentar esquivar la lluvia de proyectiles que están sufriendo. Aprovecho esos instantes y lanzo una silla contra el ventanal de la cafetería, como hacen en las

películas. El único inconveniente es que yo debo de encontrarme en una de humor, porque si ya en un día normal, estando relajado, mi puntería es pésima, ahora, con la tensión del momento, he lanzado la silla contra el marco de la ventana, ha golpeado con parte del respaldo y ha vuelto hacia mí como si en el tiempo que he estado sentado encima de ella se hubiera encariñado conmigo y no quisiera separarse. Por suerte, aunque mi puntería está al mismo nivel que la de un recién nacido, mis reflejos no tienen nada que envidiar a los de una gacela en la sabana escapando de una leona, así que cojo la silla al vuelo según viene y, apuntando mejor, me lanzo con ella a través de la ventana, ahora sí, pasando limpiamente. El problema es el aterrizaje, de lo que me doy cuenta demasiado tarde, mientras estoy en el aire, y caigo encima de la

silla, pegándome un golpe en las costillas que me deja sin respiración, doblado encima de ella.

Los esbirros (bonita palabra, tendré que buscar en el diccionario, cuando tenga más tiempo, si se puede aplicar a los dos tipos que me quieren atrapar, pero hasta que descubra lo contrario, la utilizaré con ellos) se han girado y parece que ahora no prestan atención a la lluvia de la vajilla. Lluvia que, al quedarse el camarero sin munición, ha amainado bastante. Me introduzco a toda velocidad de nuevo en su mente y le vuelvo a dar la orden de lanzar todo lo que pille. Me obedece de la mejor forma posible, que es lanzando botellas a las cabezas de los tipos que intentan atraparme. El daño que puede hacer una buena botella de anís “El Mono” es bastante superior al

causado por un platillo de café, así que esto obliga a los hombres a buscar refugio. Además, tras años de lanzar las chapas de las botellas al cubo de la basura desde la otra esquina de la barra del bar han dotado a mi protector de una puntería envidiable. Tanto es así que ha acertado de pleno con un DYC de ocho años en la cabeza de uno de ellos. Y los que opinan que el whisky de esta marca no sirve para nada, tengo que comentarles que como defensa personal está muy infravalorado. Un golpecito de una botella y un maromo de unos cien kilos de músculo y mala leche se echa una siesta. Eso sí, estoy convencido de que tanto ingerido como tomado por vía “occipital”, cuando te despiertas notas el mismo dolor de cabeza. Pero no me voy a quedar para preguntárselo al incauto. Principalmente porque el otro individuo se acerca a

por mí, y puedo ver que el artilugio que antes intentaba ocultar con su cuerpo es un táser, una pistola eléctrica, con la que me podría dejar K.O. y llevarme a la clínica para seguir con los experimentos. Así que me levanto y echo a correr, o al menos lo intento, porque mi cuerpo ha decidido que necesita unos minutos para recuperarse completamente del golpe con la silla. Para intentar despistarlo, me acerco al grupo de personas que protestaban delante de la clínica abortista, tratando de mezclarme entre ellos. El problema es que mi perseguidor se puede mover más ágilmente que yo, y está a punto de atraparme cuando, en un intento desesperado, me meto en la mente de un manifestante y le obligo a pegar al tipo que está a menos de un metro de mi espalda.

El armario que intenta atraparme se deshace de su agresor en escasos segundos, pero suficientes para dirigir a varias de las personas que tengo alrededor contra él. De uno se puede defender, pero de cinco o seis personas no. Aprovecho para calentar los ánimos, gritando

- A por él, que es uno de esos que mata niños

y antes de que termine la frase, veo que le han tirado al suelo y está atrapado con una veintena de cuerpos encima suyo, impidiéndole continuar con la persecución.

Me escabullo, entre el gentío y un par de calles más al norte me monto en un taxi, y le doy una dirección en la otra punta de la ciudad.

PLAN DE ATAQUE

- Mierda

Me pego un golpe en la frente cuando me doy cuenta de que he dejado a Eva en el bar, sin ninguna posibilidad de ponerme en contacto con ella.

- Mierda, mierda

Ahora no voy a contar con ninguna ayuda desde dentro. Me había hecho ilusiones sobre los dos luchando contra el imperio del mal, como Luke y Leia. Bueno, como esos no, que son hermanos. Mejor como

Bonnie y Clyde. Aunque con un final mejor, a poder ser. Pero bueno, siempre he estado convencido de que la lucha la tendría que llevar a cabo yo solo, así que, aunque por unos momentos me he hecho ilusiones, al final vuelvo a estar como al principio. Y ahora a elaborar el plan.

- Señor, le está sonando el móvil

Es el taxista, que me ha sacado de mi ensimismamiento (o se diría ¿enmimismamiento al tratarse de mí mismo?) porque mi teléfono ha cobrado vida. Dada mi solitaria existencia, creo que es la primera vez que me suena en muchos años, y de hecho ni sabía la melodía que tenía para las llamadas, que será la que venía por defecto. Miro la pantalla, para ver quién puede ser, y sólo me sale un número, sin

ninguna otra identificación. Pulso el botón de la derecha para descolgar y contesto:

- ¿Sí?

- Eh... esto... hola.

- ¿Pero cómo tienes los cojones de llamarme? - es Eva. Y al escuchar su voz, que a pesar de llegar hasta mi oído después de haber atravesado infinidad de aparatos electrónicos he podido reconocer, he tenido dos vuelcos: uno en el corazón al escuchar su voz y otro en las tripas al recordar que me ha entregado a los “malos”, que toda la conversación era sólo teatro.

- Espera, no me cuelgues. No podía hacer otra cosa.

- o es muy buena actriz o realmente está arrepentida, por el tono y el temblor de su voz, y por cómo se

entrecortan sus palabras. O todos esos aparatos electrónicos atravesados hace tiempo que no son nuevos.

- Escucho tus disculpas.

- Mira, no podía hacer otra cosa. Cuando salimos de la clínica, aunque no te diste cuenta, íbamos escoltados por los dos del bar. Además, yo llevo muchos años trabajando ahí, en cambio a ti te conozco desde hace menos de 24 horas. No sé cómo reaccionar, no sé qué hacer. - las últimas palabras las pronunció entre sollozos.

- Es fácil. Haz lo correcto - si me ponía en su lugar, podría llegar a comprenderla, pero ni por asomo me lo quería permitir. Si empiezo por compadecerla, igual

acabo renunciando a mi venganza, y eso es algo que no podría soportar. Es algo que no puedo permitirme. Tengo que hacer saltar todo por los aires -. Sigue ahí dentro matando gente o ayúdame. Simple.

- No, no es tan fácil. Hasta ahora no había conocido personalmente a nadie involucrado en las investigaciones, y me había resultado sencillo justificarme, pero al conocerte, al tratar con alguien afectado de primera mano... Creo que sé lo que quiero. Y es ayudarte. Tienes razón.

- Pues nada, maja, cada uno por su la... ¿qué? ¿que me vas a ayudar?

- Sí, creo que es lo que tengo que hacer. Si no te echo una mano para destruir todo esto creo que,

ahora que me has abierto los ojos, no podré volver a dormir tranquila.

- Me alegra mucho que hayas tomado la decisión correcta. Ahora sólo nos queda por hacer una cosa: llevar a cabo el plan.

- ¿Tienes ya pensado algo? - noto que la pregunta ha sido lanzada con una mezcla de sorpresa y esperanza - ¿Sabes ya cómo vamos a atacarles? - más sorpresa - ¿Has podido pensar en este tiempo en todos los problemas e inconvenientes que pueden surgir? - demasiada sorpresa. Y ya no hay un atisbo de esperanza en sus preguntas, como si realmente lo que quisiera decirme fuera: “pero vamos a ver, no tienes ni idea de cómo funciona todo, el número de personas que hay, la infraestructura de las instalaciones ¿y ya

sabes cómo arreglarlo todo?” Y de hecho es lo que me dice.

- Bueno, vale, rectifico, ahora sólo nos quedan dos cosas por hacer: trazar un plan y llevarlo a cabo.

- Es decir, que no tenemos nada. - ¿puede ser arrepentimiento por la decisión que acaba de tomar eso que noto en su voz? Tengo que animarla como sea. El problema es que ese “como sea” es un tanto escurridizo y no consigo atraparlo.

- No, no vamos con las manos vacías ya que tenemos tres cosas muy importantes: tus conocimientos de la empresa que nos permitirán adentrarnos en ella y desarticularla, mi poder, que facilitará nuestras acciones y nuestra resolución para

llevar a cabo lo que creemos que es justo, lo que consideramos que tenemos que hacer para librar al resto de personas de la tiranía de una corporación que no duda a la hora de utilizar a seres humanos como cobayas, lo que sabemos que es lo correcto para borrar del mapa y de la historia una compañía sin escrúpulos que lo que pretende es gobernar, ansía el poder de controlar el mundo, y no duda en usar todos los medios a su alcance para lograrlo. - me siento bien, me suena a la típica arenga del general a los soldados antes de la batalla, a las frases de Braveheart antes del combate, a los ánimos de Máximus antes de salir a la arena de gladiadores, al discurso de Leónidas antes de mandar a sus espartanos a la lucha,... De hecho he estado a punto de incluir un final tipo: “esta noche cenaremos en el infierno”, o “pueden quitarnos la

vida, pero jamás nos quitarán la libertad”, o incluso un “lo que hacemos en la vida tiene su eco en la eternidad”. Y estaba a punto de decantarme por esta última. Menos mal que he tardado un segundo de más en decidirme, porque aunque no lo había notado, tenía un jarro de agua fría encima de mi cabeza y se iba a derramar en un momento.

- Pues entonces no tenemos nada – me contesta Eva, bajándome del pedestal en el que me he subido y revolcándome un poco por el barro – tu poder no sirve de nada ahí dentro, porque todos somos inmunes; mis conocimientos se ciñen al tema científico, así que no sé nada de la distribución territorial, de los sistemas informáticos en los que guardan los datos, de la seguridad, de posibles ramas desplegadas,... vamos,

nada de nada; y la resolución se me está yendo, viendo que nos enfrentamos contra una muralla por la que no podemos trepar.

- Jóder. Dicho así parece que no tenemos nada que hacer.

- Es que no tenemos nada que hacer. Somos dos hormiguitas contra una manada de elefantes.

- Pero las hormigas pueden picar, y pueden molestar y si me apuras hasta pueden contagiar alguna enfermedad que haga que toda la manada enferme y así acabar con todos ellos.

- ¿Me estás hablando en serio? ¿Qué tienes en la cabeza para hacer esa metáfora?

- Oye, que la que ha empezado a meter animales en

la conversación has sido tú. Pero bueno, realmente no sé ni lo que digo, tengo la cabeza a mil – y en parte tenía razón, porque me había puesto a hablar sin pensar. Las palabras iban directamente desde algún punto dentro de mí hasta mi boca y salían por ella sin pasar antes por el cerebro para cribarlas y sacar sólo las que tenían algún sentido.

- Lo que creo es que tenemos que vernos, para poder pensar muy bien lo que podemos hacer.

- Sí, claro, en el bar de enfrente de tu oficina, ¿no? ¿Y vas a llamar a tus amigos? Ni loco vuelvo a quedar contigo. Todavía no sé si me puedo fiar de ti – a no ser que me lo pidas otra vez, claro, añade mi cabeza, pero por suerte, para mantener mi fachada, las palabras no se escapan de mis labios.

- Ya te he dicho que ayer no tenía otra alternativa.

Pero ahora podemos quedar en el sitio que tú prefieras, como tú quieras.

- ¿Donde yo quiera y como yo quiera? - Si no fuese porque soy una persona adulta y completamente responsable, pegaría un salto y gritaría un gran yuju. Aunque claro, de ahí sólo es cierto la mitad, lo de que soy adulto, así que podría hacer la mitad. Pegué un salto en el asiento, golpeándome la cabeza con el techo y comencé a hacer gestos como se suelen ver en los vídeos de humor de los jugadores de fútbol americano cuando marcan un ensayo. Entonces giré la cabeza, me vi en el reflejo de la ventanilla y por el retrovisor veo la cara del taxista, y me doy cuenta de que no estoy solo. Me siento correctamente en la

parte trasera del taxi y continuó con la conversación.

- Vale, Eva. ¿Conoces el hotel de las Letras, en la Gran Vía?

- Ehhh.. no, no me suena. Pero si está en la Gran Vía, lo encontraré. Pero,... ¿un hotel? ¿Qué pretendes?

- De momento nada. Si quieres venir, nos vemos allí en 3 horas.- Mi cabeza echaba humo, planeando cómo quedar con ella sin riesgos para mi integridad. -
Pregunta en recepción por el señor... Kobayashi.

- Koba..¿qué?

- Kobayashi.

- Ah, como el de Sospechosos Habituales.

- El mismo. En 3 horas. A las 14:30.

- Ok, nos vemos. Pero eso son menos de 3 horas.

Son 2 y cincuenta minutos.

- Ya, pero por redondear.

- Vale. Hasta luego.

Ahora me toca planear el encuentro para que nada se tuerza.

Lo primero es asegurarse de que nadie está siguiéndola. Y no sé muy bien cómo hacerlo. No he sido adiestrado para descubrir posibles espías, ni tengo muy claro qué es lo que puedo hacer para desenmascararlos.

Yo debería estar en algún lugar que me permita ver y supervisar toda la situación, pero a la vez debería tener vías de escape fiables.

Me imagino que si la obligo a realizar maniobras extrañas, giros bruscos y demás, podré ver si hay alguien tras ella. Si la digo que se pare en algún escaparate, o que cruce varias veces la misma calle, si hay alguien siguiendo sus pasos, debería resaltar como una luz de navidad en la noche. Sí, algo así haré.

ALLÁ VAMOS

Han pasado 3 horas. Bueno, casi, ya que son las 14:35. Saco mi móvil del bolsillo de mi chaqueta y marco un número de teléfono que tengo apuntado en un papel. Contestan al cuarto tono.

- ¿Hola? ¿Eres tú?

- Sí, soy Kobayashi.

- ¿Por qué lo haces tan difícil?

- ¿Te recuerdo lo que sucedió en el bar donde estuvimos hablando?

- Vale, como quieras.

He comprado un móvil de tarjeta. Sí, comprado, con dinero. Y hasta he facilitado al vendedor mi D.N.I. verdadero, como hay que hacer ahora con la nueva ley que sacaron para prevenir no sé qué tonterías. Vamos a ver, si alguien la quiere liar bien gorda, seguro que tiene una forma de conseguir un teléfono móvil sin dar sus datos, así que realmente el que un ciudadano normal dé sus datos personales sólo sirve para crear una falsa sensación de seguridad. Como decía, he comprado un móvil y lo he dejado, envuelto en papel de regalo, en la recepción del hotel con la petición de que se lo entreguen a la mujer que pregunte por el señor Kobayashi, sobre las 14:30. El joven recepcionista al principio se ha mostrado un tanto

reticente, pero previendo que podría pasar esto, el papel de regalo que he escogido era de corazones y lo he adornado con todas las pijadas que he encontrado que me parecían más ñoñas, y le he asegurado que era un regalo para mi novia, que hoy hacíamos 5 años y era una ocasión especial. Únicamente he tenido que recurrir a mi labia y no a mi poder, de lo que me siento orgulloso.

He dado cinco minutos de cortesía para prevenir posibles retrasos y he llamado al móvil recién adquirido.

- Por cierto, ¿qué le has dicho al recepcionista? ¿Y qué le has hecho?

- Nada, tranquila. Ahora, cruza la Gran Vía y tira

para Chueca.

- ¿Cómo?

- Es para asegurarme de que no te siguen.

- No me siguen

- No es que no me fíe de tí – que no me fío, al menos no del todo – es que no me fío de tu habilidad para detectar si te siguen o no.

- De verdad, Sr Kobayashi, debería ver menos películas.

- Si me sirven para mantenerme vivo, me veo hasta las de Uwe Boll si hace falta.

- ¿De quién?

- Nada, sigue andando.

Desde la azotea del hotel de Las Letras puedo ver cómo cruza la calle. Es imposible, con la de gente que hay, detectar si la están siguiendo. Aunque unos armarios de 2x2 y con el pelo rapado como me imagino que serán los secuaces que envíen a por mí deberían de ser fáciles de identificar, pero estas cosas no son tan sencillas como las presentan en las películas, que los protagonistas son capaces de identificar a los “malos” en una concurrida estación sin fallar nunca. Siempre, cuando me enfrento a una situación de este estilo (que cada vez se da con mayor frecuencia), me acuerdo de una secuencia de una película de la que lamentablemente no recuerdo ni el título, ni los actores ni nada, sólo lo que dicen. En ella,

el espía veterano está dando clases al novato, y la lección que se me quedó grabada es una en la que le hace andar por una calle con gente y el aprendiz tiene que identificar a los agentes que le están siguiendo. Cuando termina, muy ufano, señala a varias personas, convencido de que ha dado en el clavo. El experto le dice que realmente no había nadie detrás de él, que todo el mundo eran personas normales que ni siquiera sabían quién era él, así que nunca diese por sentado que había descubierto a todos sus perseguidores, porque nunca podría estar completamente seguro.

Dejo que avance un poco. No hemos cortado la comunicación, así que la puedo ir dando órdenes sobre la marcha. Puedo ver que ha hecho uso del sistema de manos libres que venía incluido en la caja,

y que consiste en un pequeño auricular con un micrófono a media altura del cable que lo une con el aparato.

Se me ocurre que si la mando dar la vuelta, y volver por donde ha venido es más fácil ver si hay alguien que está pendiente de sus pasos, así que se lo comunico. Vuelve a pararse en el semáforo para volver a cruzar en sentido contrario. El resto de peatones parece seguir a sus cosas, sin prestar demasiada atención a lo que hace Eva. Bueno, salvo cuando se cruza con algún hombre que vuelve la cabeza para mirarla una segunda vez. Sí, es bastante atractiva.

Cuando veo que ha cruzado y que enfila hacia la recepción del hotel, le digo que entre al bar restaurante del hotel y se pida una consumición.

- ¿Y qué tengo que pedir?

- Lo que quieras.

- Ah pero, ¿eso lo dejas al azar?, ¿no tienes también un plan para eso?

- No seas graciosa.

Estoy un rato mirando a la gente en la acera. Parece que nadie está siguiendo los mismos pasos que la señorita Tinadonis, así que vuelvo a hablar con ella.

- Sal y vuelve a cruzar

- No me he tomado mi cerveza

- Da lo mismo, sal y cruza

- Ni la he pagado

- Pues paga y vete por favor

- No tengo dinero

- ¿Cómo? - las pulsaciones me han subido en un

segundo hasta alcanzar un ritmo que tiene pinta de

ser poco saludable. - ¿Que no tienes dinero? - digo casi

gritando. Algunas de las personas que se encuentran

disfrutando del sol en la terraza, que ya están un poco

escamados de mi extraño comportamiento, intentan

disimular, sin mucho éxito, que se interesan más por

mi conversación telefónica que por lo que sucede en

sus aburridas mesas.

- Tranquilo, era broma. ¿Ves como por mucho plan

que tengas, se te puede chafar en un momento?

- Por favor, sal, cruza y enfila para Chueca.

Nadie ha entrado al hotel, al menos nadie con pinta sospechosa, y cuando la veo cruzar de nuevo la calle no parece que haya nadie siguiéndola.

Cuando me confirma que ha llegado a la plaza de Chueca bajo de la azotea y me dirijo al Mercado de San Antón. Subo también a su terraza para ver cómo llega, aunque ya estoy casi convencido de que ha venido sola. Y de todas formas, si han conseguido mantenerse escondidos hasta ahora, creo que me puedo dar por vencido ya que no creo que sea capaz de descubrirlos.

Le doy las instrucciones para que llegue hasta el mercado, ya que no sabe dónde está. Quedamos en la segunda planta, en la que podemos tomar un refresco, comer algo y vigilar quién viene mientras mantenemos

la conversación en la que discutimos el plan maestro que nos llevará a desmantelar toda la organización.

Pedimos nuestras consumiciones, yo una cola y ella una cerveza y pedimos algo de comida en los puestos de foies y en el sushi. Una combinación que evoca ciertos recuerdos de un pasado que nunca descansa, que cada poco tiempo se da una vuelta por el presente para ver cómo está todo y comprobar que todavía se le tiene en cuenta. Y empezamos a trazar los primeros esbozos de lo que esperamos que sea la acción que acabe con todo lo que nos ha traído hasta donde estamos. Expongo mis ideas, y con gran sorpresa por mi parte, las interrupciones de Eva no me sacan de quicio, ya que veo que realmente está intentando que este plan llegue a buen destino.

- Mira, como no sabemos cuánto se ramifica todo esto, he contactado con un friki de los ordenadores amigo mío. Bueno, él prefiere el término *geek*, que dice que realmente refleja mejor lo que él es, pero sinceramente, es un jodido friki. Y me ha pasado un programa en un pincho – ante la cara de sorpresa que pone, me corrijo- en un pen-drive. Me ha dicho que con sólo enchufarlo a un ordenador de los que utilizáis para trabajar, siempre y cuando esté conectado a la red, se puede meter hasta la cocina. Bueno, él utilizó una mezcla de términos técnicos y escatológicos, pero te los ahorro.

- Gracias

- De nada, sigo. Pues bien, con ese programa, podremos acceder a todo, y cuando digo todo es todo

lo que esté en algún ordenador de la red, y así hacernos una idea mejor de cómo atacarles. Una vez que sepamos hasta dónde

- Espera. ¿Podremos acceder a todo desde cualquier ordenador? ¿Desde un ciber, desde casa, desde donde sea? ¿cómo?

- Sí, desde cualquiera en el que nos instalemos un programa que, a modo de navegador, nos permitirá conectarnos al ordenador como si lo hiciésemos físicamente, como si estuviéramos ahí. - Al menos eso es lo que me ha quedado de toda las explicaciones que me estuvo lanzando mi amigo, como si yo entendiera algo de todas las palabras que estaba utilizando, como ipes, subredes, uvepenes,...

- ¿Y te fías de ese friki amigo tuyo?

- Lo suficiente, ¿por qué lo preguntas?

- Porque si nosotros podemos acceder a todo, me imagino que él también podrá. Y verá todo aquello que nosotros queremos cargarnos, ¿no? ¿No es un poco peligroso contar con alguien de fuera para esto?

- Hombre, le conozco, y tiene acceso a cosas más importantes.

- ¿Más que convertirse en súper héroe?

- O morir en el intento, como tantas otras personas.

Y tiene acceso a las bolsas de los principales países del mundo, a los bancos centrales y a más sistemas que no me ha querido comentar. No le falta dinero ni poder, así que no creo que ésto le interese mucho.

- No sé si nos conviene dejar ese cabo suelto. Se puede volver en nuestra contra más adelante.

- Tranquila, que no queda suelto.

- Bueno, confío en ti. No sé por qué. Será porque no me queda más remedio. Sigue.

- Gracias. Por dejarme continuar y por lo de que confías en mí porque no te queda otra escapatoria. Eso ayuda a elevar la moral de uno. Bueno, a lo que iba. Cuando veamos lo grande que es todo esto y nos hayamos asegurado de que no nos dejamos nada por explorar, metemos una bomba lógica atómica que...

- ¿una qué? - su cara de extrañeza se parece bastante a la que puse yo cuando mi amigo me contó lo que estaba haciendo y para lo que servía el software

que me estaba facilitando. Pero como quiero dar a entender que tengo todo completamente controlado, repito como si fuese algo tan normal como pedir una baguette en una panadería. “¿Buenos días, me pone dos baguettes y tres bombas lógicas? Y me las envuelve, que son para regalo, por favor.”

- Una bomba lógica atómica.

- No, si no ha sido un problema de audición, si no de entendimiento.

- Una especie de virus que destruya todo, sin posibilidad de recuperación. - Bueno, realmente lo de atómica me lo he inventado yo. Pero creo que el efecto es más contundente y dramático, y que nos inspira más confianza sobre el posible desenlace de nuestra

cruzada.

- ¿Y las copias de seguridad? ¿Qué pasa con ellas?

Sé que se hacen copias diarias y semanales, incrementales y totales, así que también habría que deshacerse de ellas, ¿no?

- ¿Las copias de seguridad? Tranquila, está todo controlado.- Mierda, no había pensado en el jodido backup. Es lógico que guarden duplicados de todo, y a poco inteligentes que sean, y por lo que han montado, lo son, esas copias no van a estar, como en algunos casos que he visto, en las propias máquinas. Que si se estropea el ordenador, te quedas sin acceso a los datos porque has sido tan previsor de poner todos los huevos en el mismo cesto. ¿Cómo vamos a resolver eso? Tendré que hablar otra vez con el informático, a

ver cómo podemos cruzar ese río.

Continuamos hablando un buen rato, yo planteando los modos de ataque y ella sacando las pegas que encuentra, ya que aunque no se conoce todos los recovecos y todos los pasillos de las instalaciones al menos ha estado trabajando ahí durante unos cuantos años, lo que hace que su idea del interior del edificio sea bastante mejor que la mía. Al final, a falta de unos pequeños detalles, tenemos más o menos claro lo que tenemos que hacer. Y lo primero es que, al menos durante un mes, ella continúe como si nada estuviera sucediendo. Con la de años que habían transcurrido, consideramos que un mes más hasta tenerlo todo perfectamente orquestado no sería mucho problema. Así que su

trabajo consistía en simular que no sucedía nada raro. Que no era poco, la verdad. Y el mío era ultimar y cerrar pequeños detalles, como intentar agenciarme un plano del interior del edificio lo más detallado posible, especialmente de las plantas por las que no solía moverse Eva, para tener presente posibles vías de escape, y cuál sería la mejor manera de llegar hasta nuestros objetivos. Aunque lo que veo más complicado es penetrar en el sistema informático y eliminar toda la información sin posibilidad de recuperarla. Menos mal que cuento con una gran ayuda para esto.

ULTIMANDO DETALLES

Ha pasado un mes y 3 días desde la última vez que nos hemos visto en persona Eva y yo. En este tiempo no hemos vuelto a quedar y nuestras pocas conversaciones se han limitado a alguna llamada telefónica en horas fuera de su jornada laboral con el móvil que la facilité para nuestra última cita.

También nos hemos enviado algunos mensajes de correo electrónico, eso sí, cifrados, mediante la técnica de encriptación PGP, para curarnos en salud. Y

obviamente, recomendé encarecidamente a Eva que no los leyese en los ordenadores de la compañía. Ni siquiera en el suyo de casa, ya que lo solía utilizar para trabajar cuando tenía que supervisar algún procedimiento pero su presencia no era completamente necesaria.

En todo este tiempo he conseguido mantenerme oculto para lo que sea que utilizan como detector de mi don. No lo he utilizado para nada. Pero lo he pasado bastante mal. Mi cuerpo está acostumbrado a ello y tenía que hacer uso de toda mi (escasa) fuerza de voluntad. Nunca he tenido ninguna adicción fuerte, ni a tabaco ni a alcohol ni a otras drogas más fuertes o ilegales, pero entiendo la necesidad física y psíquica que sufren los pobres adictos a alguna sustancia.

Aunque seguramente lo que yo siento sea más parecido a la ludopatía, ya que no es algo químico lo que hace que mis células me lleven a meter en mi cuerpo sustancias más o menos nocivas, sino un deseo inconsciente que surge como una pulsión desde lo más dentro de mi ser. Irresistible. Irrefrenable.

Cuando me prometí no utilizar mi don con Mercedes, realmente sí que seguía usándolo con otras personas, así que realmente nunca he estado una temporada larga sin entrar en la cabeza de alguien. Por esto está siendo tan duro. No estoy acostumbrado.

Sobre todo los primeros días he tenido que tumbarme en la habitación del motel donde estoy alojado, con todo cerrado, persianas incluidas y tapones en los oídos, para alejarme de todo estímulo

sensorial y concentrarme en mi propio ser y tratar de eliminar esos deseos que intentan adueñarse de mi mente y de mi cuerpo. La pelea en mi interior que me imaginaba no era nada poética, ni heroica. Si alguna vez alguien tratase de escribir mi historia y tuviese que describir esos momentos, más le valdría echarle bastante imaginación y presentarme como un Hércules luchando contra la Hidra de Lerna, o como a Belerofonte venciendo a la Quimera surcando los cielos sobre la grupa de Pegaso. Pero si me lo preguntase a mí, la imagen mental que se formaba en mi interior y que servía para canalizar mi voluntad era algo bastante más mundano, pero tanto o más complicado que las gestas de los héroes que he mencionado antes: meter un montón de ropa en una maleta y que luego ésta se cerrase sin problemas.

Todos mis instintos y mis ganas de utilizar el don eran la ropa, y la maleta simbolizaba el control que me faltaba.

Sí, lo más duro fueron los primeros días, ya que no había forma de cerrar el maldito equipaje. Ahora ya estoy completamente relajado. Me tuve que subir encima unas cuantas veces, pero al final conseguí echar el cierre. Tal vez porque en mi interior intuía que se acercaba el momento de la verdad, en el que iba a necesitar de todas las fuerzas posibles para liberar más energía mediante mi don de lo que lo había hecho nunca.

Los últimos días hasta podía pasear por la calle, cruzarme con otros transeúntes y únicamente sentir un pequeño cosquilleo que trataba de incitarme a

meterme en sus mentes pero que era fácil y rápidamente desechado de mi cabeza.

Al conseguir controlar el uso del don, volví donde mi amigo, el hacker. Le visité en su casa. Y por cierto que, como suele pasar, la realidad no tiene nada que ver con la imagen mental que nos solemos hacer todos al imaginar al típico colgado de los ordenadores. No estaba en una especie de apartamento cochambroso, a oscuras, con un chándal que apenas consigue contener los abundantes kilos que le sobraban, no. Su casa, normal, está en un barrio nada modesto de las afueras de Madrid. La persona que abrió la puerta, mi amigo, podría pasar por un actor o un modelo: pelo perfectamente cortado, en especial se notaba que las patillas estaban recién arregladas. Moreno, más cerca

del metro noventa que del ochenta. Una ropa que sin ostentar una marca a modo de anuncio publicitario, se veía que era de calidad, y que le sentaba como hecha a medida. También se podía ver, sin necesidad de fijarse mucho pero tampoco haciendo ostentación de ello, que a su cuerpo no le sobraba ni un gramo de grasa. Su trabajo le permitía tener mucho tiempo libre, y se había acostumbrado desde hacía tiempo a ocuparlo en el gimnasio. De hecho, de ahí provenía nuestra amistad: hemos combatido en unas cuantas ocasiones, nos hemos pegado más o menos fuerte, dependiendo del día, nos hemos luxado articulaciones, hinchado los ojos y en definitiva, pasado en grande, ya que igual que la tradición que suelen seguir los jugadores de rugby, el que ganaba invitaba a cervezas y a cenar al otro. Y los dos hemos pagado y recibido más o menos

las mismas. Era, en definitiva, la antítesis del estereotipo de informático lunático que todos tenemos en la cabeza y una muy buena persona con la que mantener la amistad.

En el piso, para seguir rompiendo todas las posibles ideas preconcebidas, las ventanas no están cerradas y con las persianas bajadas, sino que las estancias rebosan luz y todo está perfectamente aireado. La decoración sí que tenía algún toque un tanto friki, como por ejemplo muñecos de la película de la Guerra de las Galaxias, figuras de Marvel, y arte moderno relacionado con la tecnología. Lo único que sí delataba su trabajo era una habitación repleta de ordenadores, todos encendidos, y varias pantallas con sus correspondientes teclados. Y un frío glacial que salía

de un aparato de aire acondicionado para refrigerar el ambiente. Me llevó a la sala. Nos sentamos en un sofá bastante cómodo, me sacó una cerveza y algo para picar y puso un canal de música en la televisión, conectándose a una cadena musical de videoclips, pero bajando el volumen del aparato para tenerlo como música de fondo, música ambiente. Después de las típicas frases de cortesía, interesándonos por la salud del otro y otros tópicos que no alargamos más de lo estrictamente necesario porque ambos sabíamos a qué había venido, le expuse los problemas que teníamos con las copias de seguridad y que queríamos, o más bien, necesitábamos que todo el material que hubiese salido de la compañía quedase destruido. Con una sonrisa de superioridad que hizo que tuviese que concentrarme más de lo que me habría gustado para

no entrar en su cabeza, me explicó que una cosa era lo de las películas y otra el mundo real. Que vale que Bruce Willis y su compañero puedan parar un ataque informático mundial con un nokia viejo, pero eso es cine. Que, como mucho, lo que podía hacer él es meter una especie de gusano (las palabras técnicas no es que no quiera reproducirlas, es que según las pronunció, se me olvidaron) en el sistema que se queda esperando una orden, pero de mientras infecta todo lo infectable: los servidores, los ordenadores de la compañía, los “robots” de backup y los ordenadores que los empleados tengan en su hogar pero que se conecten a la empresa.

Entonces, una vez infectado todo, la especie de virus esa se quedaría latente, esperando una señal,

que podría ser una publicación en una web concreta, que un proceso de ese gusano se encargue de leer diariamente. Una vez despertado, eliminaría todo contenido del ordenador donde se encuentre instalado, al nivel más bajo posible, para que no se pudiera recuperar.

Esta acción presentaba un par de problemas: el primero, que cuanto más tiempo estuviese el gusano en sus sistemas, más ordenadores podría infectar y más nos asegurábamos que toda información que algún trabajador pudiese haber sacado fuera de las instalaciones fuese destruida, pero también crecían las probabilidades de que fuese descubierto. Ésto parecía no preocuparle mucho al genio informático, ya que sería muy complicado que alguien descubriese lo que

había hecho, gracias a que le había puesto tantas capas encima, que era difícil descubrirlo, pero más todavía desactivarlo. Y el segundo, y el más importante era que el virus podía destruir lo que estuviese conectado. Si la persona había copiado algo en un soporte físico que no estaba conectado, como un cd o una memoria externa, no había forma de eliminarlo.

Bueno, no todo iba a ser sencillo, ¿no? Así, por el primer punto decidí no preocuparme mucho. Y por el segundo, Eva me había comentado que el tema de copiar información en la propia compañía era complicado, ya que los ordenadores carecían de unidades grabadoras de cd's o dvd's y todos los puertos usb estaban desactivados para evitar sacar la información en una memoria externa. La única forma

que tenían de copiar la información era si llevaban su propio ordenador y lo conectaban a la red de la empresa, pero todos los archivos iban cifrados y sólo podían consultarse mientras se estuviese conectado a los servidores de la empresa. Además, esta opción sólo estaba disponible para los más altos cargos o para investigadores avanzados, como era el caso de Eva. Así que como todos los frentes que podíamos cubrir en la parte informática estaban contemplados y los que se escapaban de nuestro control, por mucho que demorásemos la acción contra la compañía, no podríamos tenerlos resueltos, con esto tendríamos que conformarnos. Como reza una de mis frases favoritas: si el problema tiene solución, por qué preocuparse; y si no la tiene, para qué preocuparse.

Así que en uno de los correos cifrados envié a Eva el gusano, que era como el pistoletazo de salida de nuestra campaña. Lo instaló en su ordenador, o más exactamente se instaló él sólo, salvando antes toda la información personal que quisiera guardar, ya que la avisé que ese portátil iba a quedar inutilizado, y se conectó a su empresa, con lo que el bichito empezó a extenderse por toda la red. Esto fue hace más de una semana, tiempo más que suficiente para que la propagación hubiese llegado a todos los rincones. O al menos esa era nuestra esperanza, ya que no podíamos dilatar más la espera y arriesgarnos a ser descubiertos.

En el último mensaje que envié a Eva ayer por la tarde la citaba para hoy a la hora de la comida, en el mismo lugar que la última vez.

Había llegado el momento de lanzarse de cabeza a la piscina. Confiemos en que haya algo de agua para no partirnos la crisma.

AL ATAQUE

Corto el paso a Eva antes de que entre en el lugar de la cita. No quiero perder tiempo, ahora que está todo lanzado, todas las piezas están en su sitio y no hay vuelta atrás. O al menos no me puedo permitir el lujo de que la haya.

- Vamos, Eva. Nos vamos directos a las instalaciones de la clínica.- La he cogido del brazo, firmemente, para dirigirla hacia una calle más transitada en la que la probabilidad de que aparezca un taxi sea mayor.

- ¿Seguro? ¿y qué tengo que hacer allí? ¿no era hoy

el día?- de repente se da cuenta de que he dicho que “vamos”, no que ella sola vuelva a su trabajo. - ¿tú también vienes?

- Sí, vamos los dos. Y sí, hoy es el día. - con la mano libre hago un gesto a un taxi para que se detenga. Se para delante nuestro y nos subimos. Le doy una dirección que está en la manzana contigua a nuestro destino real. Veo que Eva me interroga con los ojos, sin tener muy claro lo que me propongo. Esquivando el peliagudo tema principal, la respondo

- Es que no quiero arruinar la sorpresa, por eso que nos deje un par de calles más al norte.

- Ya sabes que no es eso lo que quiero que me cuentes. Dime qué tienes pensado hacer, cómo vas a

conseguir que esto acabe. No puedo seguir así más tiempo.

Puedo ver cómo el taxista nos mira por el retrovisor y una pequeña sonrisa aflora en sus labios. Perfecto, que piense que esto es un tema amoroso, así no pasará de una anécdota más en su taxi y se fijará más en descubrir una parte picante en nuestra conversación que en nuestras caras o nuestro aspecto. Psicología barata: si quieres pasar desapercibido, dales un blanco en el que fijar su atención. Si es una conversación, haz que sea interesante y así prestará menos atención al físico.

- Mira Eva, sé perfectamente el tiempo que llevamos así, y lo tengo todo planeado. Hoy es el día en el que va a saltar todo por los aires, pero ahora no

te puedo contar más. Lo irás viendo sobre la marcha.

- Pero cómo quieres que actúe normal, si sé de antemano lo que va a pasar. No puedo estar ahí, fingiendo que me pilla todo por sorpresa.

Aunque lo ha intentado al principio (con poco éxito, eso sí), el taxista no puede disimular el interés que le suscita nuestra conversación. Sonrío para mis adentros, cosa harto difícil de realizar por mucho que en las novelas lo pongan como algo normal y lo único que consigo es un ataque de tos. Cuando me recupero, veo que ya hemos llegado, y me percató de que el taxista se muestra reacio a perderse el final de la historia. Lo siento, *mon amie*, pero así son las cosas. Hoy podrás comentar con tu familia o tus colegas que has llevado a unos que estaban liados y que él se lo

iba a contar a su mujer, o lo que te imagines.

Le pago y nos bajamos. Enfilamos hacia la calle en la que está ubicada la clínica por una perpendicular, un poco más al norte que nuestro destino, y tal como tenía previsto, ahí están mis peones: en la calle, cortando el tráfico, hay una multitud de personas manifestándose en contra de las prácticas de interrupción del embarazo que se llevan a cabo en el edificio contiguo a nuestro objetivo.

- Eva- la cojo de los hombros, la obligo a mirarme- toma esto. Es una especie de transmisor que me enviará una especie de plano del interior del edificio. Simplemente llévalo en el bolso y vete a tu puesto de trabajo.- veo que su cara se transforma en un interrogante. Me va a interrumpir- no, espera a que

termine. Vete a tu puesto, como un día normal, y luego te acercas al laboratorio donde se guardan las muestras. Sólo tienes que hacer eso. Luego sales y te alejas. Cuando estés fuera, lo apagas.

- Pero, ¿y tú? ¿qué vas a hacer? Ahí dentro hay guardias armados- me parece sentir preocupación real en su voz.

- Tranquila, voy a hacer lo que tengo que hacer. Lo que habría que haber hecho hace mucho tiempo, pero nadie se ha atrevido o nadie ha dispuesto de los medios necesarios. Yo ahora puedo. Y lo haré.

- Pero... hay guardias armados.- recalca

- Lo sé. Peor para ellos.- Intento parecer más seguro de lo que realmente estoy. Sé a lo que me enfrento, y

sé que no voy a contar con mi don, porque todos los trabajadores importantes que me encuentre ahí dentro van a tener el antídoto que me impide manejarles a mi antojo.

- Sabes que no puedes usar tu poder- me mira a los ojos- sabes lo que eso significa, ¿no?.

- Perfectamente, pero no puedo hacer otra cosa.

- Ahora no estoy segura de querer hacerlo. Tenemos que pensar en otra cosa. Tiene que haber otra forma de acabar con ello.- casi suplica. No puedo más. Si no me lanzo ya, creo que lo retrasaré indefinidamente.

- Sabes que no hay otra forma. Tengo que hacerlo. Y tengo que hacerlo ahora. Por favor, entra. - Le giro los hombros, para que no pueda replicarme y la presiono

suavemente mientras intento que se dirija a la entrada principal.

- Si esto sale bien, te estaré esperando. Te quiero.

Sus dos últimas palabras me han golpeado como bola de demolición de una tonelada de hierro. Siento un deseo irrefrenable de mandar todo a la mierda, cogerla y fugarme a un lugar perdido en el monte. Pero no. No podría vivir con eso. Y seguramente se lo acabaría achacando a ella. No. Tengo que hacer lo que tengo que hacer. Signifique lo que signifique eso.

La veo cómo franquea las puertas. Saco un smartphone de mi bolsillo, lo desbloqueo y lanzo un programa. Puedo ver cómo se va generando un plano del interior del edificio. Veo cómo el punto que me

indica la posición de Eva se detiene en lo que debe de ser su puesto de trabajo. Luego recorre más pasillos, se detiene de nuevo en otra sala y finalmente se desplaza por más corredores hasta que veo cómo el punto rojo se para de nuevo. Y de pronto desaparece de la pantalla. Ya está. Primera parte conseguida. Ahora ya tengo el camino a seguir para deshacerme de todas las muestras de la medicina que utilizaron. Al principio pensé que la destrucción del compuesto no serviría nada más que para retrasar un poco de tiempo la puesta en marcha de otro laboratorio similar a este, y aunque hubiese destruido todos los datos y todos los viales del líquido maldito, si todos los investigadores se unían de nuevo y se ponían manos a la obra, podrían crear de nuevo el suero que confería los poderes. Pero por lo que me explicó Eva, el

conocimiento estaba tan disperso entre todo el equipo, que si no se lograba reunir de nuevo a todos los componentes, era imposible recrear la fórmula exacta. Así, aunque una persona se fuese de la empresa o intentase fichar por la competencia, no podría revelar gran cosa, ya que sólo conocía una parte muy pequeña del proceso de generación del suero por lo que realmente no tendría mucha utilidad para posibles adversarios.

Ahora abro otro programa en el teléfono móvil que lanza el ataque de los gusanos a los ordenadores de la empresa. Tomo todo el aire que admiten mis pulmones, que dado el nivel de nerviosismo que tengo y lo tenso que me encuentro, tampoco es que sea mucha cantidad. Contengo unos segundos la

respiración, cierro los ojos y finalmente expulso todo lo que tengo dentro. No sólo el dióxido de carbono, sino que intento que salgan también las dudas, los temores, los nervios y la tensión. No lo consigo, o al menos no logro que los que salen sean suficientes como para que dejen de jugar a saltar la cuerda con mis intestinos. Se suele utilizar la expresión de “mariposas en el estómago” para que nos podamos hacer una imagen mental de lo que siente el sujeto que sufre esa sensación. Pues bien, yo debo tener en estos momentos a todos los jodidos lepidópteros del mundo dando vueltas por mi interior, junto con unos cuantos himenópteros, ortópteros, dípteros y algún que otro pájaro que se está dando un banquete con tanto insecto.

Pero es ahora o nunca. Tiene que ser ahora. Pulso el botón del móvil que lanza el ataque.

Mientras dejo que los gusanos hagan su trabajo, me dirijo a la manifestación que corta la circulación de la calle. Hay unas mil personas, que no son muchas para considerarla una protesta multitudinaria, pero que para mis propósitos son más que de sobra. Me interno entre los grupos que están más alejados de la cabeza de la muchedumbre, que forman corros en los que se habla de todo menos del motivo que les ha traído aquí. Más bien parece que se han juntado un grupo de amigos que hacía tiempo que no se veían. Estos no me sirven, necesito gente más fanática, así que me interno en el gentío.

Unos metros más adelante ya puedo apreciar

ánimos más caldeados, algunas pancartas caseras con letras escritas sobre cartulinas tamaño DinA3 con los eslóganes típicos de estos casos. Sigo un poco más, empujando a algunos manifestantes para abrirme paso, e intercambiando pisotones a modo de saludo, con lo que me gano miradas enojadas y algún que otro exabrupto, pero consigo mi meta, que es situarme cerca de los más beligerantes. Ahora es cuando de verdad empieza todo. Hasta este momento esto ha sido sólo el calentamiento previo al partido.

Me sitúo cerca de varios de estos individuos que parece que llevan la voz cantante. O al menos son los que más gritan. Nunca he entrado en varias cabezas a la vez, así que no sé qué va a pasar, o si realmente va a pasar algo, pero lo intento, para ganar tiempo. Pruebo

primero con dos de los que están a mi lado. Cierro los ojos unos instantes y cuando los abro, estoy en la conocida sala de gestión del pensamiento, o cualquier otro nombre exótico que queramos darle. Y tengo ante mí, en la mesa, dos pantallas con sendos teclados. Vaya, parece que esto va a ser más sencillo de lo que pensaba. En muy poco tiempo logro hacerme con el control de estas mentes. Otra de las cosas que me inquietaba era que, al restringir tanto últimamente el uso de mi don, ahora que lo necesitaba a plena potencia, tal vez me encontrase algo desentrenado, pero parece que mi último mes de abstinencia ha conseguido todo lo contrario: que vuelva con más fuerza incluso. Así que debo darme prisa, ya que si es más potente, también cabe la posibilidad de que sea más fácilmente detectable por mis enemigos. En

escasos segundos he dado órdenes a los dos primeros peones que tengo a mi disposición. Ahora, con la confianza corriendo por mis venas, trato de controlar a cinco personas al mismo tiempo. Y lo consigo. La sala de ordenadores ahora me muestra cinco pantallas con sus correspondientes teclados. Mis dedos vuelan sobre las teclas introduciendo comandos y órdenes para que los ejecuten los cuerpos que ahora son mis esbirros. Aunque realmente sé que ni son mis dedos ni las teclas existen, pero en mi imagen mental veo cómo mis manos se mueven hasta casi convertirse en una mancha borrosa mientras las secuencias de caracteres se suceden en la pantalla como por arte de magia. Me siento más poderoso.

En escasos dos minutos, me he metido en la mente

de cerca de un centenar de incautos que no tienen ni idea de lo que se les viene encima. Me relajo y escucho las nuevas arengas que salen ahora de las bocas de mis marionetas.

- Vamos, chicos y chicas, hay que entrar ahí dentro para impedir que sigan con esas prácticas homicidas.

Una sonrisa acude a mi rostro, y la dejo reposar unos instantes, mientras veo cómo los cabecillas de la manifestación se dirigen hacia la clínica de mis amigos. Surgen unas tímidas voces de entre la muchedumbre preguntando por qué van al otro edificio, si al que venían a protestar era el que se encuentra a la derecha. Rápidamente instruyo a uno de los dirigentes para que calme a la multitud y explique el por qué del cambio.

- Tranquilos. Vamos a visitar a los gerentes de la clínica, que son los que deciden. Y vamos a mostrarles que eso que hacen no está bien. Por eso vamos a este otro edificio.

- ¡¡¡Vamos todos!!!

Hay que ver lo fácil que es convencer a esta gente. Lo mismo, si esto acaba bien, intento luego que me acompañen a un concesionario de Lexus a ver qué nos podemos llevar. Pero mi buen humor se esfuma, o más bien es eliminado de cuajo cuando veo salir, por la puerta lateral por la que abandonamos las instalaciones de la clínica Eva y yo hace cosa de un milenio, a cuatro hombres uniformados, dos de ellos con porras extensibles en las manos y los otros dos con una especie de tonfas. Estoy acostumbrado a

verlas en el gimnasio, puesto que es un arma muy poderosa si se sabe utilizar correctamente, ya que como generalmente se utilizan en pares, permite protegerse y atacar al unísono. Y se puede hacer mucho daño con ellas.

Miran para todos lados, intentando encontrarme. Por suerte, estoy en el medio de la marea humana y tengo cerca a gente que me saca una cabeza, así que parece que lo tienen difícil para encontrarme. Eso sí, es extraño la rapidez con la que han aparecido. O estaban prevenidos, o...

- Vaya, es cierto. No me había dado cuenta con los nervios del momento: no he visto a Eva salir.- Lo he dicho en voz alta, lo que hace que algunos de los enajenados que tengo a mi lado giren la cabeza para

mirarme. Pero como les interesa más lo que creen hay dentro de la clínica que los desvaríos de un pobre loco, enseguida vuelven a su misión.

Eso tiene un significado claro: o bien Eva me ha traicionado o la han cogido porque ha hecho alguna tontería. Pero si fuese la primera opción, no habrían tardado tanto en venir a por mí, ¿no? Habrían salido antes. Así que sólo puede haber una explicación: la han atrapado. Y visto lo visto y sabiendo lo que ahora sé de ellos, no creo que su intención sea dejarla marchar con una simple reprimenda. No. Está en peligro. Y soy la única persona en este mundo que puede hacer algo por ella.

Vamos allá.

SIN PIEDAD

Ni tengo tiempo que perder ni para pensar, así que, como si fuese un jedi de la Guerra de las Galaxias, dejaré que me “guíe la fuerza” e intentaré hacer en cada momento lo que estime correcto. Puede que acierte o que no, pero no puedo hacer otra cosa.

De nuevo y aun a riesgo de que los secuaces de la compañía me localicen, ya que no sé cómo lo hacen, si es que tienen una máquina que detecta lo que sea que emito o les han administrado una droga mediante la cual pueden ver o sentir que estoy trabajándome a

alguien (qué mal suena eso), me dispongo a llevar a mis marionetas al interior de la clínica, para asaltarla.

Como he dicho antes, no sé si por la euforia del momento o por haber estado más de un mes sin utilizar mi don, pero ahora me siento mucho más fuerte. Consigo manejar a mis peones con más rapidez que otras veces, aunque igual también se puede achacar la facilidad a que están predispuestos. Sea como sea, entramos en tromba, más de 200 incautos.

La persona de recepción capta enseguida que cualquier intento de trabar una conversación coherente con esta jauría humana va a ser una tarea que no va a tener ninguna recompensa, al menos agradable para ella, y decide apartarse de nuestro camino, no sin antes marcar un número de teléfono y

alejarse de la mesa con los cascos del manos libres puestos y pidiendo, por favor, ayuda a seguridad.

Saco mi móvil, miro el plano que me ha dibujado el trazador que llevaba Eva en el bolso y me dispongo a orientar a mi ejército de guardaespaldas. Mientras doy las órdenes a los primeros de nuestra comitiva, escucho unos gritos que no parecen ser emitidos como acto de repulsa ante las prácticas de este hospital, sino más bien, por el volumen, asemejan una forma de informar al resto de la población mundial de que hay huesos que repentinamente han dejado de estar enteros. Miro para atrás y veo a los 4 orangutanes que vienen a por mí apartando a mis marionetas a empujones y golpes de porras. Y dado que la mayoría de las personas que me acompañan lo más parecido a

una pelea que han protagonizado en los últimos años es el regateo con el pescadero en el puesto del mercado, han conseguido avanzar más de lo que esperaba. Me han diezmado mis reclutas involuntarios, y para que no pueda llamar a más refuerzos, o para que desde fuera no se vea lo que están haciendo, han atrancado las puertas. Hago un esfuerzo e intento meterme en las mentes de todos los que pueda, pero al tratar de abarcar a un gran número de personas, la rapidez para ordenarles que ataquen ha disminuido, y voy más lento de lo que mis perseguidores tardan en despachar a los incautos que se lanzan a por ellos. Hago una prueba, desesperada, por manejar a un gorila. Aunque sé que estarán inyectados con el suero que les hace inmune a mis encantos, cabría la posibilidad de que la dosis no fuese

correcta, o que está cercana la fecha de caducidad del compuesto, o qué sé yo, así que lo intento. Y al meterme en su cabeza lo veo todo negro. Como me sucedió con el doctor.

Estoy a punto de irme e intentarlo con otro cuando me parece ver a lo lejos un pequeño brillo. No, espera, es... es... parece la luz que emite un monitor LCD. Me concentro más profundamente. Mis manos y mis piernas, los reales, empiezan a temblar de la tensión, mientras que en mi imaginación, mi avatar comienza a mover los brazos, al principio de forma lenta, pero cada vez más rápido, con movimientos como de tai-chi, o kung-fu, hasta que, como un personaje de los dibujos animados de Bola del Dragón al alcanzar un estado mental elevado, una onda de energía sale de

mi cuerpo, iluminando toda la estancia, permitiéndome ver el ansiado teclado y la pantalla necesarios para obligar a mi enemigo a cambiar de bando. Espero haber escogido al mejor. Me cuesta unos segundos entender cómo lanzar órdenes, ya que el suero es como si también cambiase el sistema operativo con el que comunicarme. Pero al final encuentro la secuencia de pasos que seguir. Los ejecuto, y *voilà* . Ya tengo a uno de mi parte. Y vaya uno.

Salgo del mundo virtual para volver al real, y veo cómo el matón que he escogido, uno de los armados con las tonfas, se vuelve hacia su compañero y le propina semejante golpe en el brazo derecho que hace que desde la distancia a la que me encuentro, y a

pesar del griterío y la algarabía que se han adueñado del recinto, pueda escuchar perfectamente cómo se rompen varios huesos. Y como si se tratase de una película de acción moderna, veo la acción a cámara súper lenta (o súper rápida, según se mire) y centrada en los personajes, como si el resto del mundo estuviese borroso o desenfocado. Después de partirle los huesos del brazo, creo que el cúbito y el radio, por cómo está doblado entre el codo y la muñeca, y antes de que los otros dos compañeros puedan reaccionar, se gira y con todo el impulso de su cuerpo pega un golpe en la mandíbula a su compañero de detrás. Veo cómo, por la fuerza del impacto saltan gotas de saliva, sangre y trozos que bien podrían ser pedazos de dientes triturados o directamente huesos destrozados. El incauto se desploma, completamente inconsciente,

como un muñeco de trapo. El primer receptor de la atención de mi caballero (he subido de nivel, y he pasado de los peones a los caballeros. A ver hasta donde llego. Espero que hasta el rey) parece que se ha sobrepuesto a la fractura del brazo e intenta atacar a su agresor sin pensárselo dos veces, y seguramente ni una tampoco, cosa que le habría venido bien, visto el resultado: ralentizado por el dolor causado por tener un brazo con dos codos, no ha sido lo suficientemente rápido para golpear donde pretendía, así, mi gorila se echa para atrás para esquivar el golpe circular a la altura de la cabeza, y antes de que su contrincante se recupere del fallo, salta hacia adelante cayendo sobre la pierna que su ex-compañero tiene adelantada: una bota cae sobre el pie, sujetándolo, mientras que la otra impacta contra la rodilla, enviando de nuevo

hasta mis oídos el crujido de cosas (huesos, ligamentos,...) al romperse. El otro que queda, que tiene una porra extensible, trata de atacar apuntando a la cabeza con un golpe vertical de arriba hacia abajo. Por suerte para mí, la tonfa es un arma perfecta tanto para atacar como para defenderse si se sabe utilizar correctamente, y parece que he escogido a uno que sabe manejarla como una extensión de su cuerpo. Se agacha mientras se cubre la cabeza con el brazo, que a su vez está protegido por la parte larga de la tonfa. Cuando detiene el golpe, y antes de que su adversario pueda volver a golpear, realiza un amplio giro con el brazo para que al llevar mayor recorrido la fuerza sea mayor y asesta un duro golpe en la parte posterior de las rodillas, haciendo que éstas se doblen involuntariamente y dejando al único contendiente

que queda a su merced. Le golpea en la nuca dejándolo inconsciente.

Ya no me tengo que preocupar por ellos. Y ahora me doy realmente cuenta de lo que ha pasado: he podido meterme en su mente a pesar de la droga inhibidora que le han suministrado. No sé si habrá sido por el calentón del momento o qué, pero si realmente puedo saltarme esa barrera, creo que ya no hay nada que no pueda hacer.

Pero eso son disquisiciones mentales de las que ya me ocuparé cuando salga, si salgo, de esta. Ahora tengo que ir hasta el corazón de la bestia.

Miro el plano del móvil y guío a mi ejército por miles de pasillos infinitos, hasta que llego a una puerta

de seguridad. Claro, cómo no me he dado cuenta de este detalle. ¿Cómo vamos a atravesar las puertas cerradas? Miro a mi alrededor, pero no veo nada con lo que poder forzarla o reventarla. Me vuelvo hacia la puerta, pensando en cómo solventar este problema, cuando veo que uno de los que tengo a mi lado se acerca a la pared, pega la oreja y se pone a dar golpecitos con los nudillos.

Después de estar así unos segundos, se vuelve hacia nosotros, nos mira y nos dice:

- Por favor, un poco de espacio.

Nos apartamos, haciéndole un corro. Se echa hacia atrás, toma impulso, se abalanza contra la pared y descarga una patada con todo el peso de su cuerpo

contra el panel de madera. Se oye un crujido enorme y vemos cómo se astillan los bordes de la placa de madera.

- Muchas veces se gastan un pastizal en poner puertas de seguridad, pero luego resulta que las paredes de alrededor son de papel. Es como en los bancos antes: les ponían cristales antibala, pero la pared que los soportaba muchas veces era simple pladur o placas de contrachapado.

Nos explica a los que estamos cerca. Vaya, como reza el dicho: nunca te acostarás sin saber una cosa más.

Con unas pocas patadas más, lo arrancamos completamente, dejando un hueco por el que

podemos pasar sin problemas. Ahora estoy en una disyuntiva: o sigo con mi ejército hasta el final, y así si encuentro resistencia los puedo utilizar pero corro el riesgo de que se descubra el pastel cuando los tenga aquí a todos dando vueltas por los laboratorios o liberarlos y mandarlos a su antojo por el resto de plantas. Aunque su presencia me tranquiliza, hasta cierto punto, veo que es inviable, así que tomo una decisión rápida: dejarlos irse a todos menos a mi nuevo guardaespaldas y a algún otro, por si acaso. Además, teniendo que preocuparme sólo de 2 personas, puedo manejarles de manera más eficiente y rápida si lo necesito.

Me introduzco en varias mentes y les indico el camino hacia arriba, para que se entretengan y se

lleven a los de seguridad lejos de mi recorrido. También me cuelo en la sala de máquinas de mi antiguo perseguidor y le obligo a seguirme junto con el que ha abierto el hueco en la pared. Esperamos unos instantes hasta que nos quedamos los 3 solos. Parecemos el bueno, el feo y el malo, lo que no sé es quién es cada uno.

Sigo el plano y llego sin contratiempos hasta una sala llena de armarios refrigerados con las puertas de cristal. Las baldas están llenas de probetas, matraces y demás utensilios propios de un laboratorio. No sé, esperaba encontrarme algo más exótico, tipo el maletín de *Umbrella* de *Resident Evil* o algo así, pero claro, eso es una película. En una esquina de la estancia hay un contenedor grande para desperdicios

con una pegatina de peligro biológico. Lo primero que hago es cerrar las dos puertas de acceso y colocar una pequeña barricada para, si no impedir, por lo menos retrasar la posible entrada de personas que no estén del todo de acuerdo con mi actuación y traten, de una manera seguramente dolorosa, de convencerme de que desista en mi empeño. Doy órdenes a Pedro, que es como se llama mi caballero, para que no deje que nadie entre, o al menos que si entran, no se puedan mover en una buena temporada. A Nacho, el romparedes, le obligo a ayudarme a deshacernos de los sueros.

Vamos abriendo las puertas de las neveras, y como ningún recipiente tiene un nombre inteligible, únicamente letras y números que seguramente

tendrán algún significado pero que no tenemos tiempo de averiguar, decidimos deshacernos de todos. Los vamos llevando al contenedor biológico y los vaciamos o rompemos en el interior. Espero que lo que sea que guardan en estos botes no reaccione y explotemos aquí dentro.

En unos minutos hemos vaciado todo, y no hemos tenido ninguna visita inesperada. Parece que mi ejército de hormigas está haciendo su trabajo y mantiene ocupado al personal de la planta. Pero de todas formas, me resulta extraño que no se intente salvar el mayor secreto de la compañía.

Cuando terminamos, y guiándome por el plano, decido ir a rescatar a Eva. No sé dónde estará, pero tengo la esperanza de que se encuentre cerca del

último lugar donde el dispositivo estaba encendido. Despedido a Nacho, porque ya no le necesito, y me quedo sólo con Pedro, mi guardaespaldas personal.

En ese instante, parece que los gusanos hacen su trabajo y a la vez que todos los ordenadores emiten un pequeño chisporroteo y producen una pequeña explosión, como cuando un petardo de los más baratos explota en falso, se apagan las luces, quedando sólo las de emergencia. Parece que lo que han hecho los bichos informáticos esos ha sido, no sólo eliminar los datos, sino también sobrecalentar los procesadores, las tarjetas gráficas, los discos duros, o todo a la vez hasta que se han fundido. No sé si eso implica un borrado definitivo de los datos como me ha asegurado mi amigo, pero quiero confiar en ello.

Ayudados por la mortecina luz de los focos de emergencia conseguimos abrirnos paso por las vueltas y revueltas de los pasillos, pasando por delante de puertas cerradas (he intentado abrir alguna pero están bloqueadas), pero como de todas formas parece que el camino a seguir transcurre por los pasillos tampoco le he dado mayor importancia. Podría utilizar a Pedro para que me guiase hacia donde deben tener retenida a Eva, ya que seguro que él sabe dónde está, pero como tengo el plano en mi móvil, prefiero seguirlo y dejar que el ex-militar tenga los 5 sentidos puestos en cubrirme ante cualquier peligro que pueda surgir de alguna de estas puertas.

Seguimos avanzando y por fin llegamos al final del corredor. El punto rojo de mi dispositivo parece que se

encuentra al otro lado de esta puerta, pero creo que atravesarla va a ser más complicado de lo que ha sido hasta ahora mi incursión en territorio enemigo: es una plancha de metal del mismo color que los paneles laterales del pasillo, cubre todo el frente cortándonos el paso y es totalmente lisa. Lo único que me indica que no es una pared normal, a parte del tacto metálico, es una luz que sale del lado derecho de la puerta, del lugar donde las puertas normales que no se las dan de misteriosas tienen la manilla o por lo menos una cerradura. No es una bombilla, o un LED. Es simplemente luz que sale del metal. Nunca había visto nada parecido. Miro hacia atrás, para ver si viene alguien pero no, estoy solo con Pedro. Paso mi mano por la superficie del obstáculo y puedo percibir que es completamente lisa. No me refiero a que no tenga

grietas o fisuras, no. Al menos no sólo eso. Lo que noto es que no tiene ni una sola imperfección, como si estuviese pulida y encerada. Mi mano se desliza sin problemas por toda la extensión de la barrera. Incluso por encima de la luz, sin notar nada salvo un ligero aumento de la temperatura. Lo que lleva a mi cabeza a preguntarse qué tipo de material es este que semejando metal al tacto, deja pasar la luz. Mi mente empieza a divagar cuando de repente, con un ligero chasquido la luz roja pasa a ser de un tono verde semáforo y la puerta comienza a deslizarse lateralmente sin ningún sonido de rozamiento. Si no la notase desplazarse debajo de las yemas de mis dedos no podría asegurar que se está moviendo. Termina de abrirse y me permite ver una estancia perfectamente iluminada con cuatro personas.

Entre ellas, Eva.

ENFRENTAMIENTO

- Pasa, pasa. Y siéntate, por favor.

Cuando consigo que mis ojos se adapten al exceso de luz veo que la persona que me ha hablado es el jerifalte que se presentó hace montones de siglos cuando me detuvieron en estas mismas instalaciones. De nuevo viste de forma exquisita, nada fuera de su lugar, ni siquiera en estos momentos en los que estoy tirando abajo todo el imperio que tienen montado. Cuando la rabia me permite fijarme en el resto de personas, veo que también se encuentra en la estancia

el Dr. Monzón, de pie. Y delante de él, sentada en una silla con un diseño un tanto desconcertante y claramente enfocado a realizar pruebas con el pobre incauto que se siente en ella, con las muñecas atadas mediante unas correas a lo que parece que son unos apoyabrazos, está Eva. Lo primero en lo que me fijo en ella es en sus ojos, que evitan mi mirada, y aunque no soy capaz de verlos directamente, me es fácil apreciar que están excesivamente enrojecidos, como si hubiera estado llorando. Su pelo, pulcramente peinado cuando ha estado conmigo fuera de las instalaciones, se encontraba ahora completamente desmadejado. Me mira a los ojos, y con los suyos todavía anegados de unas lágrimas que no ha podido enjugarse, me susurra:

- Lo siento

Mis labios intentan preguntar qué es lo que ha pasado, pero cuando se abren para emitir las palabras, mis ojos se fijan en un pequeño detalle que me había pasado desapercibido: la mano izquierda no está bien. Falta algo. Falta el dedo meñique. En el espacio que debería estar ocupando el dedo sólo hay aire, sólo un hueco, sólo... nada. Me fijo mejor y las palabras se me atorán en la garganta. Le han cortado el dedo meñique y en un acto de clemencia posterior (o simplemente por comodidad y para evitar que la sangre mancille la blancura del lugar) han cauterizado la herida. Cuando se percata de que me he dado cuenta de lo que le ha pasado, no puede evitar romper a llorar de nuevo aunque parezca por su aspecto que ya no debería

quedar ninguna lágrima dentro de ella, mientras las palabras para explicarme lo sucedido surgen de dentro de ella como una explosión, atropellándose unas a otras:

- No les quería decir nada, no iba a decirles nada, y al principio no les he dicho nada. Me han pegado, pero no les he dicho nada. Nada de nada. Me pegaban y yo nada, callada. Cuando me han amenazado con cortarme el dedo tampoco he dicho nada, pero, jódete, que me lo han cortado de verdad. No he podido aguantar. Lo siento. Lo siento. Lo siento.

- Tranquila. La culpa es mía. Tenía que haberte dejado al margen.- me intento acercar a ella para cogerla, pero uno de los guardias de seguridad que se encuentran en la sala me apunta con una pistola, pega

el cañón a mi pecho y me empuja hacia atrás, lejos de Eva.

Entro en la mente de Pedro para que resuelva esta situación. Estoy tecleando las órdenes pero de repente todo se apaga.

Me despierto con un fuerte dolor en la cabeza, pero no algo concreto, como se siente al recobrar el conocimiento después de sufrir un desmayo por un golpe, sino más bien algo general, un dolor en todos y cada uno de los más de mil cien centímetros cúbicos de cerebro encerrados dentro de mi cráneo. Abro los ojos, pero la luz que sale de algún punto del techo justo encima de mí parece hierro fundido que cae en mis cuencas oculares y me atraviesa fundiendo a su paso todo lo que se encuentra. Cierro los párpados de

golpe y me llevo la mano para protegerme, ya que la luz que es capaz de atravesar la piel que recubre mis ojos también me molesta.

- Pero qué coj... - mi tono de voz está a medio camino del asombro y el miedo. No puedo tapar la maldita luz que continúa martirizándome porque no puedo mover mi mano derecha. Trato de levantar la izquierda, pero obtengo el mismo resultado: no puedo alzarla ni medio milímetro.

Bajo un poco la cabeza, para tratar de evitar los rayos de luz y entreabro los ojos. Me encuentro atado en una silla similar a la que tenía atrapada a Eva.

Conteniendo las náuseas que brotan de mi estómago por el intenso mareo que me provoca girar

la cabeza, veo que estoy a la derecha de mi compañera de desgracias.

- Vaya, te has despertado- Me dice algo que se encuentra delante mío con un cierto tono alegre en la voz. - Por favor, baja la luz.

El destinatario de esa orden la acata sin demora y noto un ligero alivio cuando reducen la intensidad de la luz al mínimo. Casi al mismo tiempo alguien manipula mi asiento y paso de una posición reclinada a la normal de una silla, con la espalda recta. Puedo ver delante de mí al causante de todas mis desgracias, o al menos de las de los últimos tiempos. No sé el tiempo que he pasado dormido, o mejor dicho, inconsciente, pero parece que no ha sido más de un día porque mi captor tiene la misma ropa, y no parece

el tipo de persona que repita modelito dos días seguidos.

- ¿Qué ha pasado? ¿Qué le habéis hecho a Eva? ¿y a mí? - escupo cada palabra como si intentara pegar con ellas un puñetazo en la cara del jefe de todo este tinglado.

- ¿Qué esperabas que pasara? ¿Eres tan iluso que pensabas que ibas a poder desmontar todo esto tú sólo? - odio su sonrisa. La forma en la que curva los labios y las comisuras de la boca suben hacia arriba me pone nervioso.

- Hagas lo que hagas con nosotros, llegas tarde. He destruido todos los archivos informáticos y todas las muestras. Ya no tenéis nada.

- ¿De verdad te crees eso? ¿Nos crees tan tontos o torpes como para tenerlo todo en un único lugar? - Ahora ya no se contenta con una simple sonrisa, no. Ahora suelta una carcajada. Se ríe de mí, de lo inocente que he sido, de mi triste intento de acabar con ellos, de mi venganza,... de mi vida.

- Para empezar, mira – planta una maleta encima de la mesa. Y esta sí que se parece a las de las películas, cuando el protagonista se hace con el cofre que contiene el virus mortal: un artefacto con cierres de seguridad que parecen venidos del futuro y un conjunto de cerraduras que consisten en lectores de huellas o iris o algo similar. Pero no, se abre con una simple combinación numérica. Eso sí, el interior sí que es interesante: un conjunto de 6 probetas de diseños

futuristas, no simples matraces de laboratorio. Cada una de ellas tiene una pequeña pantalla en la que se puede ver una especie de gráfico y la temperatura. Todo protegido por una espuma para contrarrestar los posibles golpes que pueda sufrir el equipaje.

- Lo único que has conseguido al destrozar el laboratorio y todos los tubos y tubitos que has tirado por el suelo es que el servicio de limpieza tendrá que tener especial cuidado en esa sala. Nada más. Aquí tengo todo lo que necesitamos para continuar en otra de nuestras instalaciones. Simplemente has conseguido retrasarnos unos días, como unas vacaciones.

No aguanto más. Cierro los ojos y trato de meterme en alguna de las mentes de los individuos que me

rodean. Lo intento primero con el Dr. Monzón, que todavía no ha dicho nada, pero al igual que la vez anterior que traté de tomar el control de su cuerpo, me encuentro en un lugar oscuro. No puedo hacer nada. Salgo de ahí y lo intento con los guardas de seguridad que siguen vigilando nuestros, por otro lado inexistentes, movimientos. Lo mismo, negrura. A la desesperada, lo intento con el jefe, aunque sé que es como intentar apagar el sol a soplidos: completamente inútil y lo más probable es que acabe con dolor de cabeza. Entro en su mente, o en la sala de control que maneja su mente. O al menos eso creo, porque comparado con esto, la oscuridad que he percibido en las mentes de mis anteriores intentos parece la luz del mediodía. Si la oscuridad es la falta de luz, entonces lo que me he encontrado no es sólo eso, es como si

alguien hubiera asesinado a toda la luz del universo, hubiese hecho desaparecer el cuerpo y borrado de todos los registros la idea de que alguna vez había existido la luz. Era un vacío tan absoluto que casi se podía escuchar la oscuridad. Y por primera vez me forzaron a salir de la sala de control. Hasta ahora había podido notar más o menos resistencia a acatar mis órdenes, pero esta vez directamente algo me había sacado a la fuerza.

- Sigue soñando. No sólo no puedes manejarme, sino que ni siquiera eres capaz de intentarlo si yo no te dejo. - y con un tono de voz algo cansado, añadió - Esto está dejando de parecerme divertido. Es como jugar al ajedrez con un niño de 2 años. Como comprenderéis, no podemos dejaros que salgáis de

aquí y que lo contéis todo. Que aunque no creo que la mayoría os creyese, siempre cabe la posibilidad de que causéis algún problema.

Cerró el maletín, con una satisfacción dibujada en su rostro fruto de saberse ganador de una partida en la que el precio de la derrota es demasiado alto. Cambiando el tono de voz y dirigiéndose al doctor, dijo:

- Doctor Monzón, por favor, ya sabe lo que tiene que hacer. Ah, y empiece por la señorita Tinadonis, para que él vea el resultado de su estúpido intento de desbaratamiento de nuestra empresa.

El médico, sin pronunciar una palabra, asintió con un ligero gesto de la cabeza y acercó una mesa auxiliar

a la silla de Eva. Girando de nuevo mi cabeza, que parecía que ahora soportaba mejor estos movimientos, pude apreciar numerosos artilugios encima de una especie de mantel blanco. Aparatos sacados de una pesadilla que tuviese algo que ver con un cirujano lunático y psicótico y sus macabros intentos de reorganizar la anatomía del cuerpo humano.

- No, por favor, Fermín, no lo hagas – es Eva, quien le pide al Dr. Monzón que no continúe con lo que tiene en mente. - hemos pasado mucho juntos, por favor, Fermín.

- Lo siento, Eva, pero sabes que esto es lo que tengo que hacer. Sabes que no es la primera vez. - al decir esto último, gira su cabeza hacia mí, como

señalándome.

- ¿Qué? ¿Qué ha querido decir con esa última frase?

- le pregunto, sin tener muy claro si quiero conocer la respuesta o prefiero continuar en la ignorancia.

- Vaya, Eva, así que no le has contado todo, ¿no?

- Fermín, cállate, te lo pido – en la voz de Eva puedo apreciar una ligera vibración, pero no soy capaz de distinguir si es causada por la rabia o por el miedo.

- ¿Qué es lo que no me has contado? ¿Eva? - la miro directamente a los ojos, aunque para ello tengo que girar el cuello hasta una postura casi antinatural

- Fue hace tiempo, y ya estaba muerto, o al menos no se estaba desarrollando de forma normal – el vibrato de su voz se acentúa, haciendo que las últimas

palabras resulten casi ininteligibles

Mis sentimientos hacia Eva tienen una dura pelea interna, por un lado sé que ha hecho auténticas atrocidades escudándose en lo que ellos llamaban ciencia, pero creo que ya ha abierto los ojos y se ha dado cuenta de todo el mal causado y quiere, en la medida de lo posible, compensarlo. Y por otro creo que si el Dr. Monzón me da más detalles de ese pasado, no voy a ser capaz de perdonarla. Pero la duda me corroe.

- Pero por lo que me has contado, eso no es de lo más grave que habéis hecho aquí. Habéis cometido aberraciones peores. ¿no?- no quiero saberlo, no quiero saberlo, no quiero saberlo,...

- Hombre, en general sí, pero una en particular, y concretamente a ti, debería parecerme especialmente indignante. - la voz del Dr monzón cada vez me gusta menos y el tono que utiliza me resulta especialmente enervante.

- ¿Eva, a qué se refiere? ¿qué está diciendo?

- Fermín, por favor, déjalo. - Eva tiene de nuevo lágrimas en los ojos. Y esto parece divertir al malnacido del Dr. Monzón

- Si no se lo cuentas tú, se lo voy a decir yo. Y para lo que os queda, mejor que tú no te vayas con una mentira en tu conciencia y él que sepa toda la verdad, ¿no crees?

- Eva, por favor, cuéntame lo que sea.

- Verás... hace mucho tiempo... sucedió...

¿Recuerdas cuando murió Mercedes?

- ¿Qué tipo de pregunta es esa? Pues claro que lo recuerdo, todos los días. Pero... ¿qué sabéis vosotros de Mercedes? - ahora es mi voz la que refleja miedo. Terror. Por lo que puedo averiguar de esta conversación.

- ¿Y te acuerdas de que los médicos te dijeron que el bebé que llevaba dentro, vuestro hijo, no sobrevivió? - la voz de Eva es casi un hilo apenas audible.

- ¿QUÉ? - no me está gustando nada el camino que lleva esto. No quiero oír lo que viene a continuación.

- Pues la verdad es que sí que sobrevivió, aunque

con malformaciones. Nos hicimos con él y le estuvimos investigando. Era la primera vez que alguien con el suero conseguía reproducirse, una segunda generación, era una oportunidad única, y de todas formas, sin todas las máquinas a las que necesitaba estar conectado, no habría sobrevivido.

- Pero no pares, Eva. Cuéntale también las pruebas y todo lo que hicimos.

EXPLOSIÓN

No me puedo contener: la rabia es tan fuerte en mi interior que si no hago algo para encauzarla, me va a abrasar, así que, pese a que antes no he podido hacer nada, dejo que mi mente trate de controlar a los que tengo a mi alrededor.

De nuevo me encuentro en una sala oscura, tan negra que casi se puede palpar la falta de luz. Cierro los ojos, o más correctamente mi proyección mental en la sala de control cierra los ojos. No sé qué hacer, así que hecho mano de mis recuerdos e intento emular a

algunos de los superhéroes y dibujos animados de mi infancia, y así, como me ha sucedido anteriormente cuando he tomado posesión del cuerpo de Pedro y emulando la forma por la que en los capítulos de algunas series de animación o películas en las que salen personajes con poderes extraordinarios nos enseñan cómo la energía va llenando el cuerpo emitiendo chisporroteos y descargas de electricidad, noto cómo la fuerza recorre cada centímetro de mi ser, cómo unas olas de energía irradian todo a mi alrededor, como las ondas que se generan en un estanque al tirar una piedra, conmigo en el centro de esta explosión.

La oscuridad se va retrayendo, como un animal que intenta acercarse a un campamento por la noche pero

huye despavorido ante el fuego de la hoguera del centro. Mis cabellos se erizan, cargados de electricidad estática, y veo motas de polvo, partículas que en lugar de moverse de forma errática siguiendo ínfimas corrientes de aire, ahora se desplazan verticalmente, hacia arriba. No noto el contacto de los pies contra el suelo, y es, efectivamente, porque ya no estoy de pie: estoy levitando a algo más de un palmo de las baldosas. Mi cuerpo emite una luz que me envuelve con la forma de la llama de una vela, ahusada, y al igual que una llama de una hoguera, la parte superior presenta un color más anaranjado, casi rojizo. Abro los ojos, y para mi pesar, aunque el borde que retiene a la oscuridad y que asemeja una frontera en guerra entre mi luz y las sombras se encuentra a muchos metros, estoy solo. No veo ningún ordenador ni nada similar

que me sirva para manejar a las personas que están conmigo en la sala.

Esto, en lugar de tirar por tierra mis ánimos y devolver a mi avatar al interior de mi mente, hace que la rabia tome por completo el control de mis emociones, de mis actos, de mi ser. Consciente de que aunque no sepa exactamente el qué, algo estoy consiguiendo con respecto a mis capacidades, renuevo mis energías y mi concentración, poniendo a todas las células de mi cuerpo a trabajar por un bien común.

La nube de luz a mi alrededor parece hincharse y cambiar de tonalidad hasta ser casi blanca, como la emitida por una estrella con una temperatura de más de 25 000º Kelvin. Mi proyección tiene los brazos abiertos, la cabeza inclinada hacia atrás y sigue

generando más y más energía. Cuando me parece que está a punto de explotar, que se va a consumir en un fuego interno y con ello traerme la paz, sea de la forma que sea, desde el centro de mi cuerpo surge un estallido, como una súper nova, iluminado una estancia de cientos de metros cuadrados.

Y algo ha cambiado. No veo ordenadores ni teclados ni pantallas, o al menos no lo que hasta ahora he considerado una pantalla. Delante de mí, como de las butacas de un teatro deben de aparecer ante la vista de los actores que se suben al escenario, han aparecido cientos de cristales en los que se suceden imágenes, como películas proyectadas en lienzos. Cientos, no. Miles. No puedo precisar, porque hasta donde alcanza mi visión veo lo que ahora que

me fijo mejor, parecen pantallas de cristal ultrafino, sin esquinas ni nada, sólo el material en el que se proyectan las fotos. Pero no, tampoco son fotos, son vídeos, vídeos en movimiento. Y por lo que puedo ver cuando enfoco toda mi atención a las que tengo más cerca de mí, parece que me muestran lo que ven los ojos de las personas.

En las 5 que tengo justo delante, a mis pies, puedo verme desde diferentes ángulos.

Todavía estoy flotando, levitando sobre el suelo. No sé cómo manejar mi cuerpo, pero parece que simplemente con la voluntad de hacerlo, mi avatar desciende y se acerca a una de las pantallas, que parece pertenecer a uno de los guardas de seguridad, por el ángulo de la visión y, más que nada, porque se

ve a todos menos a él, así que la deducción lógica es que le pertenece. Vale, ahora veo todo, pero la pregunta del millón es... ¿cómo lo manejo?

Acerco mi mano, pero no pasa nada, no hay ni teclado, la pantalla parece que no es táctil, y no veo ningún dispositivo que me sirva de controlador, a modo de joystick, o ratón de ordenador o algo. Trato, de la misma forma que he conseguido hacer que mi yo mental descendiese al suelo, tomar el control: sólo con la voluntad. Y funciona. Le he hecho moverse, andar. Pienso en levantar la mano, apuntando con la pistola al otro guarda y antes de que éste pueda reaccionar, disparo 4 balas. La primera le pega en el hombro, haciendo que gire todo su cuerpo y quede de perfil. Por el rabillo del ojo puedo ver el giro brusco de la

pantalla de al lado, moviéndose de golpe a la vez que la imagen se hace ligeramente difusa. La segunda y la tercera bala pega en la pared de detrás del guarda, pero la última penetra en su cráneo. Pensaba que, con la experiencia de las películas, esto iba a ser como una explosión de pintura roja, pero como la pistola es de pequeño calibre, lo único que pasa es que en la cabeza del sujeto aparece un punto rojo, del que brota sangre, mientras que el cuerpo se cae como un muñeco de trapo. Inmediatamente, la pantalla que le corresponde, desaparece.

Obligo al guarda a apuntar al Dr Monzón, aunque realmente ahora no es como antaño, cuando tenía que encontrar las palabras justas y tenía que vencer la reticencia del dueño del cuerpo que quería manejar.

Ahora es como si el individuo fuese un robot sin conciencia propia y estuviese conectado a mi cerebro. Disparo. El doctor cae y su pantalla, tras quedarse un instante en blanco, se esfuma.

Intento entrar en la cabeza del jefe, que antes me ha podido echar con total facilidad. Ahora no percibo ningún impedimento. De hecho, como el joven John Connor al T800, le obligo a ponerse a la pata coja, y sin la menor dilación, ni tan siquiera un titubeo de su voluntad por acatar mis órdenes, levanta la rodilla, quedándose cual flamenco echando una siesta.

Me regocijo. Parece que, como si de un juego de ordenador se tratase, he subido de nivel hasta el máximo posible, creo, y ahora mi poder ha aumentado hasta no encontrar límites, o al menos no como antes.

Ahora que estoy dentro de su cabeza, intento acceder a su memoria y a sus pensamientos. No puedo, ya que lo intento hacer como estoy acostumbrado, a modo de carpetas de un ordenador. Cuando me doy cuenta del cambio, simplemente trato de evocar los recuerdos que me interesan, que son los concernientes a toda la compañía y a sus posibles ramificaciones por el resto del mundo. Y ahí está todo. En un primer momento, sufro una especie de mareo por la ingente cantidad de información que, a modo de tsunami internándose en tierra, intenta anegar todos y cada uno de los resquicios de mi mente. Pero me recupero rápidamente, y puedo asimilar los datos que voy recibiendo, cada vez con menos esfuerzo. Y lo que veo, o más bien recuerdo, me llena de alegría: ésta es la única sede.

A pesar de los años que llevan, como no han tenido muchos resultados satisfactorios, no han conseguido compradores para el suero ni los experimentos que llevaban a cabo. Por ello les interesaba tanto yo, ya que mi cuerpo era la catapulta que los podía llevar a la liga de las estrellas de la investigación macabra con seres humanos. Sí, hay una cosa parecida a eso que, por suerte o por desgracia, es desconocida para la mayoría de los seres humanos. Y como la palabra “escrúpulo”, en estas altas esferas hace tiempo que es un mero vestigio del pasado del que tendrían que mirar la definición en el diccionario para ver realmente su significado, estaban dispuestos a todo por conseguir los millones y, más concretamente, el poder que conllevaría un éxito como el que yo represento.

También puedo ver cómo, a pesar de que lo negara, he estado a punto de acabar con todo, y de que ese maletín era lo único que ha podido salvar de toda la historia de las investigaciones.

Le obligo a abrir de nuevo el maletín, y hago que el guarda golpee con la pistola las probetas en las que se guarda el suero, echándolo todo a perder. Ahora que me doy cuenta, puedo controlar a las dos personas a la vez sin mayor problema. Realmente he conseguido mejorar el manejo de mi poder.

Vuelvo a recorrer los recuerdos del jefe, para asegurarme de que no he dejado nada en el aire. Ahora ya está todo destruido. He acabado con la compañía. Hago que se mueva hasta el guarda de seguridad muerto y se haga con su pistola. Le obligo a

cogerla y, como si se tratase de una película, hago que ambos, el jefe y el guarda que queda vivo se apunten con sus armas.

Aprieto ambos gatillos.

Las pantallas se apagan y en un instante no queda ni el recuerdo de ambas.

Mi cuerpo, el de verdad, abre los ojos.

Veo los cuatro cuerpos en el suelo, en charcos de sangre. Y me doy cuenta de que he sido bastante estúpido: no les he mandado que me suelten. Sigo atado a la silla.

Y Eva también.

Me mira y veo terror en sus ojos.

La miro y aunque intento evitarlo, mis nervios y la tensión acumulada intentan escapar de mi cuerpo mediante una risa frenética que sube desde lo más profundo de mi ser encontrando el camino hasta mi boca.

Por fin ha acabado todo. He conseguido mi venganza. Y ahora tengo poder absoluto. Puedo hacer lo que quiera, puedo gobernar el mundo tanto desde la cabeza del presidente de los Estados Unidos de América, de los responsables de la Comunidad Europea o directamente desde la del Papa.

Si consigo traer a alguien hasta aquí para que nos suelte, claro.

AGRADECIMIENTO.

Mi primer “gracias” y el más grande es para usted, lector. Si está aquí, una de dos: o le gusta empezar por el final o se ha terminado el libro. Pero independientemente de la opción correcta, tiene mi libro y lo está leyendo. GRACIAS.

Tampoco se me podía olvidar la persona que se ha tomado la molestia de repasar el libro, ver fallos, erratas, incongruencias,... que de todas esas cosas había y muchas. Vamos, lo que vendría a ser una editora. Y obviamente, todos los errores que puedan quedar son por culpa exclusiva mía, que soy tan inconsciente que después de la revisión, vuelvo a escribir párrafos volviendo a “meter la pata”. Esa

persona es Angélica. GRACIAS.

Y mil gracias más a todos los que, de una forma u otra me habéis animado, apoyado, alentado,... a escribir un nuevo libro, después de mi "*opera prima*".

GRACIAS.

SOBRE EL AUTOR

Gorka Irigoyen nació hace unos años. Nadie sabe cuántos, porque no ha publicado en ningún sitio que el suceso ocurrió hace más o menos 40.

Sus primeros años de vida los pasó en el País Vasco, entre Barakaldo y Santurtzi, para más tarde desplazarse hasta Madrid, donde reside actualmente.

Trabaja como informático, por lo que es un poco geek (no, friki no), pero en sus escasas horas libres, esas que no le deja su familia (más concretamente sus diablillas) le gusta contar cosas.

El Don es su primer libro, o al menos el primero que empezó a escribir, pero no el primero en ser publicado. Comenzó esta historia hace muchos años, pero por una cosa o por otra se había ido quedando rezagado mientras otros relatos y libros iban avanzando y, como la fábula de la liebre y la tortuga, por mucho que al principio había recorrido buena parte del camino, al final era adelantado por otros que habían nacido más tarde. También, por ese tiempo que ha pasado desde su primera escritura hasta esta la definitiva, es posible que se aprecien diferentes estilos, representando las diferentes épocas por las que pasó el escritor. Esperemos que ello no sea problema para disfrutar de la historia.